

**UN CAPITAN  
DE QUINCE AÑOS**

PRIMERA PARTE

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

**JULIO VERNE**

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. N. F. CUESTA

TERCERA EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS



AGUSTIN JUBERA, EDITOR

ALMACENES DE LIBROS

10, CALLE DE CAMPOMANES, 10

MADRID.—1887

# OBRAS COMPLETAS DE JULIO VERNE

ILUSTRADAS CON GRABADOS

## VAN PUBLICADAS

	Pts. Cts.		Pts. Cts.
Los Ingleses en el Polo Norte.....	75	Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (3. <sup>a</sup> parte.).....	1 25
El Desierto de Hielo.....	1 "	Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (4. <sup>a</sup> parte.).....	1 25
Cinco Semanas en Globo. (1. <sup>a</sup> parte.).....	1 "	La Casa de Vapor. (1. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Cinco Semanas en Globo. (2. <sup>a</sup> parte.).....	1 "	La Casa de Vapor. (2. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Viaje al Centro de la Tierra.....	1 "	La Casa de Vapor. (3. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Los Hijos del Capitán Grant en la América del Sur.....	75	La Casa de Vapor. (4. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Los Hijos del Capitán Grant en la Australia.....	1 "	Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (1. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Los Hijos del Capitán Grant en el Océano Pacífico.....	1 "	Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (2. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
De la Tierra a la Luna.....	75	Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (3. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Alrededor de la Luna. (2. <sup>a</sup> parte De la Tierra a la Luna).....	1 25	Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (4. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Un Descubrimiento Prodigioso.....	50	La Jangada (1. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Veinte mil Leguas de Viaje Submarino. (1. <sup>a</sup> parte: Del Atlántico al Pacífico.).....	1 "	La Jangada (2. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Veinte mil Leguas de Viaje Submarino. (2. <sup>a</sup> parte: Del Pacífico al Atlántico.).....	1 25	La Jangada (3. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Una Ciudad Flotante.....	75	La Jangada (4. <sup>a</sup> parte.).....	75
De Glasgow a Charleston.....	50	Diez Horas de Caza.....	75
Aventuras de tres Rusos y de tres Ingleses en el África Austral.....	1 "	El Rayo Verde. (1. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Un capricho del Doctor Ox.....	75	El Rayo Verde. (2. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
La Vuelta al Mundo en Ochenta días. (1. <sup>a</sup> parte.).....	1 "	Escuela de los Robinsones. (1. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
La Vuelta al Mundo en Ochenta días. (2. <sup>a</sup> parte.).....	1 "	Escuela de los Robinsones. (2. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Una Invernada entre los Hielos. (El Capitán Cornubite).....	50	Kerabán el Testarudo (1. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Maese Zacarias.—Un Drama en los Aires.—Estas dos novelitas encuadernadas bajo una cubierta.....	50	Kerabán el Testarudo. (2. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
La Isla Misteriosa. (1. <sup>a</sup> parte: Los Náufragos del Aire).....	1 25	Kerabán el Testarudo. (3. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
La Isla Misteriosa. (2. <sup>a</sup> parte: El Abandonado).....	1 25	Kerabán el Testarudo. (4. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
La Isla Misteriosa. (3. <sup>a</sup> parte: El Secreto de la Isla.).....	1 25	El Archipiélago de Fuego. (1. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
El Chancelor.....	1 "	El Archipiélago de Fuego. (2. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Martín Paz.....	50	La Estrella del Sur. (1. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
El País de las Pielas. (1. <sup>a</sup> parte.).....	1 25	La Estrella del Sur. (2. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
El País de las Pielas. (2. <sup>a</sup> parte.).....	1 25	Matias Sandorf. 1. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Los Grandes Viajes y los Grandes Viajeros.....	1 "	Matias Sandorf (2. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Miguel Strogoff. (1. <sup>a</sup> parte.).....	1 25	Matias Sandorf (3. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Miguel Strogoff. (2. <sup>a</sup> parte.).....	1 25	Matias Sandorf. (4. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Las Indias Negras.....	1 25	Matias Sandorf. (5. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Héctor Servadac. (1. <sup>a</sup> parte.).....	1 25	Robur el Conquistador. (1. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Héctor Servadac. (2. <sup>a</sup> parte.).....	1 25	Robur el Conquistador. (2. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Un Capitán de Quince Años. (1. <sup>a</sup> parte.).....	1 25	Un Billeto de Lotería. (1. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Un Capitán de Quince Años. (2. <sup>a</sup> parte.).....	1 25	Un Billeto de Lotería. (2. <sup>a</sup> parte.).....	1 "
Los Descubrimientos del Globo. (1. <sup>a</sup> parte.).....	1 25	Norte contra Sur (cuaderno 1. <sup>o</sup> ).....	1 "
Los Descubrimientos del Globo. (2. <sup>a</sup> parte.).....	1 25	Norte contra Sur (cuaderno 2. <sup>o</sup> ).....	1 "
Los Descubrimientos del Globo. (3. <sup>a</sup> parte.).....	1 25	Norte contra Sur (cuaderno 3. <sup>o</sup> ).....	1 "
Los Descubrimientos del Globo. (4. <sup>a</sup> parte.).....	1 25	Norte contra Sur (cuaderno 4. <sup>o</sup> ).....	1 "
Los Quinientos Millones de la Princesa.....	1 35	El Náufrago del Cynthia (cuaderno 1. <sup>o</sup> ).....	1 "
Los Amotinados de la Bounty.—Un Drama en Méjico.—Estas dos novelitas, encuadernadas bajo cubierta.....	50	El Náufrago del Cynthia (cuaderno 2. <sup>o</sup> ).....	1 "
Las Tribulaciones de un chino en China.....	1 25	El camino de Francia (cuaderno 1. <sup>o</sup> ).....	1 "
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (1. <sup>a</sup> parte.).....	1 25	El camino de Francia (cuaderno 2. <sup>o</sup> ).....	1 "
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (2. <sup>a</sup> parte.).....	1 25	Dos años de vacaciones (cuaderno 1. <sup>o</sup> ).....	1 "
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (3. <sup>a</sup> parte.).....	1 25	Dos años de vacaciones (cuaderno 2. <sup>o</sup> ).....	1 "
		Dos años de vacaciones (cuaderno 3. <sup>o</sup> ).....	1 "
		Dos años de vacaciones (cuaderno 4. <sup>o</sup> ).....	1 "
		Familia sin nombre (cuaderno 1. <sup>o</sup> ).....	1 "
		Familia sin nombre (cuaderno 2. <sup>o</sup> ).....	1 "
		Familia sin nombre (cuaderno 3. <sup>o</sup> ).....	1 "
		Familia sin nombre (cuaderno 4. <sup>o</sup> ).....	1 "

El Editor ha adquirido el derecho exclusivo de dar á luz en idioma español todas las nuevas producciones de Julio Verne.—Estas obras se hallan de venta en las principales librerías de Madrid, Provincias, Ultramar y Extranjero.

## OBRAS DE ESPRONCEDA

Ilustradas con grabados.

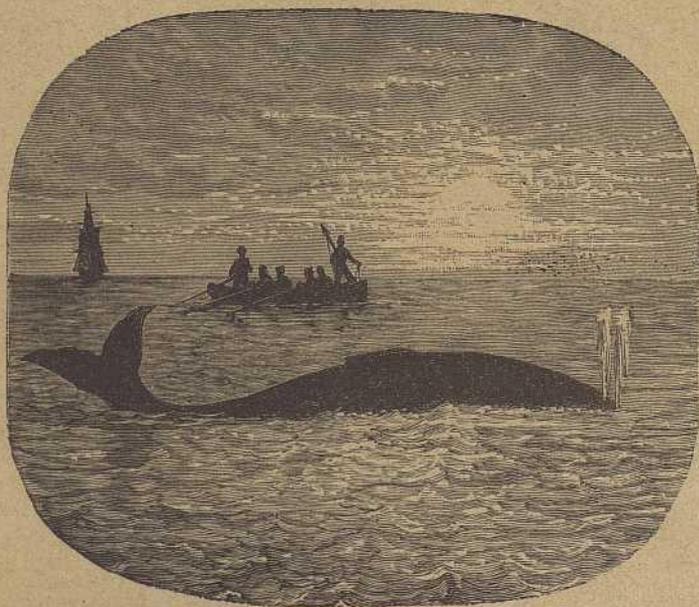
50 CÉNTIMOS CADA CUADERNO

- El Diablo Mundo.—Un cuaderno.
- El Estudiante de Salamanca.—Un cuaderno.
- Poesías varias.—Un cuaderno.

C-2762

WILLY  
ESTADOS UNIDOS

JULIO VERNE



UN CAPITAN DE QUINCE AÑOS



EMBOSSING

# UN CAPITAN DE QUINCE AÑOS

PRIMERA PARTE

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

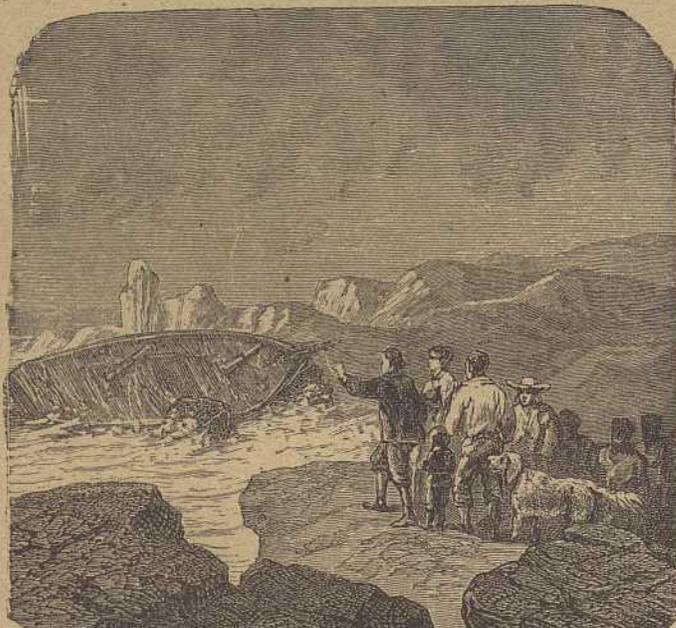
POR

## JULIO VERNE

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. N. F. CUESTA

TERCERA EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS

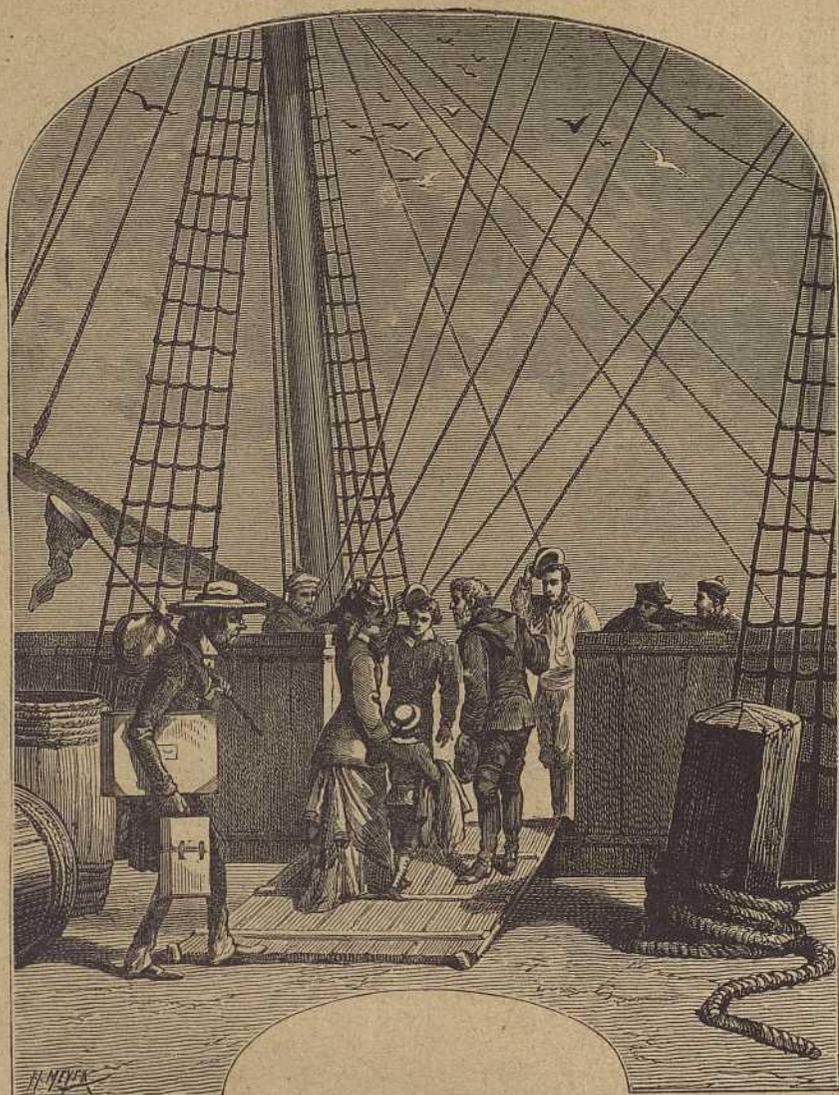


MADRID  
AGUSTÍN JUBERA, EDITOR

ALMACENES DE LIBROS  
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10  
1887

PLAZA DE LA PAJA, 7 BIS

El Editor tiene el derecho exclusivo de publicar esta obra en idioma español.



# UN CAPITAN

## DE QUINCE AÑOS.

### CAPITULO PRIMERO.

#### EL BERGANTIN GOLETA «PILGRIM.»

El 2 de febrero de 1873, el bergantin goleta *Pilgrim* se encontraba entre los 43° 57' de latitud Sur, y los 163° 19' de longitud Oeste del meridiano de Greenwich.

Este barco de cuatrocientas toneladas, armado en San Francisco para la gran pesca de los mares australes, pertenecía á James W. Weldon, rico armador de California, que desde hacia muchos años había confiado su mando al capitan Hull.

El *Pilgrim* era uno de los buques mas pequeños, pero de los mejores de la flotilla que James W. Wel-

don enviaba todas las estaciones, unas veces al otro lado del estrecho de Behring, hasta los mares boreales, otras á la Tasmania ó al cabo de Hornos, hasta el Océano antártico. Era de un andar superior. Su aparejo muy manejable, le permitia aventurarse, con muy pocos hombres, hasta los bancos de nieve del hemisferio austral. El capitan Hull sabia desenredarse, como dicen los marineros, en medio de estos hielos que durante el estío derivan hasta la Nueva Zelanda ó hasta el cabo de Buena Esperanza, en una latitud mucho mas baja que la que alcanzan en los mares septentrionales del globo. Es verdad que no se trataba en aquellos mares sino de témpanos de no muy grandes dimensiones, gastados ya por los choques, debilitados por las aguas templadas, y de loa

cuales la mayor parte van á deshacerse al Pacífico ó al Atlántico.

Bajo las órdenes del capitán Hull, buen marino, y también uno de los mas hábiles arponeros de la flotilla, estaba una tripulación compuesta de cinco marineros y un aprendiz. Para la pesca de la ballena, que exige un personal muy numeroso, eran pocos. Se necesita mucha gente, tanto para las maniobras de las embarcaciones de ataque, como para destrozarse la pesca capturada. Pero á ejemplo de otros armadores, James W. Weldon encontraba mas económico no embarcar en San Francisco mas que el número de marineros necesario para conducir la embarcación. En Nueva Zelanda no faltan arponeros marinos de todas nacionalidades, desertores ó de otra clase, que buscan contrata para la estación, y que hacen perfectamente el oficio de pescadores. Concluido el período útil se les paga, se les desembarca y esperan á que los balleneros del año siguiente vengan á reclamar sus servicios. En este método hay, mejor ocupacion de los marineros disponibles, y se saca mas provecho de su cooperacion.

Así habia sucedido á bordo del *Pilgrim*.

El bergantín goleta acababa de hacer su estación en el límite del círculo polar antártico; pero no habia llenado sus barriles de aceite, de barbas en bruto, ni cortadas. En esta época ya la pesca era difícil. Los cetáceos, perseguidos con exceso, eran muy escasos. La ballena franca, que tiene el nombre de *Nord-Caper* en el Océano Boreal, y el de *Sulpher-Boltone* en los mares del Sur, tendia á desaparecer. Los pescadores tenían que contentarse con coger el fin-back ó jubarte, gigantesco mamífero al cual no se puede atacar sin correr un gran riesgo.

Esto era lo que habia hecho el capitán Hull durante esta campaña, pero se prometia en su próximo viaje subir mas alto en latitud, y hasta si le era necesario, ir hasta dar vista á las Tierras Clarie y Adelia, cuyo descubrimiento es disputado por el americano Wilkes, pero pertenece en realidad al ilustre comandante del *Astrolabe* y de la *Zetée*, ó sea al francés Dumont de Urville.

En una palabra, la estación de la pesca no habia sido muy feliz para el *Pilgrim*. A principios de enero, es decir, hácia la mitad del verano austral, el capitán Hull se habia visto obligado á abandonar los sitios de pesca, aunque no era aun la época de regresar los balleneros. Su tripulación de refuerzo, conjunto de gente perdida, le buscó pretextos, como suele decirse, y tuvo que pensar en separarse de ellos.

El *Pilgrim* puso la proa al Noroeste hácia las tierras de Nueva Zelanda, que avistó el 15 de enero. Llegó á Waitemata, puerto de Auckland, situado en el fondo del golfo de Chouraki, en la costa Este de la isla septentrional, y desembarcó los pescadores que habia contratado para la estación de la pesca.

La tripulación no estaba contenta. Faltaban para completar el cargamento del *Pilgrim*, lo menos doscientos barriles de aceite. Nunca habia hecho tan mala pesca. El capitán Hull volvia visiblemente contrariado como un cazador afamado que por la primera vez vuelve sin caza, ó poco menos. Su amor propio muy sobreescitado, estaba en juego, y no perdonaba á los vagabundos, cuya insubordinacion habia comprometido los resultados de su campaña.

En vano trató de reclutar una nueva tripulación pescadora en Auckland; todos los marineros que podian servirle estaban embarcados en los demás buques balleneros. Fue necesario renunciar á la esperanza de completar el cargamento del *Pilgrim*, y el capitán Hull se disponia á dejar definitivamente á Auckland, cuando le hicieron una petición de pasaje á que no podia negarse á admitir.

La señora Weldon, esposa del armador del *Pilgrim*,

su hijo Juan, niño de cinco años, y un pariente de ellos, á quien llamaban el primo Benedicto, estaban en Auckland. James W. Weldon, cuyas operaciones comerciales le obligaban á visitar algunas veces la Nueva Zelanda, habia llevado á todos tres pensando volverlos pronto á San Francisco.

Pero en el momento en que toda la familia iba á partir, el pequeño Juan cayó gravemente enfermo, y su padre, reclamado imperiosamente por los negocios, tuvo que salir de Auckland, dejando á su mujer, su hijo, y al primo Benedicto.

Habian pasado tres meses, tres meses de larga separacion, estremadamente sensible para la señora Weldon. Entre tanto su hijo se restableció y estaban ya en disposicion de marchar, cuando avisaron la llegada del *Pilgrim*.

Ahora bien, para volver á San Francisco en esta época, la señora Weldon necesitaba ir á Australia á encontrar uno de los buques de la Compañía trasoceanica del «Golden Age» que hacen el servicio entre Melbourne y el istmo de Panamá por Papeti. Despues, y una vez ya en Panamá, tendria que esperar la salida del vapor americano, que establece una comunicacion regular entre el istmo y California. De todo esto resultaban detenciones, trasbordos, siempre molestos y desagradables para una señora y un niño. Cuando pensaban en todo esto, el *Pilgrim* entró de arribada en Auckland. La señora Weldon no dudó ya y pidió al capitán Hull que recibiese á bordo, para llevar á San Francisco, á ella, su hijo, el primo Benedicto y una vieja negra que la servia desde su infancia, y que se llamaba Nan. ¡Tres mil leguas marinas que andar en un buque de vela! ¡Es verdad que el barco del capitán Hull estaba tan bien y tan limpiamente servido y la estación era la mejor á ambos lados del Ecuador! El capitán Hull aceptó, y en breve puso su cámara á disposicion de su pasajera. Quería que durante la travesía, que podía durar de cuarenta á cincuenta dias, la señora Weldon estuviese instalada todo lo cómodamente que fuera posible á bordo del ballenero.

Habia, pues, ciertas ventajas para la señora Weldon en hacer la travesía en estas condiciones. El único inconveniente que tenia era que habria que alargar la travesía, por la circunstancia de que el *Pilgrim* debia ir á descargar á Valparaíso, en Chile. Una vez hecho esto, ya no habria mas que subir á lo largo de la costa americana, con buenos vientos de tierra que hacen estos sitios muy agradables.

Por lo demás, la señora Weldon era una mujer valiente, á quien la mar no espantaba. De edad de treinta años entonces, de salud robusta, acostumbrada á los viajes de alta mar por haber participado con su marido de las fatigas de muchas travesías, no temia las vicisitudes del pasaje abordo de un buque de tan mediano tonelaje. Sabia que el capitán Hull era un excelente marino, en quien James W. Weldon tenia toda su confianza, y que el *Pilgrim* era un barco sólido, buen andador, y muy acreditado entre los que componian la flotilla de balleneros americanos. Se presentó la ocasion: era preciso aprovecharla, y la señora Weldon la aprovechó.

El primo Benedicto, por supuesto, debia acompañarla.

Este primo era un buen hombre de unos cincuenta años próximamente. Pero á pesar de sus cincuenta años, no hubiera sido prudente dejarle salir solo. Largo mas que alto, estrecho mas que delgado, de cara huesosa y enorme cráneo muy pelado, se reconocia en toda su interminable persona uno de esos dignos sabios de anteojos de oro, seres inofensivos y buenos, destinados á ser toda su vida grandes niños, y á morir muy viejos, como los centenarios que morian en lactancia.

El primo Benedicto, que así se le llamaba invaria-

blemente, y aun fuera de la familia, y á la verdad que era una de esas escelentes personas que tienen trazas de haber nacido primos de todo el mundo; el primo Benedicto, siempre mortificado con sus largos brazos y sus largas piernas, habria sido absolutamente incapaz de salir por sí solo de cualquier compromiso, aun en las circunstancias mas ordinarias de la vida. No era molesto, ¡oh! no, sino embarazoso para los demás y para sí mismo.

Por lo demás, vivia fácilmente acomodándose á todo, olvidándose hasta de comer y beber si no le llevaban comida ó bebida, insensible al frio como al calor, mas parecia pertenecer al reino vegetal que al animal. Era como un árbol inútil, sin frutos y casi sin hojas, incapaz de alimentar ni de dar sombra á nadie; pero con un buen corazon.

Tal era el primo Benedicto. De buena gana hubiera hecho muchos servicios á las personas si, como diria Prudhomme, hubiera sido capaz de prestarlos.

Por fin se le queria por sí misma debilidad. La señora Weldon le miraba como hijo, como el hermano mayor de su Juanito.

Conviene añadir que el primo Benedicto no estaba, sin embargo, ocioso; era, por el contrario, muy trabajador. Su única pasion, la historia natural, le absorbia completamente el tiempo.

Decir la «historia natural,» es decir demasiado.

Sábase que las diversas partes de que se compone esta ciencia son la zoología, la botánica, la mineralogía y la geología.

Ahora bien; el primo Benedicto no era en ningun grado ni botánico, ni mineralogista, ni geólogo.

¿Era, pues, un zoólogo en la completa acepcion de la palabra; algo como una especie de Cuvier del Nuevo Mundo, que descomponia el animal por medio del análisis, ó lo recomponia por medio de la síntesis, uno de esos profundos conocedores versados en el estudio de los cuatro tipos á que la ciencia moderna ha reducido toda la animalidad, vertebrados, moluscos, articulados y zoófitos? De estas cuatro especies, el sencillo, pero estudioso sabio, ¿habia observado las diversas clases y escudriñado los órdenes, las familias, las tribus, los géneros, las especies, las variedades que las distinguen?

¿Se habia dedicado al estudio de los vertebrados, mamíferos, aves, reptiles y peces?

No.

¿Eran los moluscos, desde los cefalópodos hasta los bryozoarios, los que tenian su preferencia, y la malacología ya no tenia secretos para él?

Nada de eso.

¿Era con los zoófitos, equinodermos, cacalefos, pólipos, entozoarios, esponjarios é infusorios con los que habia consumido largo tiempo el aceite de su lámpara de estudio?

Tampoco eran los zoófitos, es necesario confesarlo.

Pero como no queda por citar mas que una division de zoología, la de los articulados, claro es que sobre esta division, se habia ejercitado la pasion única del primo Benedicto.

Sí y aun conviene precizarla.

El órden de los articulados se compone de seis clases: insectos, miriápodos, arácnidos, crustáceos, cirrópodos y anélidos.

Ahora bien, científicamente hablando, el primo Benedicto, no habia podido distinguir una lombriz de una sanguijuela medicinal, un pica-pie de una bellota marina, una araña doméstica de un falso escorpion, un langostino de una ranina, un yules de una escolopendra.

¿Pero entonces, qué era el primo Benedicto!

Un simple entomologista y nada mas.

Se contestará sin duda á esto que en su acepcion etimológica, la entomología es la parte de las cien-

cias naturales que comprende todos los articulados. Es verdad bajo un punto de vista general; pero la costumbre ha establecido que á esta voz se la dé un sentido mas restringido. No se aplica por consiguiente sino al estudio propiamente dicho de los insectos es decir: «á todos los animales articulados cuyo cuerpo, compuesto de anillos colocados uno despues de otro, forma tres segmentos distintos, que poseen tres pares de patas, lo que les ha valido el nombre de exápodos.»

Y como el primo Benedicto se habia concretado al estudio de los articulados de esta clase, no era mas que un simple entomologista.

¡Pero no hay que equivocarse! En esta clase de insectos se cuentan lo menos diez órdenes: ortópteros (1), neurópteros (2), hymenópteros (3), lepidópteros (4), hemipteros (5), coleópteros (6), dípteros (7), ripípteros (8), parásitos (9) y tisanuros (10). Pues bien, como en algunos de estos órdenes, por ejemplo en el de los coleópteros que se han clasificado treinta mil especies y setenta mil en el de los dípteros, no faltan ejemplares que estudiar, habrá de convenirse en que hay bastante con ellos para ocupar á un hombre solo.

Así toda la vida del primo Benedicto, habia sido entera y únicamente dedicada á la entomología.

A esta ciencia dedicaba todas sus horas, todas sin escepcion, aun las horas del sueño pues que soñaba invariablemente con los exápodos. No podria contarse el número de alfileres que llevaba clavados en las mangas y en el cuello de su frac, en el fondo de su sombrero y hasta en los ribetes del chaleco. Cuando el primo Benedicto volvia de algun científico paseo, su precioso sombrero de campo, particularmente, no era mas que una caja de historia natural, de tal modo le traia herizado interior y exteriormente de insectos atravesados.

Concluiremos con este ente original diciendo que su pasion entomológica le habia llevado á acompañar á la familia Weldon á Nueva Zelanda. Allí su coleccion se habia enriquecido con algunos ejemplares raros y se comprenderá que tuviese prisa por llegar á clasificarlos en los casilleros de su gabinete de San Francisco.

Y puesto que la señora Weldon y su hijo volvian á América por el *Pilgrim* nada mas natural que el primo Benedicto les acompañase durante esta travesía.

Pero la señora Weldon, sabia no debia contar con él jamás, si llegaba á encontrarse en una situacion critica. Por fortuna no se trataba sino de un viaje fácil de ejecutar durante la buena estacion y en un buque cuyo capitán merecia toda su confianza. Durante los tres dias de detencion del *Pilgrim* en Waitemala, la señora Weldon hizo sus preparativos con gran prisa porque no queria retardar la salida del bergantin goleta. Los criados indígenas que la habian servido en su casa en Auckland, fueron despedidos y el 22 de enero se embarcó en el *Pilgrim* llevando consigo á su hijo Juan, el primo Benedicto y Nan la vieja negra.

El primo Benedicto, llevaba en una caja especial toda su coleccion de insectos. En esta coleccion figuraban, entre otras algunas muestras de los nuevos stafilinos especie de coleópteros carnívoros, que tienen los ojos situados encima de la cabeza y que hasta

(1) Tipos: langostas, grillos, etc.

(2) Tipos: hormiga-leon, libelulas.

(3) Tipos: abejas, abispas, hormigas.

(4) Tipos: mariposas.

(5) Tipos: cigarras, pulgones, pulgas, etc.

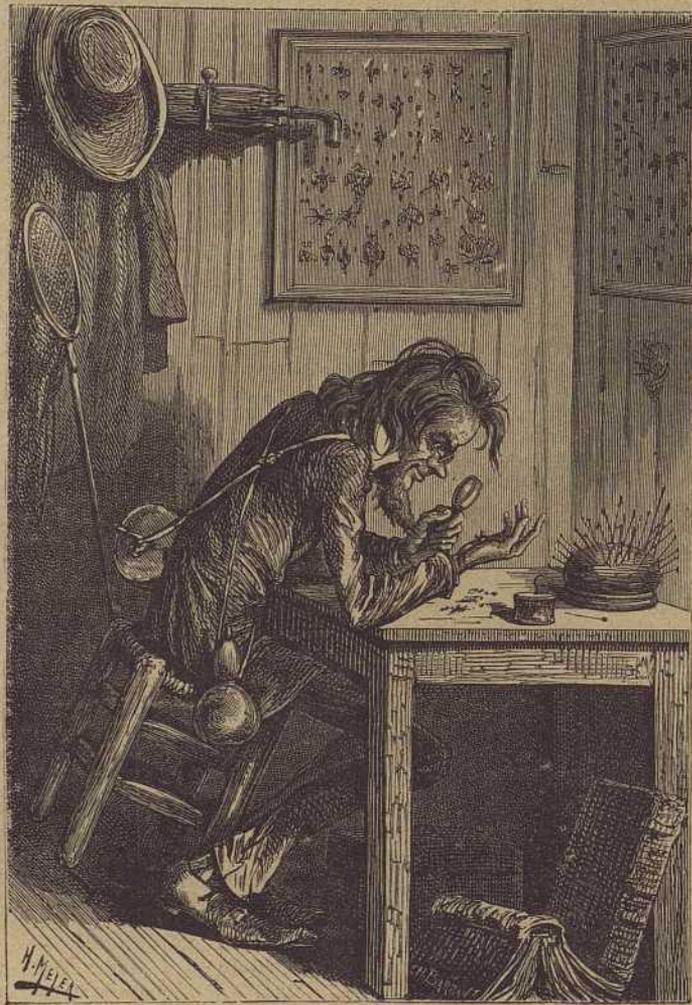
(6) Tipos: saltones, gusanos de luz, etc.

(7) Tipos: mosquitos, moscas.

(8) Tipos: stílops.

(9) Tipos: acaros, etc.

(10) Tipos: lepismos, poduros.



Benedicto había dedicado todas las horas á la entomología.

entonces se había creído eran peculiares de la Nueva Caledonia. Le habían recomendado cierta araña venenosa, el «Katipo» de los Maories, cuya mordedura es casi siempre mortal para los inígenas. Pero una araña no pertenece al orden de los insectos propiamente dichos, tiene su lugar entre los arácnidos, y por consiguiente no tenía precio á los ojos del primo Benedicto. Así pues la había despreciado y la mejor joya de su colección era un notable stafylino neo-zelandés.

Por supuesto que el primo Benedicto pagó una fuerte suma por asegurar su cargamento que le parecía aun más precioso que toda la carga de aceite y barbas de ballena acumuladas en la bodega del *Pilgrim*.

En el momento de aparejar, cuando la señora Weldon y sus compañeros de viaje se encontraron sobre la cubierta del bergantín goleta, el capitán Hull se aproximó á su pasajera y le dijo:

—Señora Weldon, quede sentado que si tomáis pasaje á bordo del *Pilgrim*, lo hacéis bajo vuestra propia responsabilidad.

—¿Por qué me haceis esta observación señor Hull? preguntó la señora Weldon.

—Porque no he recibido órdenes de vuestro esposo para recibirlos á bordo, y por más que yo haga, un bergantín goleta no puede ofreceros las garantías de buena travesía que ofrecen los buques especialmente destinados al transporte de viajeros.

—Si mi marido estuviese aquí, respondió la señora Weldon, ¿pensáis capitán Hull que dudaría en embarcarse en el *Pilgrim* con su mujer y su hijo?

—No señora Weldon, no dudaría, dijo el capitán Hull, no ciertamente, como tampoco dudaría yo en su caso. El *Pilgrim* es un buen barco, después de todo aun cuando no haya hecho más que una triste campaña de pesca, estoy seguro de él tanto como un marino puede estarlo del buque que manda desde hace muchos años. Lo que os he dicho señora Weldon, ha sido para poner á cubierto mi responsabilidad y para repetiros que no encontrareis á bordo las comodidades á que estais acostumbrada.

—Pues sino es más que cuestión de comodidad, respondió la señora Weldon, eso no me ha de dete-

ner. No soy de esas pasajeras difíciles de contentar que se quejan constantemente de la estrechez de los camarotes ó de la insuficiencia de la mesa.

Después miró la señora Weldon por algunos instantes á su pequeño Juan que estaba cogido de su mano y dijo:

—¡Marchemos señor Hull!

Diéronse las órdenes de aparejar en seguida, se orientaron las velas y el *Pilgrim* maniobrando de manera que pudiera salir del golfo lo mas antes posible, puso la proa á la costa americana.

Pero tres días después de su partida, el bergantín goleta, contrariado por fuertes brisas del Este se vió obligado á tomar amuradas á babor para ceñir el viento.

Así el 2 de febrero, el capitán Hull se encontraba á una latitud mas elevada de lo que habria querido, y en la situación de un marino que tratara mas bien de doblar el cabo de Hornos, que de tomar el camino mas corto para el nuevo continente.

## CAPITULO II.

DICK SAND.

Sin embargo, la mar era bella y fuera de algunos retrasos indispensables, la navegacion se hacia en condiciones muy soportables.

La señora Weldon habia sido instalada con toda la comodidad que fue posible á bordo del *Pilgrim*. Ni toldilla ni caseta habia en la popa de la cubierta, no tenia el *Pilgrim* ni un solo camarote á popa que pudiera recibir á la pasajera; tuvo que contentarse por consiguiente con la camareta del capitán Hull y la cual constituia el modesto alojamiento de un marino, y aun fue necesario que el capitán insistiera para hacérsela aceptar. Allí en tan estrecho alojamiento fue instalada la señora Weldon con su hijo y la vieja Nan, allí hacia su comida en compañía del capitán y del primo Benedicto, para el cual se habia establecido una especie de cámara inmediata al sitio que ocupaba la señora Weldon.

En cuanto al comandante del *Pilgrim* se habia alojado en un camarote de la tripulacion, camarote que debia ser ocupado por el segundo, si hubiera habido segundo á bordo. Pero el bergantín goleta navegaba, como ya hemos dicho en condiciones tales que le permitian economizar los servicios de un segundo oficial.

La gente del *Pilgrim*, buenos y fuertes marinos, se mostraban muy unidos por la comunidad de ideas y de costumbres. Esta estación de pesca era la cuarta que hacian juntos; todos eran americanos del Oeste, se conocian de larga fecha y pertenecian al mismo litoral del Estado de California.

Los bravos marinos se mostraban muy deferentes con la señora Weldon, la esposa de su armador, á quien profesaban un cariño sin límites. Hay que decir que interesados con largueza en los beneficios del barco, habian navegado hasta entonces con grandes ventajas. En razon del pequeño número en que estaban, no escaseaban el trabajo, pues sabian que el mayor trabajo aumentaba sus ventajas al tiempo de arreglar sus cuentas al concluirse cada estación. Esta vez, es verdad, los beneficios serian casi nulos, y esto les hacia justamente renegar de los bribones de Nueva Zelanda.

Solo un hombre habia á bordo entre todos que no era de origen americano. Era portugués de nacimiento, pero hablaba el inglés correctamente; se llamaba Negro y desempeñaba las modestas funciones de cocinero del bergantín goleta.

Habiendo desertado del *Pilgrim* el cocinero en Auckland, Negro, entonces sin ocupacion, se pre-

sentó para reemplazarle. Era un hombre taciturno, muy poco comunicativo y que se mantenía siempre alejado de los demás; pero que desempeñaba bien su oficio. Al contratarle parecia que el capitán Hull habia tenido buena mano, y desde su embarque el maestro cocinero no habia merecido ninguna reprobacion.

Sin embargo, el capitán Hull sentia no haber tenido tiempo de enterarse suficientemente á cerca de su pasado. Su rostro, ó mejor dicho su mirada, no le abonaban gran cosa, y cuando se trata de que entre un desconocido en la vida de á bordo, tan limitada, tan íntima, no se debe descuidar ninguna diligencia para asegurarse de esos antecedentes.

Negoro podia tener cuarenta años; delgado, nervioso, de mediana estatura, de cabello muy negro, un poco moreno de piel, debia ser muy robusto. ¿Habia recibido alguna instruccion? Si; y esto se veia en ciertas observaciones que se le escapaban algunas veces. Por lo demás nunca hablaba de su pasado, jamás decia palabra de su familia. ¿De dónde venia? ¿Dónde habia vivido? No se podia adivinar. ¿Cuál sería su porvenir? Nada se sabia. Solo habia anunciado su intencion de desembarcar en Valparaíso. Era ciertamente un hombre singular, y en todo caso no parecia que hubiera sido marino, parecia mas extraño á las cosas de la marina que lo que suele ser un maestro cocinero cuya existencia en su mayor parte pasa en la mar.

Sin embargo, no le molestaba para nada el valanco y el cabeceo del barco, como suele suceder á las personas que nunca han navegado, lo cual ya era alguna cosa para un cocinero de á bordo.

En una palabra, se le veia poco. Durante el día estaba ordinariamente confinado en su estrecha cocina delante de los hornillos, que ocupaban el mayor sitio. Cuando llegaba la noche se apagaban los hornillos y Negro recuperaba el *cabre* que le estaba reservado en el fondo de la cámara de la tripulacion; después se acostaba en seguida y se dormia.

Ya hemos dicho mas arriba que la tripulacion del *Pilgrim* se componia de cinco marineros y un aprendiz.

Este jóven aprendiz, de edad de quince años, era hijo de padres desconocidos; abandonado desde su nacimiento, este pobre sér habia sido recogido por la caridad pública y educado por ella.

Dick Sand, que así se llamaba, debia ser originario del Estado de Nueva-York, é indudablemente de la capital de este Estado.

El nombre de Dick, abreviatura del de Ricardo que habian dado al pequeño huérfano, provenia del transeunte caritativo que le habia recogido dos ó tres horas después de su nacimiento. En cuanto al nombre de Sand, se le dió en recuerdo del sitio en que habia sido encontrado, es decir, en la punta de Sand y Hook (1) que forma la entrada del puerto de Nueva-York en la embocadura del Hudson.

Dick Sand, cuando hubiera crecido todo lo que podia crecer no debia pasar de una mediana estatura; pero estaba fuertemente constituido. No se podia dudar de que fuera de origen anglosajon. Sin embargo, era moreno y tenia unos hermosos ojos azules cuya pupila brillaba con un fuego ardiente. Su oficio de marino le habia preparado convenientemente para las luchas de la vida. Su fisonomía inteligente respiraba energia. No era la fisonomía de un hombre audaz, sino la de un osado. Frecuentemente se citan estas tres palabras de un verso de Virgilio

¡Audaces fortuna juvat!

pero se las cita incorrectamente porque el poeta dijo:

(1) «Sand» significaba en inglés «arena.»

**¡Audentes fortuna juvat!**

Es decir, que á los atrevidos y no á los audaces, es á los que sonríe casi siempre la fortuna. El audaz puede ser irreflexivo; el osado piensa primero y en seguida obra. Esta es la diferencia.

Dick Sand era osado. A los quince años ya sabia tomar una resolucion y ejecutar hasta el fin lo que en su ánimo resuelto habia decidido. Su aspecto, á la vez vivo y sério, llamaba la atencion. No se gastaba en palabras ó en gestos como ordinariamente hacen los muchachos de su edad. Muy pronto, en la época de la vida en que no se discuten los problemas de la existencia, se habia encontrado frente á frente de su condicion miserable, y se habia prometido mejorarla por sí mismo.

Y, en efecto, la habia mejorado siendo ya casi un hombre á la edad en que los demás no son sino niños todavía.

Al mismo tiempo Dick Sand era muy listo y muy hábil para todos los ejercicios físicos, era de esos seres privilegiados, de los que se pueden decir que han nacido con dos pies izquierdos y dos manos derechas. De esta manera lo hacen todo con buena mano y andan siempre con buen pie.

La caridad pública, ya lo hemos dicho, habia educado al pobre huérfano. Le habian puesto primero en una de esas casas de niños, en las que hay siempre en América un sitio para los pequeños abandonados. Despues, á los cuatro años, aprendió á leer, á escribir y á contar, en una de esas escuelas del Estado de Nueva-York, que tan generosamente sostienen las suscripciones caritativas.

A los ocho años la afición al mar, que tenia desde su nacimiento, le hizo embarcarse como grumete en un correo de los mares del Sur. Allí aprendió el oficio de marinero, como se debe aprender, desde la menor edad. Poco á poco se fue instruyendo bajo la direccion de los oficiales que se interesaban por él. Así el grumete no debia tardar en ser aprendiz, esperando mejorar sin duda. El niño que llega á comprender desde el principio que el trabajo es la ley de la vida, el que sabe desde luego que ha de ganar su pan con el sudor de su frente (precepto de la Biblia, que es la regla de la humanidad) está predestinado probablemente á hacer grandes cosas, porque llegará un día en que tenga voluntad y fuerzas para realizarlas.

Estando Dick Sand de grumete á bordo de un barco mercante reparó en él el capitán Hull. Este bravo marino tomó pronto amistad al niño y mas tarde lo presentó á su armador James W. Weldon; éste sintió un gran interés por el huérfano y completó su educacion en San Francisco, haciéndole instruir en la religion católica, á la cual pertenecia su familia.

Durante sus estudios, Dick Sand se apasionó mas particularmente por la geografía y por los viajes, esperando tener edad para aprender la parte de las matemáticas que se relaciona con la navegacion. Despues cuidó de añadir á esta parte teórica de su instruccion la práctica y así fue que en clase de aprendiz pudo embarcarse por primera vez en el *Pilgrim*. Un buen marino debe conocer la gran pesca tanto como la gran navegacion. Es una buena preparacion para todas las eventualidades que lleva consigo la carrera marítima. Por lo demás Dick Sand iba en un buque de James W. Weldon, su bienhechor, mandado por su protector el capitán Hull y se encontraba por consiguiente en las condiciones mas favorables.

Decir cuánto era su afecto á la familia Weldon, á la cual debia todo lo que era, seria supérfluo. Es mejor dejar hablar á los hechos. Se comprenderá pues cuánta seria la alegría del jóven aprendiz cuando

supo que la señora Weldon iba á tomar pasaje á bordo del *Pilgrim*.

Durante muchos años, la señora Weldon habia sido para él una madre, y en Juanito veia un hermano menor, teniendo siempre en cuenta su situacion respecto del hijo del rico armador. Pero, sus protectores lo sabian bien, el buen grano que habian sembrado, habia caido en una tierra generosa. Bajo la savia de su sangre, el corazon del huérfano se henchia de reconocimiento, y si un día hubiera sido preciso que diera su vida por la de los que le habian enseñado á instruirse y á amar á Dios, el jóven aprendiz no hubiera dudado en darla. En una palabra, no tener mas que quince años, pero obrar y pensar como si tuviera treinta; este era Dick Sand.

La señora Weldon sabia lo que valia su protegido, y sin ninguna inquietud podia confiarle al pequeño Juan. Dick Sand acariciaba al niño, que viéndose querido por este hermano mayor, le buscaba. Durante esas largas horas de ocio que son frecuentes en una travesía cuando la mar es bella, cuando las velas bien colocadas no exigen ninguna maniobra, Dick y Juan estaban casi siempre juntos. El jóven aprendiz enseñaba al niño todo lo que en ese oficio podia parecerle entretenido. La señora Weldon veia sin temor á Juan en compañía de Dick Sand lanzarse á los obenques, preparar á la cofa del palo de mesana y á las bergas de juanete, y bajar como una flecha á lo largo de los brandrales. Dick Sand le seguia siempre dispuesto á sostenerle ó á detenerle si sus brazos de cinco años flojeaban en estos ejercicios. Todo esto aprovechaba al pequeño Juan, al que la enfermedad habia demacrado algun tanto, y en breve le volvieron todos sus colores á bordo del *Pilgrim*, gracias á aquella gimnasia cotidiana y á las fortificantes brisas de la mar.

Así pasaban las cosas, la travesía se verificaba en estas condiciones, y á no haberles favorecido poco el tiempo, ni los pasajeros ni la tripulacion del *Pilgrim*, hubieran tenido de qué quejarse.

Sin embargo, esta persistencia de los vientos del Este, no dejaba de dar cuidado al capitán Hull, que no podia poner el barco en buen camino. Temia, que despues, cerca del Trópico de Capricornio, las calmas serian un nuevo obstáculo, esto sin hablar de la corriente ecuatorial que irresistiblemente le empujaria hácia el Oeste. Estaba inquieto sobre todo por la señora Weldon, por aquellas detenciones de que sin embargo no era el responsable. Así es que pensaba, si encontraba á su paso algun vapor trasatlántico de los que hacen la carrera de América, aconsejar á su pasajera que se embarcase en él. Desgraciadamente se encontraba detenido en muy altas latitudes para que pudiera cruzarse con un vapor de la carrera de Panamá, en esta época en que todavía las comunicaciones, al través del Pacífico entre la Australia y el nuevo mundo, no eran tan frecuentes como despues han llegado á ser.

Era necesario por consiguiente, dejar las cosas marchar á la ventura y parecia que nada debia turbar esta monótona travesía, cuando se produjo el primer incidente, precisamente el día 2 de febrero en la longitud y latitud indicadas al principio de esta historia.

Dick Sand y Juan, como á las nueve de la mañana, y con un tiempo perfectamente claro, estaban instalados sobre las vergas de juanete; desde allí dominaban todo el barco y una porcion del Océano en un inmenso radio. A su espalda el perímetro del horizonte no estaba oculto á su vista mas que por el palo mayor que llevaba vergantina y espiga. Este faro les ocultaba una parte del mar y del cielo. Delante veian alargarse sobre las olas el bauprés con sus foques, que amurados á la borda, se estendian como tres grandes alas desiguales. Por debajo se redondeaba la

vela de mesana, y por encima la pequeña gavia y el juanete, cuya relinga se movía á impulsos de la brisa. El bergantín goleta corría, pues, amuradas á babor ciñendo el viento lo mas posible.

Dick Sand explicaba á Juan cómo el *Pilgrim*, perfectamente lastrado y muy bien equilibrado en todas sus partes, no podía zozobrar, aun cuando diera un bandazo demasiado fuerte sobre estribor, cuando el niño le interrumpió diciendo:

—¿Qué es lo que se ve allí?

—¿Ve usted alguna cosa, Juan? preguntó Dick Sand que en el momento se puso de pie sobre las vergas.

—Sí; allí, respondió Juanito mostrando con la mano un punto en la mar que se veía por el espacio que dejaban libre los estais del gran foque y los del pitifoque.

Dick Sand miró atentamente al punto marcado, y en breve gritó con voz fuerte:

—Un objeto perdido viene hácia nosotros á estribor por delante.

### CAPITULO III.

#### EL OBJETO PERDIDO.

Al grito dado por Dick Sand, toda la tripulación se puso en pie; los que no estaban de cuarto subieron á cubierta; el capitán Hull dejó su camarote y se dirigió á popa.

La señora Weldon, Nan y hasta el indiferente primo Benedicto, fueron á apoyarse sobre la banda de estribor, de manera que pudieran ver el objeto señalado por el jóven aprendiz.

Solo Negro no abandonó el chirivital que le servía de cocina, y como siempre, entre toda la tripulación, fue el único á quien no parecía interesar el encuentro de un objeto en el mar.

Todos en aquel instante miraban con atención el objeto flotante que las olas mecían á tres millas del *Pilgrim*.

—¿Qué podrá ser eso? decía un marinero.

—Alguna balsa abandonada, respondía otro.

—¿Habrá acaso en esa balsa algunos desgraciados naufragos? dijo la señora Weldon.

—Ya lo sabremos, respondió el capitán Hull, pero ese objeto no es una balsa, es el casco de un buque tumbado sobre el costado...

—¡Eh! ¿No será acaso algun animal marino, algun mamífero de gran corpulencia? observó el primo Benedicto.

—No lo creo, respondió el aprendiz.

—¿Qué crees tú que sea, Dick? preguntó la señora Weldon.

—El casco de un buque tumbado, como ha dicho el capitán, señora Weldon. Aun me parece que veo su forro de cobre brillar al sol.

—Sí... en efecto... respondió el capitán Hull.

Después, dirigiéndose al timonel, le dijo:

—Bolton, pon el timon al viento; mete un cuarto de modo que pasemos al costado de ese objeto.

—Sí señor, respondió el timonel.

—Pero, repuso el primo Benedicto, yo estoy seguro de lo que he dicho, positivamente es un animal.

—Entonces, respondió el capitán Hull, será un cetáceo de cobre, porque positivamente tambien le veo relucir al sol.

—En todo caso, primo Benedicto, añadió la señora Weldon, habreis de concedernos que ese cetáceo está muerto, porque es bien cierto que no hace el menor movimiento.

—Eh, prima Weldon, respondió el primo Benedicto, que se obstinaba en su opinion, no sería la primera vez que se encontrara una ballena durmiendo sobre la superficie de las aguas.

—En efecto, respondió el capitán Hull, pero hoy no se trata de una ballena, sino de un barco.

—Ya lo veremos, repuso el primo Benedicto, que hubiera dado en aquel momento todos los mamíferos de los mares árticos ó antárticos por un insecto de una especie rara.

—Gobierna, Bolton, gobierna, gritó de nuevo el capitán Hull, y no abordes el objeto. Pasa á distancia de un cable. Si no nos podemos hacer gran daño con ese casco podría causarnos alguna avería, y no me gustaria que con él chocara el costado del *Pilgrim*. Orza un poco, Bolton, orza.

La proa del *Pilgrim*, que habia sido puesta sobre el objeto perdido que se veía varió un poco de dirección por un ligero movimiento del timon.

El bergantín-goleta se encontraba entonces á una milla del casco zozobrado, los marineros lo consideraban ávidamente. ¿Acaso contendría un cargamento de valor que sería posible trasladar al *Pilgrim*? Sabido es que en estos salvamentos la tercera parte del valor pertenece á los salvadores, y en el caso presente, si el cargamento no estaba averiado, los marineros de la tripulación habrían hecho, como ellos dicen, un buen negocio. Sería este un desquite que les consolaría de lo incompleto de su pesca.

Un cuarto de hora después se encontraba el objeto á media milla del *Pilgrim*.

Era un buque que se presentaba por la banda de estribor. Sumergido hasta los parapetos, tenía tal inclinación, que hubiera sido casi imposible mantenerse sobre cubierta. De su arboladura no se veía nada; de los porta-obenques colgaban algunos cabos de hilo roto y las cadenas rotas de las vigotas. Sobre la banda de estribor se abría un ancho agujero entre las cuadernas y los bordajes hundidos.

—Este barco ha sido abordado, exclamó Dick Sand.

—No es dudoso, respondió el capitán Hull, y es un milagro que no se haya sumergido inmediatamente.

—Si ha sido abordado, observó la señora Weldon, es de creer que la tripulación de este barco habrá sido recogida por los del que le abordaron.

—Eso es de creer, señora Weldon, respondió el capitán Hull, á no ser que su tripulación haya buscado refugio en sus mismos botes después de la colisión y en el caso en que el buque abordado hubiera continuado su camino, lo cual se ha visto por desgracia alguna vez.

—¿Eso es posible? Sería dar una prueba de una inhumanidad muy grande.

—Sí, señora Weldon... sí... y no faltan ejemplos. En cuanto á la tripulación de este barco, lo que me hace creer que hace mucho tiempo que lo abandonó es que no diviso ni un solo bote, y á menos que la gente de á bordo no haya sido recogida, creo mejor que habrán tratado de ganar la tierra. Aunque á esta distancia del continente americano ó de las islas de Océano, es de temer que no hayan podido conseguirlo.

—Tal vez, dijo la señora Weldon, no se conozca jamás el secreto de esta catástrofe. Sin embargo, es posible que haya á bordo todavía algun hombre de la tripulación.

—Eso no es probable, señora Weldon, respondió el capitán Hull; nuestra aproximación hubiera sido ya notada y nos habrían hecho alguna señal. Ahora nos aseguraremos.—Orza un poco, Bolton, orza; gritó el capitán Hull indicando con la mano el camino que debía seguir.

El *Pilgrim* no estaba mas que á tres cables del objeto y ya no se podía dudar de que aquel casco habia sido abandonado completamente por toda su tripulación.

Pero en aquel momento Dick Sand hizo un gesto reclamando imperiosamente el silencio.



Dick y Juan estaban casi siempre juntos.

—Escuchad, escuchad, dijo. Todos prestaron atención.

—Oigo como un ladrido, exclamó Dick Sand.

En efecto, se oía resonar un ladrido en el interior del casco. Indudablemente en él había un perro vivo, tal vez aprisionado, porque era posible que los paños estuvieran herméticamente cerrados. Pero no se podía ver; la cubierta del buque aun no era visible.

—Señor Hull, dijo la señora Weldon, aunque no haya ahí mas que un perro, le salvaremos.

—Sí... sí... dijo Juanito... le salvaremos... Yo le daré de comer... nos querrá mucho... mamá, voy á buscar para él un terron de azúcar.

—Estáte quieto, hijo mio, respondió la señora Weldon sonriéndose; creo que el pobre animal estará muriendo de hambre y que ha de agradarle mas un buen pastel que tu terron de azúcar.

—Pues bien, que le dén mi sopa; exclamó Juanito; yo puedo pasar muy bien sin ella.

En aquel momento los ladridos se oían mas distintamente; solo unos trescientos piés separaban á los

dos barcos; casi enseguida un perro de gran tamaño apareció sobre los parapetos de estribor y se sujetó á ellos ladrando mas desesperadamente que nunca.

—Howik, dijo el capitán Hull volviéndose hácia el contraalmirante del *Pilgrim*, poneos al paio y que arrien el bote pequeño.

—Tente bien, tente bien, perro mio, gritó Juanito al animal, que parecia responderle con un ladrido medio ahogado.

El velámen del *Pilgrim* fue orientado con rapidez de manera que el buque estuviese casi inmóvil á menos de medio cable del casco sumergido.

Arriaron el bote, y el capitán Hull, Dick Sand y dos marineros se embarcaron en él enseguida.

El perro continuaba ladrando; trataba de sostenerse sobre el parapeto, pero á cada instante caía en la cubierta; habriase dicho que sus ladridos no se dirigian entonces ya á los que iban hácia él. ¿Se dirigan á marineros ó pasajeros encerrados en aquel buque?

—¿Habrá abordo algun náufrago que haya sobrevivido? se preguntaba la señora Weldon.



¿Qué tendrá este perro? dijo el capitán Hull.

El bote del *Pilgrim* iba á llegar en algunos golpes de remo al casco sumergido.

Pero de pronto los ahullidos del perro se modificaron. A los primeros ladridos que invitaban á los salvadores á acudir sucedieron unos ladridos furiosos. Sin duda la cólera mas violenta escitaba á aquel singular animal.

—¿Qué tendrá este perro? dijo el capitán Hull, mientras el bote daba la vuelta á la popa del buque á fin de acercarse á la parte de la cubierta sumergida bajo el agua.

Lo que no podía entonces observar el capitán Hull, lo que no pudo ser observado ni aun abordo del *Pilgrim* fue que el furor del perro se manifestó precisamente en el momento en que Negro, dejando su cocina acababa de dirigirse hácia el castillo de proa.

¿Conocía el perro, y habia reconocido al maestro cocinero? Era muy inverosímil. De todos modos Negro, cuyo entrecejo se habia de pronto fruncido un instante, volvió á entrar en la cámara de la tripulación despues de haber mirado al perro sin manifestar ninguna sorpresa.

Entre tanto el bote habia dado la vuelta á la popa del barco. Sobre ella se leia este solo nombre: *Waldeck*.

*Waldeck* y ninguna cosa mas que designara el puerto á que pertenecía. Pero en las formas del casco y en ciertos detalles que un marino conoce al primer golpe de vista, el capitán Hull habia reconocido que este barco era de construcción americana: su nombre lo confirmaba además. Y ahora este casco era todo lo que quedaba de un bergantín de quinientas toneladas.

En la proa del *Waldeck* una ancha abertura indicaba el sitio en que se habia producido el choque. Por consecuencia de haberse vuelto el casco, esta abertura se encontraba entonces á cinco ó seis pies fuera del agua, lo que esplicaba por qué el bergantín aun no habia zozobrado.

Sobre la cubierta, que el capitán Hull veia en toda su extension no habia nadie.

El perro que habia abandonado el parapeto se dejaba escurrir hasta el pañol central que estaba abierto, y allí ladraba unas veces al interior y otras al exterior.

—Ciertamente que este animal no está sólo abordo, observó Dick Sand.

—No en verdad, respondió el capitán Hull.

El bote entonces siguió á lo largo del parapeto de nabor que estaba medio sumergido. Seguramente que una mar un poco gruesa habria hecho zozobrar completamente al *Waldeck*.

La cubierta del bergantín estaba barrida de un extremo á otro. No quedaban sobre ella mas que algunos pedazos del palo mayor y del de mesana, ambos rotos á dos pies por encima del ensamblaje y que debian haber caido al golpe llevándose tras de sí los obenques, los brandales y las escalas de maniobra. Sin embargo, á todo lo lejos que podia extenderse la vista no se veia ningun otro objeto alrededor de *Waldeck*, lo cual parecia indicar que la catástrofe habia muchos dias que habia ocurrido.

—Si algunos desgraciados han sobrevivido á la colision, dijo el capitán Hull, es probable que el hambre ó la sed hayan acabado con ellos, porque el agua ha debido entrar en la despensa. No debe haber á bordo mas que cadáveres.

—No, exclamó Dick Sand, no. El perro no ladraría así; ahí hay seres vivos.

En este momento el perro, respondiéndole á la voz del aprendiz, se dejó escurrir al mar y nadó trabajosamente hacia el bote, porque parecia estar estenuado.

Recogieronlo, y el animal se precipitó ardientemente, no hacia un pedazo de pan que Dick Sand le presentó primero, sino hacia un balde que contenia un poco de agua dulce.

—Este pobre animal está muerto de sed, exclamó Dick Sand.

Buscaron entonces un lugar á propósito para atracar el bote con mas seguridad al *Waldeck*, y con este objeto se separaron algunas brazas. El perro debió evidentemente creer que sus salvadores no querian subir abordo, porque se agarró á la chaqueta de Dick Sand y comenzó con nueva fuerza sus lastimeros ladridos.

Le comprendieron. Su pantomima y su lenguaje eran tan claros como hubiera podido ser la lengua de un hombre. El bote avanzó enseguida hasta la serviola de babor. Allí los dos marineros le amarraron sólidamente, mientras que el capitán Hull y Dick Sand, poniendo el pie en la cubierta al mismo tiempo que el perro, se izaban no sin trabajo hasta el pañol que se abria entre los pedazos de los dos mástiles.

Por este pañol bajaron los dos á la bodega.

La bodega del *Waldeck*, medio llena de agua, no contenia ninguna mercancia. El bergantín navegaba en lastre, con lastre de arena que se habia escurrido hacia babor y que contribuia á sostener el barco acostado. Por este lado no habia salvamento que hacer.

—Aquí no hay nadie, dijo el capitán Hull.

—Nadie, respondió el aprendiz despues de haberse adelantado hasta la parte anterior de la bodega.

Pero el perro, que estaba sobre cubierta, continuaba ladrando, y parecia llamar mas imperiosamente la atencion del capitán.

—Subamos, dijo el capitán Hull al aprendiz; y ambos á dos volvieron á aparecer sobre cubierta.

El perro corrió hacia ellos y trató de llevarlos hacia la toldilla.

Le siguieron hasta el cuadrado; allí habia cinco cuerpos, cinco cadáveres sin duda, tumbados en el suelo. A la luz del dia que penetraba por entre la claraboya, el capitán Hull reconoció los cuerpos de cinco negros.

—Dick Sand, que iba del uno al otro, creyó sentir que los infortunados respiraban aun.

—¡Abordo! ¡abordo! gritó el capitán Hull, y llamaron los dos marineros que guardaban la embarcacion, los cuales ayudaron á trasportar los naufragos fuera de la toldilla, lo cual no se realizó sin trabajo; pero dos minutos despues los cinco negros estaban tendidos en el bote sin que ninguno de ellos tuviera conciencia de lo que se hacia para salvarlos. Algunas gotas de cordial y un poco de agua fresca prudentemente administrada, podian tal vez volverles á la vida.

El *Pilgrim* se mantenía á medio cable del casco perdido, y el bote en breve se atracó á él.

Echaron un cabo desde la berga mayor, y en breve los negros, subidos cada uno separadamente, descansaron por fin en la cubierta del *Pilgrim*. El perro les habia acompañado.

—¡Desgraciados! exclamó la señora Weldon viendo á estas pobres gentes que no eran mas que cuerpos inermes.

—¡Viven, señora Weldon! ¡Los salvaremos, sí, los salvaremos! dijo Dick Sand.

—¿Qué les habrá sucedido? preguntó el primo Benedicto.

—Esperad á que puedan hablar, respondió el capitán Hull, y nos contarán su historia. Pero ante todo démosles de beber un poco de agua con algunas gotas de rom. Despues, volviéndose, gritó: ¡Negoro!

A este nombre el perro se enderezó como si hubiera estado en acecho, con el pelo erizado y la boca abierta.

Entre tanto el cocinero no parecia.

—¡Negoro! repitió el capitán Hull.

El perro dió de nuevo señales de un estremado furor.

Negoro salió de la cocina. Apenas se mostró sobre la cubierta cuando el perro se precipitó sobre él y quiso saltarle al cuello.

De un golpe con la badila con que estaba armado, rechazó al animal, al cual algunos marineros acudieron á contener.

—¿Es que conocéis á ese perro? preguntó el capitán Hull al maestro cocinero.

—¿Yo? respondió Negoro, no le he visto jamás.

—¡Es singular! murmuró Dick Sand.

## CAPITULO IV.

### LOS SUPERVIVIENTES DEL «WALDEK.»

Hácese todavía en gran escala la trata en toda el Africa equinoccial. A pesar de los cruzeros ingleses y franceses, muchos buques cargados de esclavos salen todos los años de las costas de Angola ó de Mozambique para llevar negros á diversas partes del mundo, y aun es preciso decirlo, del mundo civilizado.

El capitán Hull no lo ignoraba. Aun cuando estos parajes no eran ordinariamente frecuentados por los negreros, se preguntaba si aquellos negros cuyo salvamento acababa de verificar, serian supervivientes de un cargamento de esclavos que el *Waldeck* llevara á vender á alguna colonia del Pacifico. En todo caso, y si esto era así, aquellos negros quedaban libres por el hecho de haber puesto el pié á bordo de su barco, y ya le faltaba el tiempo para decirselo.

Mientras esto sucedia se prodigaron á los naufragos del *Waldeck* los mas solícitos cuidados. La señora Weldon, ayudada por Nan y por Dick Sand les habia administrado un poco de esa excelente agua de que se veian privados hacia muchos dias, y esto y algun alimento bastó para volverlos á la vida.

El mas viejo de aquellos negros, que podria tener unos sesenta años de edad, se encontró en breve en

estado de hablar, y pudo responder en inglés á las preguntas que se le hicieron.

—¿El buque que os trasportaba, preguntó primero el capitán Hull, ha sido abordado?

—Sí, respondió el viejo negro. Hace diez dias, nuestro buque fue abordado durante una noche muy oscura. Nosotros dormíamos...

—Pero la tripulación del *Waldeck*, ¿qué ha sido de ella?

—Cuando mis compañeros y yo subimos á la cubierta, no estaban ya allí, señor.

—¿Saltaría la tripulación á bordo del buque que chocó con el *Waldeck*? preguntó el capitán Hull.

—Acaso, y debemos esperarlo así.

—Y el barco ese despues del choque, ¿no volvió á recogerlos?

—No.

—¿Habrá tal vez naufragado?

—No señor, no ha naufragado, respondió el viejo negro moviendo la cabeza, porque le hemos visto huir durante la noche.

Este hecho, que fue atestiguado por todos los que sobrevivían del *Waldeck*, puede parecer increíble. Sin embargo, es demasiado cierto que los capitanes, despues de alguna terrible colision debida á su imprudencia, han huido frecuentemente sin tomarse cuidado de los infortunados á quienes han perdido sin tratar de llevarles algun recurso.

Que los cocheros hagan una cosa por el estilo, y dejen á otros en la via publica el cuidado de reparar la desgracia que ellos han causado, es condenable; pero á lo menos sus víctimas pueden estar seguras de encontrar socorros inmediatos. Pero que haya hombres que abandonen así en la mar á otros hombres, eso es inaudito, eso es vergonzoso.

Sin embargo, el capitán Hull conocia muchos ejemplos de semejante inhumanidad y repitió á la señora Weldon que tales hechos tan monstruosos y todo como eran, no habian sido desgraciadamente raros.

Despues, volviendo á empezar la conversacion preguntó:

—¿De dónde venia el *Waldeck*?

—De Melbourne.

—¿No sois esclavos?

—No señor, respondió vivamente el viejo negro, que se estiró todo lo que permitia su estatura. Somos súbditos del Estado de Pensilvania y ciudadanos de la libre América.

—Amigos míos, respondió el capitán Hull, creed que no habeis comprometido vuestra libertad pasando á bordo del bergantín americano el *Pilgrim*.

En efecto, los cinco negros que trasportaba el *Waldeck* pertenecian al Estado de Pensilvania. El mas viejo, vendido en Africa como esclavo á la edad de seis años, y despues trasportado á los Estados Unidos, habia sido declarado libre despues de muchos años por la ley de emancipacion. En cuanto á sus compañeros, mucho mas jóvenes que él, hijos de esclavos libertos antes de su nacimiento, habian nacido libres, y ningun blanco habia tenido jamás derecho de propiedad sobre ellos. No hablaban siquiera esa lengua *negra* que no emplea el artículo, y que no conoce mas que el infinitivo de los verbos, lengua que ha desaparecido poco á poco despues de la guerra antiesclavista. Habian, pues, estos negros dejado libremente los Estados Unidos, y volvia tambien con entera libertad á ellos.

Segun dijeron al capitán Hull, habian estado contratados como trabajadores en casa de un inglés que poseia una gran explotacion cerca de Melbourne, en la Australia Meridional. Allí habian pasado tres años con gran provecho suyo, y concluida su contrata, habian querido regresar á América.

Se habian embarcado, por consiguiente, en el

*Waldeck*, pagando su flete como pasajeros ordinarios. El 5 de diciembre habian salido de Melbourne, y diez y siete dias despues, durante una noche muy oscura, el *Waldeck* habia sido abordado por un gran vapor.

Los negros estaban acostados. Algunos segundos despues de la colision, que fue terrible, se precipitaron á la cubierta. Ya los mástiles del buque habian caido, y el *Waldeck* estaba tumbado sobre un costado; pero no debia zozobrar porque el agua solo habia invadido una porcion insuficiente de la bodega.

En cuanto al capitán y á la tripulación del *Waldeck*, todos habian desaparecido, ya porque unos hubieran sido precipitados al mar, ya porque otros se hubiesen agarrado á los aparejos del buque abordador que despues del choque habia huido para no volver.

Los cinco negros habian quedado solos abordo sobre un casco medio zozobrado y á 1200 millas de tierra.

El mas viejo de los negros se llamaba Tom, su edad así como su carácter enérgico y su experiencia frecuentemente puesta á prueba durante una larga vida de trabajos, le constituian jefe natural de los compañeros que se habian asociado á él.

Los otros negros eran jóvenes de veinticinco á treinta años, que tenian por nombres Bat (1), hijo del viejo Tom, Austin, Acteon y Hércules, todos cuatro bien constituidos y vigorosos y que se habrian vendido caros en los mercados del Africa Central. Aun cuando habian sufrido terriblemente, se podia perfectamente reconocer en ellos magnificas muestras de esa raza fuerte á la cual una educacion liberal adquirida en las numerosas escuelas del América del Norte habia impreso su sello.

Tom y sus compañeros se habian encontrado por consiguiente solos en el *Waldeck* despues de la colision sin tener ningun medio de levantar el inerte casco y sin poder abandonarle, pues que las dos embarcaciones de abordo se habian despedazado en el abordaje. Quedáronse, pues, reducidos á esperar el paso de un buque, mientras el casco fue derivando poco á poco á impulso de las corrientes. Esta accion explicaba por qué se les habia encontrado tan fuera de su camino, puesto que habiendo salido el *Waldeck* de Melbourne debia encontrarse en una latitud mucho mas baja.

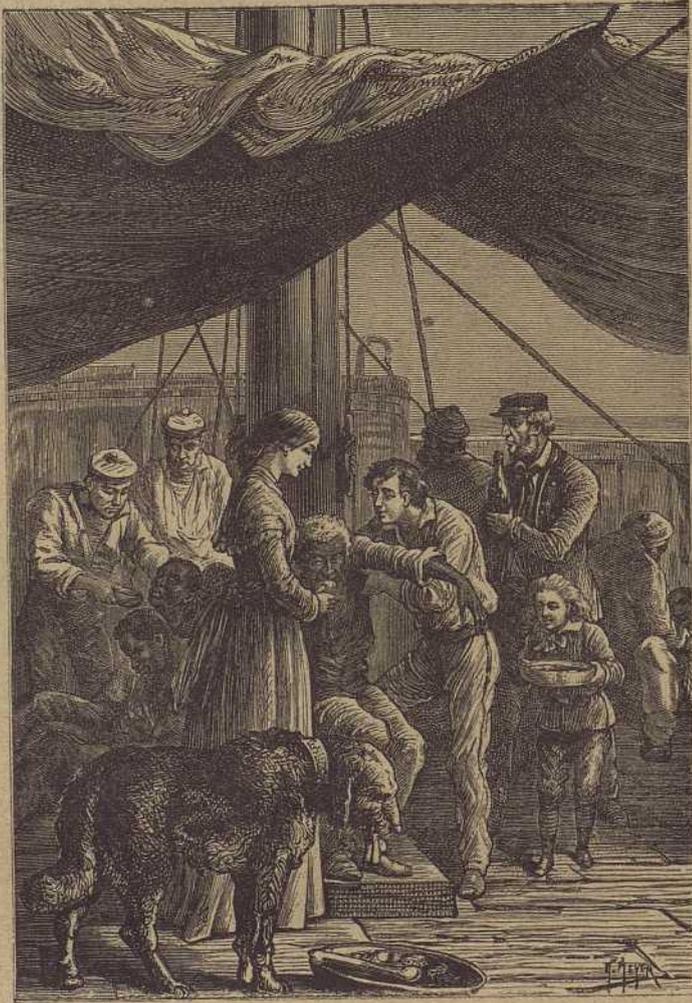
Durante los diez dias que pasaron entre la colision y el momento en que el *Pilgrim* llegó á la vista del buque naufrago, los cinco negros se habian alimentado con algunas provisiones que encontraron en la despensa de la cámara. Pero no habiendo podido penetrar en la gamusa anegada enteramente, no habian podido apagar su sed con ninguna bebida espirituosa y habian sufrido cruelmente, porque los barriles de agua que llevaban amarrados sobre la cubierta se habian deshecho con el choque. Desde la vispera Tom y sus compañeros torturados por la sed habian perdido el conocimiento, y ya era tiempo de que el *Pilgrim* llegase.

Tal fue la relacion que hizo Tom en pocas palabras al capitán Hull. No habia lugar á poner en duda la veracidad del viejo negro. Sus compañeros confirmaron todo lo que habia dicho, y ademas los hechos abogaban por esta pobre gente.

Otro sér viviente salvado tambien en el casco habria hablado sin duda con la misma franqueza si hubiera tenido el don de la palabra.

Este sér era el perro á quien la vista de Negoro parecia afectar de tan desagradable manera. Habia entre ellos una antipatia verdaderamente inesplicable.

(1) Bat, abreviatura de Bartolomé



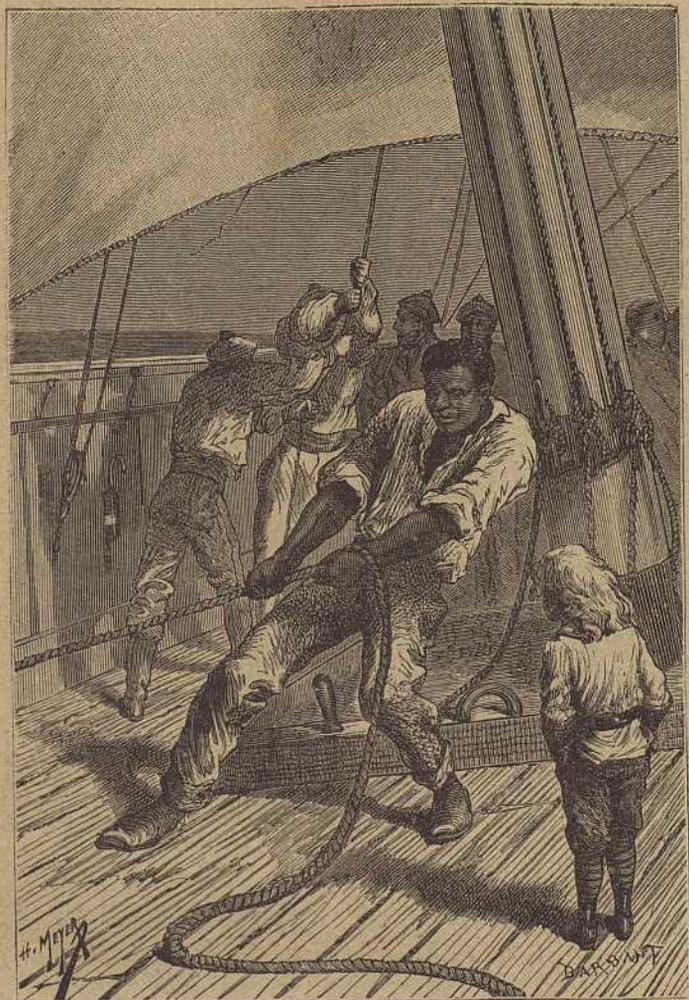
Se prodigaron á los náufragos del *Waldeck* los mas solícitos cuidados.

Dingo, tal era el nombre del perro, pertenecía á esa raza de mastines peculiar á la Nueva Holanda. Sin embargo, no habia sido en Australia donde el capitán del *Waldeck* lo habia encontrado. Dos años antes Dingo, errante y medio muerto de hambre, habia sido encontrado en el litoral Oeste de la costa de Africa, en las inmediaciones de la embocadura del Congo. El capitán del *Waldeck* recogió este hermoso animal que era poco sociable y que parecia sentir constantemente la pérdida de algun antiguo dueño, del que hubiera sido violentamente separado y á quien le hubiera sido imposible encontrar en aquel país desierto. Dos letras, S. V., grabadas en su collar, era lo único que recordaban un pasado de este animal, cuyo misterio en vano se hubiera tratado de buscar.

Dingo, magnífico y robusto animal, mayor que los perros de los Pirineos, era por consiguiente un soberbio ejemplar de esa variedad de mastines de la Nueva Holanda. Cuando se enderezaba echando su cabeza atrás, tenia la estatura de un hombre. Su agilidad, su fuerza muscular, habian debido hacer de él

uno de esos animales que atacan sin dudar á los jaguares y á las panteras y que no temen hacer frente á un oso. De pelo espeso y con larga cola bien provista de pelo y rígida como la de un león, de color leonado oscuro, no tenia mas que algunos matices blanquecinos en el ocico. Este animal, bajo la influencia de la cólera debia ser terrible, y así se comprende cuán poco satisfizo á Negoro la acogida que le habia hecho aquel vigoroso individuo de la raza canina.

Sin embargo, si Dingo no era sociable, tampoco era malo. Parecia mas bien triste. El viejo Tom habia hecho la observacion abordo del *Waldeck* de que este perro no parecia muy aficionado á los negros. No trataba de hacerlos daño, pero seguramente huia de ellos. Tal vez en la costa africana donde estuvo errante habia sufrido algun mal tratamiento por parte de los indigenas. Así pues, aun cuando Tom y sus compañeros eran buena gente, Dingo nunca se habia acercado á ellos. Durante los diez dias que los náufragos habian pasado en el *Waldeck*, habia estado apartado de ellos, alimentándose no se sabe cómo pero sufriendo tambien cruelmente por la sed.



El viejo negro y sus compañeros se apresuraban á ayudar á la tripulacion.

Tales eran los supervivientes de aquel casco que el primer golpe de mar iba á sumergir. Indudablemente no hubiera arrastrado consigo á las profundidades del Océano mas que cadáveres si la inesperada llegada del *Pilgrim* retardada por las calmas y los vientos contrarios no hubiese permitido al capitán Hull hacer una obra de humanidad.

Esta obra debia ser completada devolviendo los naufragos del *Waldeck* á su país, facilitándoles los medios de llegar á él ya que en el naufragio habia perdido sus economías de tres años de trabajo: esto es lo que iba á hacer. El *Pilgrim* despues de haber descargado en Valparaiso debia remontar la costa americana hasta la altura del litoral de California. Allí Tom y sus compañeros serian bien recibidos por James W. Weldon, así se lo habia asegurado su generosa esposa, y serian provistos de todo lo que necesitaban para llegar al Estado de Pensilvania.

Tranquilas sobre el porvenir estas pobres gentes no tuvieron mas que dar las gracias á la señora Weldon y al capitán Hull; y en verdad que les debian

mucho y que aunque tuesen pobres negros, tal vez algun dia pudieran pagarles esta deuda de reconocimiento.

## CAPITULO V.

### S. V.

Entre tanto el *Pilgrim* habia vuelto á emprender su ruta tratando de ganar lo mas pronto posible el Este. Esta incómoda persistencia de las calmas no dejaba de dar cuidado al capitán Hull, no porque le inquietara una semana ó dos mas de retraso en una travesía desde Nueva Zelanda á Valparaiso, sino á causa del aumento de fatiga que este retraso podria causar á su pasajera.

Sin embargo, la señora Weldon no se quejaba, y antes al contrario, tomaba filosóficamente su mal con paciencia.

La tarde misma del 2 de febrero perdieron de vista el casco.

El capitán Hull se ocupó en primer lugar en instalar todo lo convenientemente posible á Tom y sus compañeros. El sitio de la tripulación del *Pilgrim*, dispuesto sobre cubierta en forma de camarata, era muy pequeño para contenerlos. Se arregló de manera que pudieran alojarse bajo el castillo de proa. Por lo demás, estas pobres gentes, acostumbradas á rudos trabajos, no podían ser muy difíciles de contentar, y con tan buen tiempo caluroso y saludable, este alojamiento debía bastarles durante toda la travesía.

La vida de abordó, sacada por un instante de su monotonía ordinaria por este incidente, recobró pronto su curso.

Tom, Austin, Bat, Acteon y Hércules, habrían querido ser útiles abordó, pero como los vientos eran constantes, una vez arregladas las velas no había nada que hacer. Sin embargo, cuando se trataba de una virada de bordo, el viejo negro y sus compañeros se apresuraban á ayudar á la tripulación, y hay que confesar que cuando el colosal Hércules echaba mano á una maniobra se conocía en seguida. Este vigoroso negro, de seis pies de altura, valía él solo tanto como un aparejo.

Era un gozo para Juanito mirar á este gigante. No le tenía miedo, y cuando Hércules le hacía saltar en sus brazos como si fuera un muñeco de corcho, daba grandes gritos de alegría.

—Levántame muy alto, decía Juanito.

—Ya lo veis, señor Juan, respondía Hércules.

—¿Es que peso mucho?

—Ni lo siento siquiera.

—Pues bien, súbeme mas alto aún, todo lo que puedas estirar los brazos.

Y Hércules cogiendo con su ancha mano los dos pies del niño, lo paseaba como hacen los gimnastas en el circo. Juan se veía grande, grande, y esto le alegraba mucho; trataba de hacerse el pesado, pero el coloso no lo conocía siquiera.

Dick Sand y Hércules fueron pues los dos amigos del pequeño Juan, y no tardó en tener un tercero.

Este tercer amigo fue Dingo.

Ya hemos dicho que Dingo era un perro poco sociable. Esto debía ser indudablemente porque la sociedad del *Waldeck* no le conviniera; pero abordó del *Pilgrim* ya fue otra cosa. Juan probablemente supo tocar al corazón del hermoso animal. Este en breve gustó de jugar con el niño á quien el juego agradaba, y en breve se conoció que Dingo era uno de esos perros que tienen una predilección particular por los niños. Por otra parte, Juan no le hacía daño. Su mayor placer era trasformar á Dingo en rápido corcel, y la verdad es que un caballo de esta especie es muy superior á un cuadrúpedo de cartón aun cuando tenga ruedas en las patas. Juan galopaba por consiguiente sobre el perro, que lo hacía con gusto, y á la verdad que Juanito no le pesaba ni la mitad de lo que pesa un jockey á un caballo de carrera.

¡Pero qué brecha no se hacía cada día á la provisión de azucar de la gamusa!

Pronto Dingo llegó á ser el favorito de toda la tripulación, á escepcion de Negoro que continuó evitando encontrarse con el animal, cuya antipatía para con él continuaba siendo tan viva como inesplicable.

Sin embargo, Juanito no olvidaba por Dingo á su antiguo amigo Dick Sand, y todo el tiempo que el servicio de á bordo no reclamaba al aprendiz lo pasaba con el niño.

Por supuesto que la señora Weldon veía siempre con la mayor satisfacción esta intimidad.

Un día, el 6 de febrero, habló de Dick Sand con el capitán Hull, y éste la hizo el mayor elogio del joven aprendiz.

—Ese muchacho, dijo á la señora Weldon, llegará un día á ser un buen marino; yo lo garantizo. Tiene un verdadero instinto de la mar y con este instinto suple lo que ignora aun forzosamente de las cosas teóricas del oficio. Lo que ya sabe es admirable, sobre todo cuando se piensa en el poco tiempo que ha tenido para aprenderlo.

—Hay que añadir, respondió la señora Weldon, que es también un excelente sugeto, un muchacho seguro muy superior á su edad y que desde que le conocemos no ha merecido jamás ni una sola reconvencción.

—Sí; respondió el capitán, es un buen muchacho justamente apreciado y querido por todos.

—Terminada esta campaña, dijo la señora Weldon, sé que mi marido tiene intención de hacerle estudiar un curso de hidrografía para que pronto pueda obtener un nombramiento de capitán.

—Y el señor Weldon tiene razón, respondió el capitán Hull. Dick Sand hará un día honor á la marina americana.

—Este pobre huérfano principió dolorosamente su vida, observó la señora Weldon; ha tenido una escuela muy dura.

—Sin duda, señora Weldon; pero no han sido perdidas para él las lecciones. Ha comprendido que era necesario hacer algo en este mundo y está en buen camino.

—Sí; en el camino del deber.

—Miradle ahora señora Weldon; replicó el capitán Hull. Está al timón con la vista fija en el mesana. No se distrae ni un momento de los movimientos del buque. Dick Sand tiene ya la seguridad de un viejo timonel. ¡Buen principio para un marino! Nuestro oficio señora Weldon es de los que necesitan principiarse desde niño. El que no ha sido grumete, nunca llegará á ser un marino completo á lo menos en la marina mercante. Es necesario que todo se convierta en lección y por consecuencia que sea todo al mismo tiempo instintivo y razonado en el hombre de mar, lo mismo la resolución que hay que tomar, que la maniobra que haya que ejecutar.

—Sin embargo, capitán Hull; respondió la señora Weldon, no faltan buenos oficiales en la marina de guerra.

—No; respondió el capitán Hull, pero á mi parecer, los mejores han comenzado casi todos la carrera desde niños, y sin hablar de Nelson y algunos otros, los peores no son los que han principiado por grumetes.

En este momento se vió surgir por la chupeta de popa al primo Benedicto siempre absorto y tan fuera de este mundo como estará el profeta Elías cuando vuelva á la tierra.

El primo Benedicto se puso á pasear por la cubierta como un alma en pena, escudriñando con la vista los intersticios de los parapetos, huroneando bajo los gallineros, paseando su mano por entre las juntas de las tablas de la cubierta en los sitios en que la brea estaba desconchada.

—Eh, primo Benedicto, preguntó la señora Weldon, ¿continuais pasándolo bien?

—Sí... prima Weldon... Lo paso bien sin duda, pero deseo llegar á tierra.

—¿Qué buscáis ahí bajo ese banco, señor Benedicto? preguntó el capitán Hull.

—Insectos, señor, respondió el primo Benedicto; ¿qué quereis que busque sino insectos?

—¿Insectos! A fé que no es en la mar donde enriqueceréis vuestra colección.

—¿Y por qué, señor? No es imposible encontrar abordó alguna muestra de...

—Primo Benedicto, dijo la señora Weldon, maldecid al capitán Hull. Su barco está tan limpio que no encontrareis qué cazar.

El capitán Hull se echó á reír.

—La señora Weldon exagera, repuso. Sin embargo, señor Benedicto, yo creo que perdereis el tiempo registrando nuestros camarotes.

—Ah, lo sé perfectamente, dijo el primo Benedicto alzando los hombros, por mas que he hecho...

—Pero en la bodega del *Pilgrim*, replicó el capitán Hull, acaso encontrareis algunas cucarachas ejemplares, por lo demás, poco interesantes.

—Poco interesantes los ortópteros nocturnos que han incurrido en las maldiciones de Virgilio y de Horacio, respondió el primo Benedicto enderezándose. Poco interesantes los próximos parientes del *periplaneta orientalis* y del *kakerlac* americano que habitan...

—Que infestan... dijo el capitán Hull.

—Que reinan abordo... replicó orgullosamente el primo Benedicto.

—Hermoso reinado...

—¿No sois entomologista, caballero?

—No lo soy nunca, á costa mia.

—Vamos, primo Benedicto, dijo la señora Weldon sonriendo, no nos deseéis ser devorados por amor á la ciencia.

—Yo no deseo nada, prima Weldon, respondió el fogoso entomologista, sino poder añadir á mi coleccion algun raro ejemplar que le haga honor.

—¿No estais satisfecho con las conquistas que habeis hecho en Nueva Holanda?

—Verdaderamente que sí, prima Weldon. He tenido la suerte de adquirir uno de esos nuevos *stafilinos* que hasta ahora no se habian encontrado sino á algunos cientos de millas más lejos, en la Nueva Caledonia.

En este momento, Dingo que juraba con Juanito se aproximó saltando al primo Benedicto.

—Larga, larga, dijo este rechazando al animal.

—¿Amar á las cucarachas y detestar á los perros! dijo el capitán Hull. ¡Oh señor Benedicto!

—Y á este que es tan bueno, dijo Juanito cogiendo con sus manecitas la enorme cabeza de Dingo.

—Sí... no digo que no... replicó el primo Benedicto, pero ¿qué quereis? Este diablo de animal no ha realizado las esperanzas que su hallazgo me habia hecho concebir.

—¡Gran Dios! exclamó la señora Weldon, ¿esperabais poderle clasificar en el orden de los dípteros ó de los himenópteros?

—No, respondió gravemente el primo Benedicto. ¿Pero no es verdad que este Dingo, aun cuando sea de raza neo-zelandesa, ha sido recogido en la costa occidental de Africa?

—Nada mas cierto; respondió la señora Weldon, y Tom lo ha oido decir muchas veces al capitán del *Waldeck*.

—Pues, bien yo habia pensado... yo habia esperado.... que este perro habria traído algunos ejemplares de hemipteros especiales de la fauna Africana...

—Bondad del cielo; exclamó la señora Weldon.

—Y que pudieran ser, añadió el primo Benedicto, alguna pulga penetrante ó irritante... de alguna especie nueva...

—¿Lo oyes Dingo, dijo el capitán Hull; lo entiendes tú perro mio? Has faltado á tus deberes.

—En vano le he estado espulgando... añadió el entomologista con acento de vivo disgusto, no he podido encontrar ni un solo insecto...

—Al cual habriais matado inmediata é implacablemente segun creo, dijo el capitán Hull.

—Caballero, replicó con sequedad el primo Benedicto; sabed que si sir John Franklin tenia escrúpulos de matar el menor insecto aunque fuese un *cínife* cuyos ataques son mas temibles que los de la pulga y sin embargo no dudareis en convenir con-

tingo en que sir John Franklin era un marino que sabia tanto como otro cualquiera.

—Cierto, dijo el capitán Hull inclinándose.

—Y un dia despues de haber sido furiosamente picado por un díptero, le dió un soplo diciéndole, sin tutearle siquiera: *marchaos*, el mundo es bastante grande para vos y para mí.

—¡Ah! dijo el capitán Hull.

—Sí señor.

—Pues bien, señor Benedicto repuso el capitán Hull, eso lo dijo tambien otro antes que Franklin.

—¿Otro?

—Sí; y ese otro fue el tío Tobías.

—¿Un entomologista? Preguntó vivamente el primo Benedicto.

—No. El tío Tobías de Sterne fue un digno tío que pronunció estas mismas palabras echando á volar un mosquito que le incomodaba, pero á quien creia que podria tutear. Vete, pobre diablo, le dijo, el mundo es bastante grande para contenernos á y á mí.

—Escelente hombre era ese tío Tobías, replicó primo Benedicto. ¿Murió ya?

—Ya lo creo, replicó gravemente el capitán Hull, como que no ha existido nunca.

Y todos se echaron á reír mirando al primo Benedicto.

Así, entre estas y otras conversaciones, que invariablemente tenian por objeto algun punto de la ciencia entomológica siempre que tomaba parte en ellas el primo Benedicto, iban pasando las largas horas de esta navegacion contrariada. La mar siempre bella, pero los vientos obligaban al bergantín goleta á ceñirse á ellos. El *Pilgrim* adelantaba muy poco hácia el Este, mientras la brisa era floja y deseaba con ánsia alcanzar aquellos sitios en que los vientos reinantes le serian mas favorables.

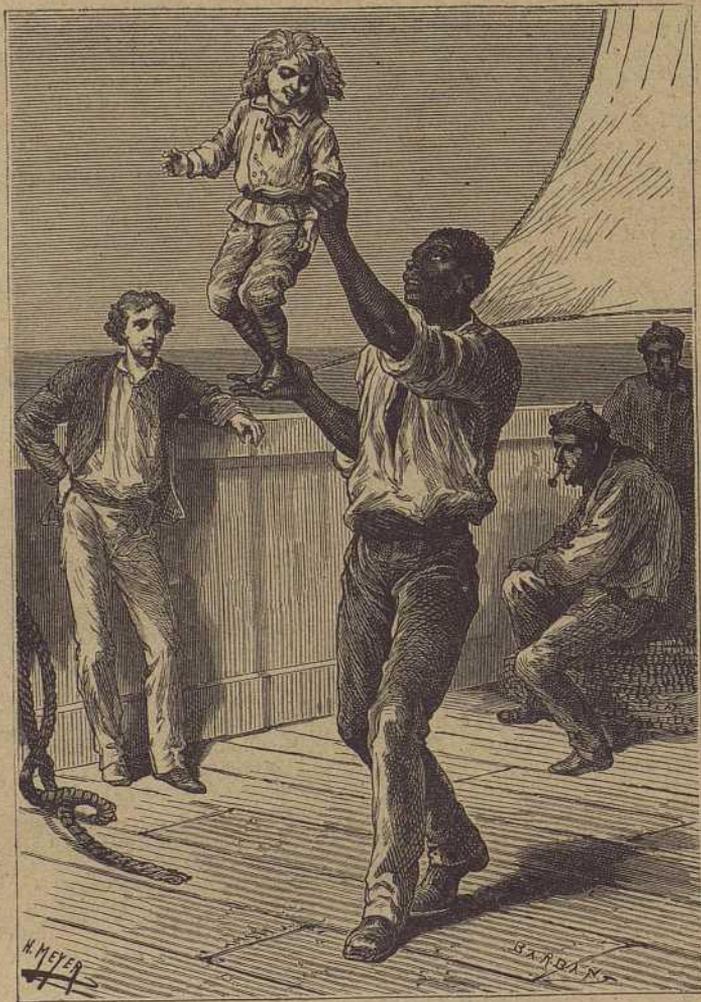
Debemos decir que el primo Benedicto, habia tratado de iniciar al jóven aprendiz en los misterios de la ciencia entomológica; pero Dick Sand se habia mostrado demasiado refractario á estos estudios. A falta de otra mejor el sabio se habia replegado hácia los negros que no le comprendian ni una palabra. Tom, Acteon, Bat y Austin, habian concluido por desertar de la clase y el profesor se habia encontrado reducido solo á Hércules que le parecia tener algunas disposiciones naturales para distinguir un parásito de un tisanuro.

El gigantesco negro vivia pues en el mundo de los coleópteros, carnívoros, cazadores, cañoneros, zapadores, sicndelas, cárbos, sílfos, topos, gusanos, ciervos volantes, terebinos, gorgojos, cochinillas etc., estudiando toda la coleccion del primo Benedicto, no sin que este temblase al ver sus frágiles muestras entre los gruesos dedos de Hércules, que tenian la dureza y la fuerza de unas tenazas. Pero el colosal discípulo escuchaba tan pacientemente las lecciones del profesor, que bien valia la pena de arriesgar alguna cosa.

Mientras que el primo Benedicto trabajaba de esta manera, la señora Weldon no dejaba que estuviera absolutamente desocupado el niño Juan; le enseñaba á leer y á escribir; respecto á cálculos su amigo Dick Sand era el encargado de inculcarle los primeros conocimientos.

A la edad de cinco años, no es uno mas que un niño muy pequeño todavia que se instruye mejor con juegos prácticos que con lecciones teóricas, necesariamente un poco árduas.

Juan aprendió á leer no en un abecedario, sino por medio de letras movibles impresas con color rojo sobre cubos de madera, que se entretenia en arreglar de modo que formasen palabras. Algunas veces la señora Weldon tomaba los cubos y componia una palabra despues la descomponia, mezclaba las le-



Levántame muy alto, decía Juanito.

tras y Juan tenía que volverlas á poner en órden.

El niño tenía afición á aprender á leer de esta manera. Todos los días se entretenía algunas horas, ya en el camarote ya sobre cubierta, en arreglar y des-arreglar las letras de un alfabeto.

Ahora bien; este entretenimiento provocó un día un incidente tan extraordinario y tan inesperado que interesa referirlo con algunos detalles.

Era la mañana del 9 de febrero. Juan, medio tumbado en la cubierta, se entretenía en formar una palabra que el viejo Tom debía reconstituir despues que hubiese mezclado las letras. Tom con la mano delante de los ojos para no hacer trampas, como conviene, no debía ver y realmente no veía nada del trabajo del niño.

Las diversas letras hasta el número de 50, eran unas mayúsculas y otras minúsculas. Además algunos de los cubos tenían una cifra lo que permitía aprender á formar números al mismo tiempo que palabras.

Los cubos con las letras estaban en fila en la cubierta y Juanito tomaba tan pronto uno como otro

para componer su palabra, un importante trabajo en verdad.

Pasados algunos instantes, Dingo, que daba vueltas alrededor del niño se detuvo de pronto. Sus ojos se quedaron fijos, levantó la pata derecha y agitó la cola convulsivamente. Después y de repente se abalanzó á los cubos de madera, agarró uno con la boca y fué á depositarlo en la cubierta á algunos pasos de Juanito.

Este cubo tenía una letra mayúscula, la letra S.

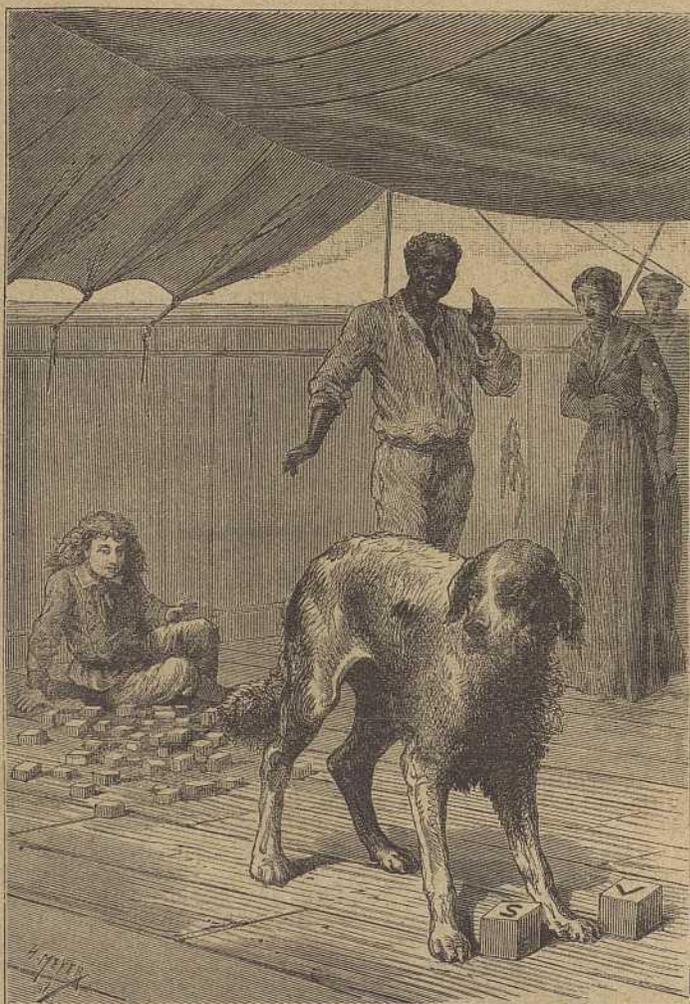
—Dingo, Dingo, gritó el niño que temió primero que su S fuera tragada por el perro.

Pero Dingo había vuelto y comenzando la misma tarea agarró otro cubo y fué á colocarle al lado del primero.

Este segundo cubo era una V mayúscula.

Juan esta vez dió un grito.

A este grito acudieron la señora Weldon, el capitán Hull y el jóven aprendiz que paseaban por la cubierta, Juanito les contó entonces lo que había pasado.



Dingo conocia las letras, Dingo sabia leer.

Dingo conocia las letras, Dingo sabia leer. Era seguro, Juan lo habia visto.

Dick Sand quiso ir á recobrar los dos cubos á fin de devolvérselos á su amigo Juan, pero Dingo le mostró los dientes. Sin embargo el aprendiz llegó á entrar en posesion de los dos cubos y á colocarlos con los demás del juego.

Dingo se lanzó de nuevo, agarró otra vez las mismas letras y las volvió á poner aparte.

Entonces pareció decidido á guardarlas él mismo, y puso las dos patas encima de ellas. En cuanto á las demas letras del alfabeto no parecian existir para él.

—Es curioso; dijo la señora Weldon.

—Es muy singular en efecto; respondió el capitan Hull que miraba á las dos letras con la mayor atencion.

—S. V. dijo la señora Weldon.

—S. V. repitió el capitan Hull esas son precisamente las letras que tiene Dingo en el collar.

Y en seguida, volviéndose hácia el viejo negro, le preguntó:

—Tom, ¿no me habias dicho que este perro no pertenecia sino desde hace muy poco tiempo, al capitan del *Waldeck*?

—En efecto, señor, respondió Tom; Dingo no estaba abordo sino desde hace dos años.

—¿Y no me has dicho tambien que el capitan del *Waldeck* habia recogido este perro en la costa occidental de Africa?

—Sí señor, en las inmediaciones de la embocadura del Congo. Así se lo oí decir muchas veces al capitan.

—¿Y no se ha sabido nunca á quién habia pertenecido, ni de dónde venia este perro?

—Nunca, señor. Un perro que se pierde es peor que un niño, porque no tiene papeles, ni puede explicarse.

El capitan Hull estuvo reflexionando un rato en silencio.

—¿Estas dos letras os traen á la memoria algun recuerdo? preguntó la señora Weldon al capitan Hull despues de haberle dejado algunos instantes entregado á sus reflexiones.

—Sí, señora Weldon, un recuerdo ó mas bien una coincidencia singular.

—¿Cuál?

—Estas dos letras podrían muy bien tener un sentido y darnos algun indicio sobre la muerte de un intrépido viajero...

—¿Qué quereis decir? preguntó la señora Weldon.

—En 1871, hace unos dos años por consiguiente, un viajero francés partió bajo los auspicios de la sociedad de geografia de París, con la intencion de atravesar el Africa del Oeste al Este. Su punto de partida era precisamente la embocadura del Congo. Su punto de llegada debía ser, mientras le fuera posible, el cabo Delgado en las bocas del Rovuma, cuyo curso debía bajar. Ahora bien, este viajero francés se llamaba Samuel Vernon.

—Samuel Vernon, repitió la señora Weldon.

—Sí, señora, y su nombre y su apellido comienzan precisamente con las dos letras que Dingo ha escogido entre todas, y que son tambien las que están grabadas en ese collar.

—En efecto, respondió la señora Weldon. ¿Y ese viajero?...

—Ese viajero partió y no se han tenido noticias suyas desde que emprendió su marcha.

—¿Nunca? preguntó el aprendiz.

—Nunca, respondió el capitán Hull.

—¿Y qué sacáis en conclusion? preguntó la señora Weldon.

—Que Samuel Vernon no ha podido evidentemente llegar á la costa oriental de Africa, ya porque haya sido hecho prisionero por los indigenas, ya porque la muerte le haya sorprendido en el camino.

—¿Y entonces este perro?...

—Este perro le pertenecería, y mas feliz que su amo, si mi hipótesis es justa, habrá podido volver al litoral del Congo, puesto que allí en la época en que estos hechos debieron suceder, fue recogido por el capitán del *Waldeck*.

—Pero ¿sabeis si este viajero francés, observó la señora Weldon, iba acompañado á su salida por un perro? ¿O no es mas que una simple suposicion vuestra?

—No es mas que una suposicion, en efecto; respondió el capitán Hull. Pero lo cierto es que Dingo conoce las dos letras S. V., que son precisamente las iniciales de los dos nombres del viajero francés. Ahora, en qué circunstancias aprendió este animal á distinguir las, es lo que yo no puedo explicar, pero repito que las conoce ciertamente, y vedle cómo las sujeta con su pata y parece invitarnos á leerlas con él.

En efecto, no podia dudarse de la intencion de Dingo.

—¿Samuel Vernon estaba solo cuando dejó el litoral del Congo? preguntó Dick Sand.

—Eso es lo que ignoro, respondió el capitán Hull. Sin embargo, es probable que llevara consigo una escolta de indigenas.

En este momento Negro, que salia de la cámara, se mostró en la cubierta. Nadie notó al principio su presencia, y no se pudo observar la singular mirada que lanzó al perro cuando le vió delante de las dos letras, las cuales parecia que le tenían suspenso. Pero Dingo que vió al maestro cocinero, comenzó á dar señales del mas estremado furor.

Negro volvió en seguida á la cámara de la tripulacion, no sin que antes dirigiese al perro un gesto de amenaza.

—Aquí hay algun misterio, murmuró el capitán Hull, que no habia perdido ni un detalle de esta escena.

—Pero señor, dijo el aprendiz, ¿no es muy extraño que un perro pueda conocer las letras del alfabeto?

—¡Oh! no; replicó Juanito. Mamá me ha contado

muchas veces una historia de un perro que sabia leer y escribir, y aun jugar al dominó, como un verdadero maestro de escuela.

—Hijo mio, respondió la señora Weldon sonriendo; ese perro, que se llamaba Munito, no era un sabio, como tú piensas. Si he de creer lo que me han contado, no habria podido distinguir una de otra las letras que le servian para componer sus palabras. Pero su dueño, un hábil americano que habia advertido que Munito tenia el oído muy fino, se aplicó á ejercitarle este sentido, y á sacar de él curiosos efectos.

—¿Y cómo hacia esto, señora Weldon? preguntó Dick Sand, á quien la historia interesaba casi tanto como á Juanito.

—Ahora verás. Cuando Munito debía trabajar delante del público, las letras semejantes á aquellas con que debía hacer su trabajo, estaban colocadas sobre una mesa. Sobre esta mesa el perro iba y venia, esperando solo una palabra, ya fuese dicha en alta voz, ya en voz baja. Habia una condicion esencial solamente, y era que su amo debía conocer la palabra.

—¿De modo que en ausencia de su amo?... preguntó el aprendiz.

—El perro no hacia nada, y hé aquí por qué. Las letras estaban estendidas sobre la mesa, y Munito se paseaba por entre el alfabeto. Cuando llegaba á aquella de las letras que debía escoger para formar la palabra pedida, se detenia, pero si se detenia era porque oia el ruido imperceptible á los demás, de un mondadientes que el americano hacia chasquear en su bolsillo. Este ruido era para Munito la señal de coger la letra y venir á colocarla en el órden convenido.

—Y hé ahí todo el secreto, exclamó Dick Sand.

—Ese es todo el secreto, respondió la señora Weldon. Es muy sencillo, como todo lo que se hace en materia de prestidigitacion. En ausencia del americano, Munito no hubiera sido Munito. Estoy admirada de que Dingo haya podido reconocer estas dos letras no estando aquí su amo, suponiendo, por supuesto, que Samuel Vernon haya sido su amo.

—En efecto, respondió el capitán Hull, es muy extraño, pero notad bien que se trata aquí de dos letras solas, de dos letras especiales, y no de una palabra escogida al azar. Despues de todo, el perro que llamaba á la puerta de un convento para apoderarse de la comida destinada á los transeuntes, y el otro que encargado al mismo tiempo que uno de sus semejantes de dar vueltas al asador cada tercer día, y que rehusaba hacer su oficio cuando no le tocaba la vez, estos dos perros, digo yo, iban aun mas lejos que Dingo en ese dominio de la inteligencia que está reservada al hombre. Por lo demás, estamos en presencia de un hecho indiscutible. De todas las letras de ese alfabeto, Dingo no ha escogido mas que esas dos S. y V. Las demás no parece conocerlas. Es necesario convencerse de que por una razon cualquiera que no comprendemos se ha hecho fijar especialmente su atencion sobre estas dos letras.

—Ah capitán Hull, respondió el joven aprendiz, si Dingo pudiera hablar... tal vez nos diria lo que significan esas dos letras, y por qué ha conservado rencor contra nuestro maestro cocinero.

—Y qué rencor, respondió el capitán Hull, en el momento en que Dingo abria la boca mostrando sus formidables colmillos.

## CAPITULO VI.

### UNA BALLENA Á LA VISTA.

Como es consiguiente, este singular suceso fue mas de una vez objeto de las conversaciones que ha-

dia en la popa del *Pilgrim*, entre la señora Weldon, el capitán Hull y el joven aprendiz. Este último más particularmente sentía una desconfianza instintiva hacia Negoro, cuya conducta, sin embargo, no merecía ninguna censura.

A proa se hablaba también de lo mismo, pero las consecuencias que se sacaban no eran idénticas. Allí, entre la tripulación, Dingo pasaba simplemente por ser un perro que sabía leer, y aun tal vez escribir mejor que un marinerito de á bordo. En cuanto á hablar, sino lo hacia, sería porque tuviera probablemente grandes razones para callarse.

—Pero el mejor día, dijo el timonero Bolton, el mejor día vendrá este perro á preguntarnos á dónde llevamos la proa, si el viento es Oeste-Noroeste medio cuarto al Norte, y habrá que responderle.

—Hay animales que hablan, replicó otro marinerito, las maricas y los loros. Pues bien, ¿por qué un perro no ha de hacer lo mismo si quiere? Mas difícil es hablar con un picho que con una boca.

—Sin duda, respondió el contramaestre Howik, solo que esto no se ha visto nunca.

Cómo se hubieran admirado estas buenas gentes si se les hubiera dicho que al contrario, esto se ha visto ya y que hubo un cierto sabio dinamarqués que poseía un perro que pronunciaba distintamente una veintena de palabras. Pero de esto á que el animal entendiese lo que decía, había un abismo. Evidentemente este perro, cuya glotis estaba organizada de tal modo que podía emitir sonidos regulares, no daba mas sentido á sus palabras que el que dan á las suyas los loros, los grajos y las maricas. La frase entre estos animales no es otra cosa que una especie de canto ó de gritos hablados tomados de una lengua estraña cuya significación no tienen.

De cualquier modo que sea, Dingo habia llegado á ser el héroe de á bordo, de lo cual no se prevalía para mostrarse orgulloso.

Muchas veces el capitán Hull repetía el experimento. Colocaba delante de Dingo los cubos de madera del alfabeto, é invariablemente sin dudar y sin equivocarse, el singular animal escogía entre todas las dos letras S. y V., mientras que las demás nunca le llamaron la atención.

En cuanto al primo Benedicto, este experimento que muchas veces fue repetido delante de él, nunca llegó á interesarle.

Un día, sin embargo, se dignó decir:

—No hay que creer que solo los perros tengan el privilegio de ser inteligentes de esta manera. Otros animales les igualan sin mas que seguir su instinto. Los ratones, por ejemplo, que abandonan los buques próximos á zozobrar; los castores, que saben prever la crecida de las aguas y aumentan la altura de sus diques. Los caballos de Nicomedes de Scanderverg y de Oppion, cuyo dolor fue tal que murieron cuando murieron sus amos. Los asnos, tan notables por su memoria, y tantos otros animales, en fin, que han sido el honor de la animalidad ¿no habeis visto esas aves maravillosamente educadas que escriben sin equivocarse, las palabras que les dictan sus profesores; las catatuas, que cuentan tan bien como un calculador de la seccion de longitudes, el número de personas presentes en una sala? ¿No ha existido un loro por el que pagaron cien escudos de oro, que recitaba sin equivocarse en una palabra, al cardenal su amo, todo el Símbolo de los Apóstoles? Por último, el legítimo orgullo de un entomologista, no debe llegar á su colmo cuando ve á simples insectos dar pruebas de una inteligencia superior, y afirmar eloquentemente el axioma:

*In minimis maximus Deus.*

esas ormigas que se parecen á los ediles de las grandes ciudades; esos arginoréticos acuáticos, que fa-

brican campanas de buzoes, sin haber aprendido nunca mecánica; esas pulgas que tiran de carruajes como verdaderos caballos, que hacen el ejercicio tan bien como los fusileros, que tiran con el cañon mejor que los artilleros con título de West-Point? (1). No, este Dingo no merece tantos elogios, pues si está tan fuerte en el alfabeto, es porque indudablemente pertenece á una especie de mastines, aun no clasificada por la ciencia zoológica, el *canis alphabeticus* de la Nueva Zelanda.

A pesar de estos y otros discursos del envidioso entomologista, Dingo no perdió nada en la estimación pública y continuó siendo tratado como un fenómeno en las conversaciones de proa.

Es probable, sin embargo, que Negoro no participase del entusiasmo de á bordo respecto del animal, acaso le encontraba demasiado inteligente. Pero sea de ello lo que quiera, el perro continuó mostrando la misma animosidad al maestro cocinero, el cual le hubiera sin duda jugado alguna mala pasada á no haber sido porque el animal, tenia trazas de defenderse bien, y además porque estaba protegido por las simpatías de toda la tripulación.

Negoro evitaba por consiguiente cuanto podia encontrarse en presencia de Dingo; pero Dick Sand no habia dejado de observar que desde el incidente de las dos letras, la antipatía reciproca del hombre y del perro se habia aumentado. Esto era verdaderamente inesplicable.

El 10 de febrero el viento del Nordeste, que hasta entonces era el que habia sucedido siempre á las largas y desesperantes calmas durante las cuales el *Pilgrim* se quedaba inmóvil, empezó á alfojar sensiblemente. El capitán Hull tuvo la esperanza de que iba á producirse un cambio en la dirección de las corrientes atmosféricas. Tal vez el bergantín goleta podría marchar al impulso de sus vergas. Solo hacia diez y nueve dias que habian salido del puerto de Auckland. El retraso no era aun muy considerable, y con un viento de través el *Pilgrim*, con su buen velamen, fácilmente debía recobrar el tiempo perdido. Pero aun habia que esperar algunos dias antes de que las brisas del Oeste estuvieran francamente entabladas.

Esta parte del Pacífico continuaba desierta. No se veía por estos parages ningun barco; era una latitud verdaderamente abandonada por los navegantes, los balleneros de los mares australes todavía no se disponian á pasar el trópico. El *Pilgrim*, al que circunstancias particulares habian obligado á dejar los lugares de pesca antes de concluir la estacion, no debia esperar cruzarse con ningun buque que llevara su mismo destino.

En cuanto á los vapores transpacíficos ya lo hemos dicho, no frecuentan jamás un paralelo tan elevado en sus travesías entre la Australia y el continente americano.

Sin embargo, por lo mismo que la mar está desierta, no hay que renunciar á observarla hasta en los últimos límites del horizonte. Por monotonía que puede parecer á los caracteres poco observadores, es infinitamente variada para los que la saben comprender. Sus mas insensibles cambios encantan á las imaginaciones que sienten la poesía del Océano. Una yerba marina que flota ondulando, una rama de sargazos cuya ligera estela raya la superficie de las aguas, un resto de tabla cuya historia se quisiera adivinar, basta para ocupar la imaginación. Ante este infinito el espíritu no se detiene por nada, y la imaginación tiene campo libre. Cada una de esas moléculas de agua que á consecuencia de la evaporación se cambian continuamente entre el mar y entre el cielo, encierra acaso el secreto de una gran

(1) Escuela militar del Estado de Nueva-York.

catástrofe. Hay que envidiar por tanto aquellos cuyo pensamiento íntimo sabe interrogar los misterios del Océano, aquellos genios que se elevan desde su móvil superficie hasta las alturas del cielo.

Por lo demás, la vida se manifiesta siempre tanto encima como debajo de los mares. Los pasajeros del *Pilgrim* podían ver cevarse en la persecución de los pececillos las bandas de esas aves que huyen del duro invierno de los climas polares. Y más de una vez Dick Sand dió pruebas de su maravillosa destreza en manejar el fusil ó la pistola matando alguno de esos rápidos volátiles, en cuyo ejercicio como en otros le había educado el señor Weldon.

Unas veces mataba petrales blancos, otras petrales cuyas alas estaban festoneadas por una raya amarilla; algunas veces también pasaban bandadas de tableros, otras de pájaros bobos cuya marcha hacía tierra es á la vez tan pesada y tan ridícula. El capitán Hull hacía observar sin embargo que estas aves bobas se sirven de sus muñones como de verdaderas aletas y pueden desafiarse á nadar á los peces más veloces hasta tal punto que los marinos los han confundido algunas veces con los bonitos.

En lo alto se cernía en el aire agitando sus grandes alas de diez pies de extensión de una á otra, el gigantesco albatros, y descendía enseguida para posarse sobre la superficie de las aguas que registraba á picotazos para buscar en ellas su alimento.

Todas estas escenas constituían un espectáculo variado que solo pueden encontrar monótono aquellos caracteres cerrados á los encantos de la naturaleza.

La señora Weldon se paseaba este mismo día por la popa del *Pilgrim*, cuando un fenómeno bastante curioso provocó su atención; las aguas del mar se habían cubierto repentinamente de un matiz rojizo. Hubiérase podido creer que acababan de teñirse de sangre, y este tinte inesplicable se extendía tan lejos como la vista podía abarcar.

Dick Sand estaba en aquel momento con Juanito cerca de la señora Weldon.

—Dick, dijo ésta al joven aprendiz, ¿ves qué extraño color han tomado las aguas del Pacífico? ¿Será acaso debido á la presencia de alguna yerba marina?

—No, señora Weldon, replicó Dick Sand, ese color lo producen millones de pequeños crustáceos que ordinariamente sirven de alimento á los grandes mamíferos. Los pescadores llaman á esto, no sin razón, *el manjar de ballenas*.

—Crustáceos! dijo la señora Weldon, pero si son tan pequeños que casi se les puede llamar insectos de mar. El primo Benedicto se alegraría mucho con formar con ellos una colección.

Y llamándole gritó:

—Primo Benedicto!

El primo Benedicto apareció saliendo de la chupeta casi al mismo tiempo que el capitán Hull.

—Primo Benedicto, dijo la señora Weldon, mirad ese inmenso banco rojizo que se extiende hasta perderse de vista.

—Toma, dijo el capitán Hull, ese es el manjar de ballenas. Señor Benedicto, magnífica ocasión para estudiar este curioso género de crustáceos.

—¡Pche! dijo el entomologista.

—Cómo pche; exclamó el capitán, no tenéis derecho á mostrar tal indiferencia. Esos crustáceos pertenecen á una de las seis clases de los articulados, si no me engaño, y como tales....

—Pche! volvió á decir el primo Benedicto sacudiendo la cabeza.

—Os encuentro bastante desdeñoso para ser entomologista.

—Entomologista, sea; respondió el primo Benedicto, pero más especialmente exapodista, capitán Hull, debéis no olvidarlo.

—En todo caso, respondió el capitán Hull, pase que no os interesen estos crustáceos, pero otra cosa sería si poseyérais un estómago de ballena. ¡Qué regalo entonces! Ved, señora Weldon, cuando los balleneros durante la estación de pesca, llegamos á ver un banco de estos crustáceos, ni aun tiempo tenemos para preparar nuestros arpones y sedales. Estamos ciertos de que la pesca no está lejos.

—¿Y es posible que animales tan pequeños puedan alimentar á otros tan grandes? dijo Juan.

—Ah, niño mío, replicó el capitán Hull, los granitos de sémula, la harina, el polvo de otras féculas ¿no hacen muy buena sopa? Sí; y la naturaleza ha querido que así fuera. Cuando una ballena flota en medio de estas aguas rojas tiene servida la sopa, no tiene más que abrir su inmensa boca y millares de millones de crustáceos penetran por ella, las numerosas ballenas de su barba con las que tiene cubierto el paladar, se estienden como las redes en la casa de los pescadores, de modo que no pueda salir ninguno y la masa de crustáceos vá á endirse en el estómago de la ballena lo mismo que tu engulles la sopa cuando comes.

—Creed Juanito, observó Dick Sand, que la señora ballena no pierde el tiempo en mondar uno á uno los crustáceos como vos mondais los langostinos.

—Debo añadir, dijo el capitán Hull, que cuando el enorme gloton está ocupado de esta suerte, es precisamente cuando se puede más fácilmente acercarse á él sin escitar su desconfianza. Es pues, el momento favorable para que el arponero le ataque con buen éxito.

En aquel momento, y como para dar la razón al capitán Hull, se oyó la voz del serviola de proa que gritaba:

—Una ballena por la proa á babor.

El capitán Hull se enderezó.

—Una ballena, gritó.

He impulsado por su instinto de pescador, se lanzó al castillo del *Pilgrim*.

La señora Weldon, Juanito, Dick Sand y hasta el primo Benedicto le siguieron inmediatamente.

En efecto, á cuatro millas en la dirección del viento se veía una especie de herbidero que indicaba que un gran mamífero marino se movía en medio de las aguas rojas. Los balleneros no podían equivocarse.

Pero la distancia era aun demasiado considerable para que fuera posible reconocer la especie á que pertenecía este mamífero, pues las especies son muy distintas.

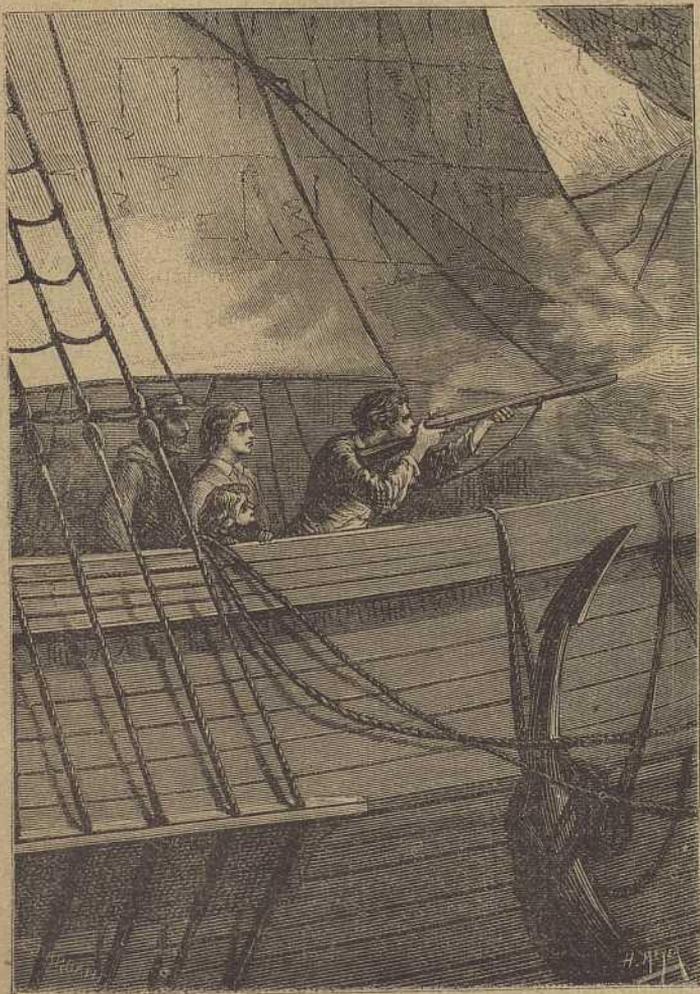
¿Era una de esas ballenas francas buscadas más particularmente por los pescadores de los mares del Norte? Estos cetáceos, á los que falta la aleta dorsal pero cuya piel está cubierta por una espesa capa de grasa puede alcanzar una longitud de ochenta pies aun cuando las del tamaño mediano no pasan de sesenta, y uno solo de estos monstruos basta para llenar hasta cien barriles de aceite.

¿Era por el contrario un *hump-back* perteneciente á la especie de los ballenópteros, nombre cuya terminación debía valerle la estimación del entomologista? ¿Poseía aletas dorsales, blancas y tan largas como la mitad del cuerpo de esas que se parecen á un par de alas y le dan el aspecto de una ballena volante?

¿No era lo que tenían á la vista más verosimilmente un *fin-back* mamífero conocido también con el nombre de *jubarte*, provisto de una aleta dorsal y cuya longitud puede igualar á la de la ballena franca?

El capitán Hull y su tripulación no podían determinar todavía fijamente, pero miraban al animal con más avidez que admiración.

Si es verdad que un relojero no puede estar en un salón ante un péndulo sin sentir cierto irresistible



Unas veces mataba cetrales blancos...

feseo de darle cuerda, ¡cuánto mayor debía ser el imperioso deseo de los balleneros ante una ballena, por apoderarse de ella! Los que se dedican á la caza mayor se dice, que son mas fogosos que los que se dedican á caza menuda. Luego, cuanto mayor es el animal mas escita la codicia. ¡Cuánta no deben sentir los cazadores de elefantes y los pescadores de ballenas? Y además hay que tener en cuenta la contrariedad que experimentaba toda la tripulación del *Pilgrim* por volver con un cargamento incompleto.

Entre tanto el capitán Hull trataba de reconocer al animal que habia sido señalado á lo lejos. Aun no era muy visible á esta distancia; sin embargo, la vista ejercitada de un ballenero, no podia engañarse en ciertos detalles mas fáciles de conocer á distancia.

En efecto, el surtidor, es decir, esa columna de vapor y de agua que la ballena arroja por sus narices, debía llamar la atención del capitán Hull y hacerse la fijar en la especie á que aquel cetáceo pertenecía.

—No es esa una ballena franca, dijo; su surtidor, si lo fuera, se elevaria mas y tendria un volúmen menos considerable. Por otra parte, si el ruido que hace el surtidor al vaciarse, pudiera compararse al ruido lejano de un cañon, podria creerse que esta ballena pertenecía á la especie de los *hump-backs*, pero no hay nada de eso, y prestando oído se puede asegurar que ese ruido es de una naturaleza muy diferente. ¡Cuál es tu opinion respecto á esto, Dick; preguntó el capitán Hull volviéndose hácia el aprendiz.

—Creo, capitán, respondió Dick Sand, que tenemos que habérmolas con un jubarte. Ved si no como sus tubos arrojan violentamente al aire esa columna líquida. ¡No os parece tambien que tengo razon y que su surtidor contiene mas agua que vapor condensado? Y si no me engaño es una particularidad especial del jubarte.

—En efecto, Dick, respondió el capitán Hull, lo que flota sobre las aguas rojas, ya no hay duda posible, es un jubarte.

—Magnífico; exclamó Juanito.

—Sí, hijo mío. ¡Y cuando se piensa que ese gran animal está ahí dispuesto á almorzar y que no se recela de que los balleneros la observen!

—Me atrevería á afirmar que es un jubarte de gran tamaño, observó Dick Sand.

—De seguro, respondió el capitán Hull que poco á poco se iba animando; yo no le doy menos de setenta pies de longitud.

—Bueno, añadió el contra maestre; bastaría con media docena de ballenas de ese tamaño para llenar un buque tan grande como el nuestro.

—Sí; bastaría, replicó el capitán Hull, que en aquel momento se subía al bauprés á fin de ver mejor.

—Y con esta, añadió el contra maestre, embarcaremos en algunas horas la mitad de los doscientos barriles de aceite que aun nos faltan.

—Sí... en efecto... sí; murmuró el capitán Hull.

—Es verdad, replicó Dick Sand, pero algunas veces es una ruda tarea el atacar estos enormes jubartes.

—Muy ruda, muy ruda; replicó el capitán Hull; estos ballenópteros tienen unas colas formidables con las que no es fácil aproximarse sin precaución. La mas sólida piragua no resistiría á un coletazo bien aplicado, pero en cambio el provecho que se saca de ellos, compensa el trabajo que se tiene de cogerlos.

—Bah, dijo uno de los marineros, de todos modos un hermoso jubarte es una buena captura.

—Y productiva, respondió otro.

—Lástima sería no saludarle á su paso.

Era evidente que aquellos bravos marineros se animaban al contemplar la ballena, era todo un cargamento de barriles de aceite que flotaba á su alcance. Sin duda alguna que al oírles se hubiera creído que no había que hacer mas que colocar estos barriles en la bodega del *Pilgrim* para completar el cargamento.

Algunos de los marineros, subidos en los obenques de mesana, lanzaban gritos de codicia. El capitán Hull que permanecía silencioso se roía las uñas. Tenía delante un irresistible imán que atraía al *Pilgrim* y á toda la tripulación.

—Mamá, mamá, exclamó entonces Juanito, quisiera tener la ballena para ver cómo está hecha.

—Ah, ¿con que quieres esa ballena, hijo mío? ¿Y por qué no se la hemos de dar amigos míos; replicó el capitán Hull cediendo al fin á su secreto deseo.

No tenemos pescadores de refuerzo, es verdad, pero nosotros solos nos bastamos.

—Sí, sí; exclamaron los marineros á una voz.

—No será la primera ocasión en que yo haya hecho el oficio de arponero; añadió el capitán Hull, y ahora vereis si aun sé tirar el arpon.

—Hurra, hurra, hurra; respondió la tripulación.

## CAPITULO VII.

### PREPARATIVOS.

Se comprenderá la sobreexcitación que la vista de aquel prodigioso mamífero produjo en la tripulación del *Pilgrim*.

La ballena que flotaba en medio de las aguas rojas parecía enorme y era muy tentador el capturarla y completar con ella el cargamento. ¿Podían los pescadores dejar escapar una ocasión semejante.

Sin embargo, la señora Weldon creyó que debía preguntar al capitán Hull si había algun peligro para él y para sus hombres en atacar á una ballena en tales condiciones.

—Ninguno, señora Weldon, respondió el capitán Hull. Mas de una vez me ha sucedido ir á pescar la ballena con una sola embarcación, y siempre he concluido por apodormarme de ella. Os lo repito, no hay ningun peligro para nosotros y por consiguiente para vos.

Tranquila ya con esto la señora Weldon, no insistió.

El capitán Hull tomó inmediatamente sus disposiciones para capturar al jubarte. Sabia por experiencia que la persecución de este ballenóptero no deja de ofrecer dificultades y queria prevenirlas.

Lo que dificultaba mas la captura era que la tripulación del bergantín goleta no podia trabajar sino con una sola embarcación, á pesar de que el *Pilgrim* tenía una chalupa colocada sobre cubierta entre el palo mayor y el de mesana y tres botes balleneros, dos de ellos suspendidos de los pescantes de babor y estribor y el tercero á popa fuera del coronamiento.

Ordinariamente estos tres balleneros se empleaban simultáneamente en la persecución de los cetáceos, lo cual podia hacerse como ya hemos dicho, porque se tomaba en Nueva Zelanda una tripulación de refuerzo que durante la estación de pesca ayudaba á los marineros del *Pilgrim*.

Pero en las circunstancias actuales el *Pilgrim* no podia disponer mas que de los cinco marineros de abordaje; es decir, que solo podia armar uno de los botes balleneros. Utilizar el concurso de Tom y de sus compañeros, que desde luego se habian ofrecido, era imposible porque las maniobras de una piragua pescadora exigen marineros muy particularmente prácticos. Una guiñada del timón ó un golpe de remo en falso bastan para comprometer la suerte del ballenero durante el ataque.

Por otra parte, el capitán Hull no queria dejar su buque sin que quedase en él á lo menos un hombre de la tripulación en quien tuviera confianza; era necesario prevenir cualquier eventualidad.

Ahora bien, obligado el capitán Hull á escoger los marineros más fuertes para tripular el bote, forzosamente tenía que dejar el cuidado de guardar el *Pilgrim* al aprendiz.

—Dick, le dijo, te encargo que quedes abordo durante mi ausencia, que será corta segun espero.

—Bien, señor, respondió el joven aprendiz.

Dick Sand hubiera querido tomar parte en esta pesca que tenía para él un gran atractivo; pero comprendió por una parte que los brazos de un hombre hecho valian mas que los suyos para el servicio del ballenero, y por otra parte, que él podia reemplazar al capitán Hull. Se resignó, por consiguiente.

La tripulación del ballenero debía componerse de los cinco hombres, inclusive el contra maestre Howik que formaba la tripulación del *Pilgrim*. Los cuatro marineros debían colocarse á los remos y Howik tomara el remo de popa, que sirve para gobernar una embarcación de este género. En efecto, un simple timón no tendría una acción tan pronta, y en el caso en que los remos de las bandas se pusieran fuera de servicio, el remo de popa, bien manejado, podia poner al ballenero fuera del alpes del monstruo.

Quedaba por tanto el capitán Hull, que se habia reservado la plaza de arponero, y que como ya él habia dicho, no era esta la primera vez que la desempeñaba. El, por consiguiente, debía lanzar primero el arpon, despues cuidar del desarrollo del largo sedal fijo á su extremo, y por último concluir con el animal á lanzadas cuando volviera á la superficie del Océano.

Los pescadores de ballenas emplean algunas veces armas de fuego para este género de pesca. Por medio de una máquina especial (especie de pequeño cañon

colocado ya abordo del buque, ya en la proa del bote ballenero), lanzan ó un arpon al que va unido en su estremidad una cuerda, ó balas explosivas que producen gran destrozo en el cuerpo del animal.

Pero el *Pilgrim* no iba provisto de semejantes aparatos, que son por lo demás de mucho coste y muy difíciles de manejar, y como los pescadores son poco amigos de innovaciones, prefieren emplear las armas primitivas, de las que se sirven hábilmente, es decir, el arpon y la lanza.

El capitán Hull iba á intentar, por consiguiente, por los medios ordinarios capturar al jubarte señalado á cinco millas de su buque.

El tiempo, por lo demás, debía favorecer esta expedición; la mar muy tranquila era á propósito para las maniobras de un bote ballenero. El viento tendía á calmarse y el *Pilgrim* no debía derivar de una manera sensible mientras su tripulación estuviera ocupada á distancia.

El bote ballenero de estribor fue despues arriado y los cuatro marineros se embarcaron en él.

Howik le hizo poner en el bote dos de esos grandes venablos que sirven de arpones, y además dos largas lanzas con punta muy aguzada. A estas armas ofensivas añadió cinco paquetes de cuerdas flexibles y resistentes que los balleneros llaman *sedales* y que miden seiscientos pies de longitud. No se necesita menos, porque frecuentemente sucede que estas cuerdas unidas por los extremos, no bastan para lo que se necesita; tanta es la profundidad á que la ballena se sumerge.

Tales fueron los diversos aparatos que cuidadosamente fueron colocando en la proa de la embarcación.

Howik y los cuatro marineros no esperaban mas que la órden de soltar la amarra.

Un solo sitio estaba libre en la proa del ballenero, el que debía de ocupar el capitán Hull.

Por supuesto que la tripulación del *Pilgrim* antes de salir de abordo habia puesto el buque al paio, ó de otro modo, habia braceado las vergas, de manera que las velas, contrariando su acción mútua, mantuvieran al bergantín goleta casi inmóvil.

En el momento de embarcarse el capitán Hull, echó una última mirada á su buque. Se aseguró de que todo estaba en órden, las drizas bien amarradas y las velas convenientemente orientadas; toda vez que dejando al jóven aprendiz á bordo durante una ausencia que podia durar muchas horas, queria con razon que Dick Sand no tuviera que ejecutar ni una sola maniobra á no ser en caso de urgencia.

En el momento de partir le dió sus últimas instrucciones.

—Dick; le dijo, te dejo solo. Vela por todo, y si lo que no es posible, fuera necesario que pusieras en marcha el barco en el caso de que nosotros fuéramos arrastrados demasiado lejos en la persecucion de este jubarte, Tom y sus compañeros podrán perfectamente ayudarte. Indicándoles bien lo que han de hacer, estoy seguro de que lo harán.

—Sí, capitán Hull; respondió el viejo Tom, el señor Dick puede contar con nosotros.

—Mandad, mandad; gritó Bat, tenemos gran deseo de seros útiles.

—De donde hay que tirar?... preguntó Hércules remangándose las anchas mangas de su blusa.

—Por ahora de ninguna parte; respondió Dick Sand sonriendo.

—A vuestras órdenes replicó el coloso.

—Dick; dijo el capitán, el tiempo es bueno, el viento ha caído, nada indica que vuelva á refrescar. Sobre todo, suéda lo que quiera, no echéis ningún bote al mar, ni dejéis el buque.

—Comprendido.

—Si fuera necesario que el *Pilgrim* fuera á bus-

caros, te haré una señal izando una bandera en el extremo de un bichero.

—Id tranquilo capitán, no perderé de vista el ballenero; respondió Dick Sand.

—Bien hijo mio; replicó el capitán Hull, valor y serenidad ya eres capitán interino; haz honor á tu grado; nadie á tu edad lo ha tenido semejante.

Dick Sand no respondió; pero se sonrojó sonriéndose. El capitán Hull comprendió su sonrojo y se echó á reir.

—El bravo muchacho, dijo entre sí, es todo modestia y buen humor.

A pesar de todas estas recomendaciones, era visible que aunque ningún peligro habia para hacerlas, el capitán Hull no dejaba con gusto su barco, ni aun por algunas horas. Pero un irresistible instinto de pescador, y sobre todo el ardiente deseo de completar su cargamento de aceite, y de no quedar mal con los compromisos contraídos por James W. Weldon en Valparaíso, le impulsaban á intentar la aventura. Por otra parte, una mar tan bella se prestaba perfectamente á la persecucion de un cetáceo. Ni su tripulación ni él habrían podido resistir á semejante tentación. La campaña de la pesca podria al fin completarse, y esta última consideración sobrepujaba á todas en el corazón del capitán Hull.

Se dirigió pues á la escala.

—Buena suerte, le dijo la señora Weldon.

—Gracias, señora.

—Os ruego que no hagais mucho daño á la pobre ballena, gritó Juanito.

—No, hijo mio; replicó el capitán Hull.

—Cogedla suavemente, señor.

—Sí, Juanito, con guantes.

—Algunas veces, observó el primo Benedicto, se suelen recolectar insectos muy curiosos sobre el dorso de esos grandes mamíferos.

—Pues bien, señor Benedicto, respondió riendo el capitán Hull; tendreis el derecho de *entomologizar* cuando el jubarte se encuentre á lo largo del *Pilgrim*.

Y volviéndose hácia Tom, le dijo:

—Tom, cuento contigo y con tus compañeros, para que nos ayudeis á despedazar la ballena cuando esté amarrada al casco del buque, lo cual no tardará en suceder.

—Siempre á vuestra disposicion, señor; respondió el viejo negro.

—Bien, replicó el capitán Hull. Dick, esta buena gente te ayudará á preparar los barriles vacíos; durante nuestra ausencia que los suban sobre cubierta, y de este modo la tarea se concluirá pronto á nuestra vuelta.

—Así se hará, capitán.

Para los que lo ignoren conviene decir que, una vez muerto el jubarte, debía ser remoleado hasta el *Pilgrim*, y amarrado sólidamente á su costado de estribor. Despues los marineros, calzados de botas con gárfios, debian instalarse sobre el dorso del enorme cetáceo, y despedazarle metódicamente cortándole en tiras paralelas, dirigidas desde la cabeza á la cola. Estas tiras serian en seguida cortadas en trozos de pie y medio, y despues divididas en pedazos mas pequeños, los cuales despues de haber sido bien esbidados en los barriles, serian enviados al fondo de la bodega.

Ordinariamente los buques balleneros, cuando han concluido la pesca, maniobran de manera que pueden acercarse á tierra lo antes posible, á fin de concluir sus manipulaciones. La tripulación baja á tierra, y allí procede á la fusion de la grasa, la cual bajo la acción del calor deja toda su parte utilizable, es decir, el aceite (1).

(1) En esta operacion, la grasa de la ballena pierde muy cerca de la tercera parte de su peso.



—Os ruego que no hagais mucho daño á la pobre ballena, gritó Juanito.

Pero en las circunstancias actuales, el capitán Hull no podía pensar en volver atrás para concluir esta operación. Pensaba no fundir este complemento de grasa hasta llegar á Valparaíso. Por lo demás, con los vientos, que no podían tardar en soplar del Oeste, esperaba haber reconocido la costa americana antes de veinte días, y esta pérdida de tiempo no podía comprometer los resultados de su pesca.

Llegó el momento de partir. Antes de que el *Pilgrim* se hubiera puesto al paio, se había acercado un poco al sitio en que el jubarte continuaba señalando su presencia por los surtidores de vapor y de agua.

El jubarte continuaba nadando en medio de aquel vasto campo, rojo de crustáceos, abriendo automáticamente su ancha boca, y absorbiendo á cada aspiración millones de animalitos.

Al decir de los inteligentes de abordó, no había temor de que pensara escaparse. Era, á no dudar, una ballena de combate.

El capitán Hull traspasó los parapetos y bajando

la escala de cuerda, saltó á la proa del bote ballenero.

La señora Weldon, Juan, el primo Benedicto, Tom y sus compañeros, se despidieron por última vez del capitán, deseándole buena suerte.

Hasta el mismo Dingo, enderezándose sobre sus patas y asomando su cabeza por entre las cuerdas, parecía querer dar un adiós á la tripulación del ballenero.

En seguida acudieron todos á proa, á fin de no perder ninguna peripecia de tan admirable pesca.

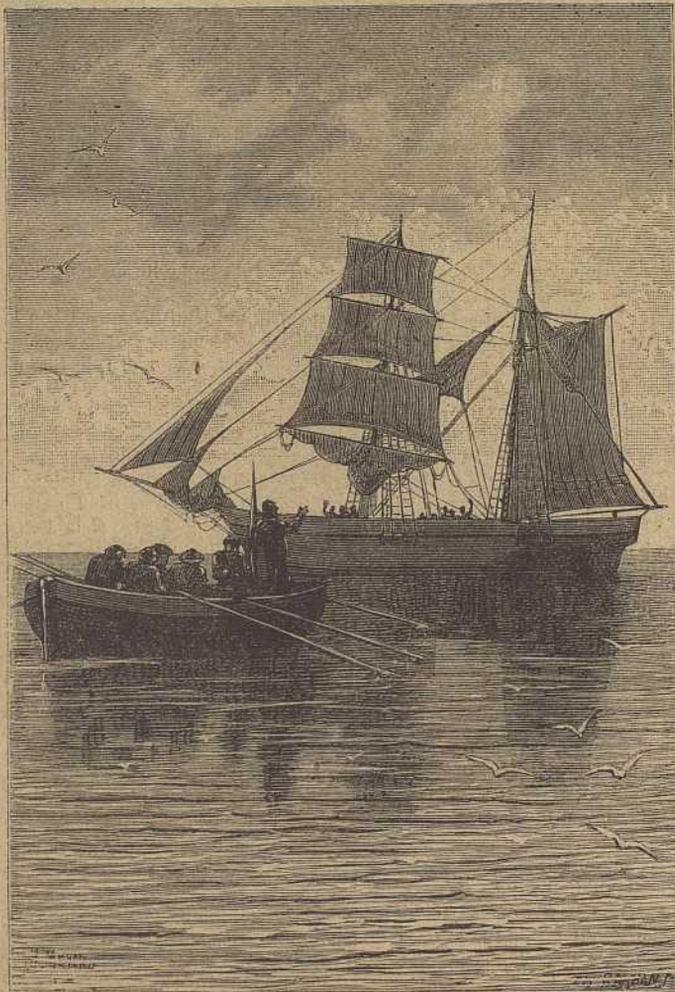
El ballenero se separó de abordó y bajo el impulso de sus cuatro remos vigorosamente manejados, principió á alejarse del *Pilgrim*.

—Mucho cuidado, Dick, mucho cuidado; gritó por última vez el capitán Hull al joven aprendiz.

—Contad conmigo, señor.

—No pierdas de vista el buque, ni tampoco el ballenero en que vamos, hijo mío, no lo olvides.

—Así lo haré, capitán, respondió Dick Sand, que fué á colocarse junto al timón.



La ligera embarcacion se encontraba á muchos cientos de pies del buque.

Ya la ligera embarcacion se encontraba á muchos cientos de pies del buque, y el capitán Hull de pie en la proa, no pudiendo hacerse oír, renovaba sus recomendaciones con gestos espresivos.

Entonces Dingo, con las patas apoyadas sobre las vagras, dió una especie de ladrido lastimero, que hubiera impresionado desfavorablemente á la gente algun tanto supersticiosa.

Este ladrido hizo estremecer aun á la misma señora Weldon.

—Dingo, le dijo, Dingo, ¿es así como das valor á tus amigos? Vamos, da un ladrido bien claro, bien alegre.

Pero el perro no ladró, y dejándose caer sobre las patas, fué lentamente hácia la señora Weldon, y la lamió cariñosamente la mano.

—No mueve la cola... murmuró Tom á media voz. ¡Mala señal, mala señal!

Pero casi en seguida, Dingo se enderezó y dió un aullido de cólera.

La señora Weldon volvió la cara.

Negoro acababa de dejar su puesto y se dirigia hácia el castillo de proa, con la intencion, sin duda, de seguir él tambien con la vista las maniobras del ballenero.

Dingo se lanzó al maestro cocinero dominado por el mas vivo é inesplicable furor.

Negoro cogió un espeque y se puso á la defensiva.

El perro iba á saltarle al cuello.

—Aquí, Dingo, aquí, gritó Dick Sand que, abandonando por un instante su sitio de observacion, corrió hácia proa.

La señora Weldon por su parte trató de calmar al perro.

Dingo obedeció, no sin repugnancia, y volvió gruñendo sordamente hacia donde estaba el jóven aprendiz.

Negoro no habia pronunciado ni una palabra, pero su rostro habia palidecido un instante. Dejó caer su espeque y se volvió á su camarote.

—Hércules, dijo Dick Sand, os encargo muy especialmente que vigileis á ese hombre.

—Lo vigilaré, responcio sencillamente Hércules, cuyos enormes puños se cerraron en señal de asentimiento.

La señora Weldon y Dick Sand volvieron entonces la vista hacia el ballenero que marchaba rápidamente al impulso de sus cuatro remos.

Visto desde el buque no formaba ya casi mas que un punto sobre el mar.

## CAPITULO VIII.

### EL JUBARTE.

El capitán Hull experimentado pescador de ballenas no debía dejar nada al azar. La captura de un jubarte es cosa difícil; no debe descuidarse ninguna precaución, y en esta ocasión no se olvidó ninguna.

Primeramente maniobró de manera que se aproximaron á la ballena por sotabento á fin de que ningún ruido pudiera denunciarle la aproximación del bote.

Howik dirigió el ballenero siguiendo la curva demasiado prolongada que delineaba el banco rogado, en medio del cual flotaba el jubarte. De este modo debían darle la vuelta.

El contramaestre destinado para esta maniobra, era un marino de gran serenidad que inspiraba mucha confianza al capitán Hull, y del cual no había que temer ni una duda ni una distracción.

—Atención á gobernar Howik, dijo el capitán Hull probaremos á sorprender al jubarte, no nos descubramos hasta que no estemos á distancia de poderle arponear.

—Comprendido, señor, respondió el contramaestre, seguiremos la curva de las aguas rozigas de modo que siempre estemos á sotabento.

—Bueno, dijo el capitán Hull. Muchachos, el menor ruido posible al bogar.

Los remos cuidadosamente provistos de palletes, maniobraban á la sordina.

La embarcación, diestramente dirigida por el contramaestre, había llegado al ancho banco de crustáceos. Los remos de estribor se mojaban todavía en el agua verde y límpida, mientras que los de babor levantaban el líquido rozigoso y parecían chorrear gotas de sangre.

—Vino y agua, dijo uno de los marineros.

—Sí, respondió el capitán Hull, pero ni ese agua ni ese vino se pueden beber. Vamos, muchachos, no hablemos mas y á remar firme.

El ballenero dirigido por el contramaestre, se deslizaba sin ruido por la superficie de las aguas medio grasientas como si flotara sobre un lecho de aceite.

El jubarte no se moría ni parecía haber visto todavía la embarcación que describía un círculo á su alrededor.

Describiendo este círculo el capitán Hull, se separaba necesariamente del *Pilgrim* al que la distancia hacia cada vez menor.

Este es un admirable efecto de la rapidez con que los objetos disminuyen en la mar. Parece que se les mira por el extremo mayor de unos anteojos. Esta ilusión de óptica depende evidentemente de que no hay punto de comparación en tan grandes espacios. Así sucedía respecto del *Pilgrim*, cuyo tamaño iba disminuyendo á la vista del capitán y parecía mucho mas alejado de lo que realmente estaba.

Media hora despues de haber dejado el buque el capitán Hull y sus compañeros, se encontraban precisamente á sotabento de la ballena de tal modo que esta ocupaba un punto intermedio entre el buque y el bote.

Era pues el momento de aproximarse haciendo el menor ruido posible. No era por tanto imposible poderse acercar á ella por el costado antes de desper-

tar su atención y arponearla desde una distancia conveniente

—Bogad mas despacio, muchachos, dijo el capitán Hull, en voz baja.

—Me parece, replicó Howik, que el jubarte ha oído alguna cosa. Sopla con menos violencia que lo hacia ahora poco.

—Silencio, silencio, repitió el capitán Hull.

Cinco minutos despues el bote ballenero se encontraba á un cable del jubarte. (1)

El contramaestre, de pié en la popa, maniobró de manera que pudiera aproximarse por el costado izquierdo del mamífero, pero evitando con el mayor cuidado pasar al alcance de la formidable cola de la que un solo golpe hubiera bastado para destrozarse la embarcación.

El capitán Hull iba á proa con las piernas un poco abiertas para mejor sostenerse, llevando en la mano el instrumento con el que iba á lanzar el primer golpe.

Podía contarse con su destreza para fijar el arpon en la masa espesa que sobresalía de las aguas.

Cerca del capitán, en una tina, estaba enroscado el primero de los cinco sedales sólidamente sujeto al arpon y al cual se irían empalmando sucesivamente los otros cuatro, si la ballena se sumergía á grandes profundidades.

—¿Estamos ya, muchachos? murmuró el capitán Hull.

—Sí, respondió Howik, asegurando fuertemente el remo en sus anchas manos.

—Atraca, atraca.

El contramaestre obedeció la órden y el bote se puso á menos de diez pies del animal.

Este no se movía y parecía dormir. Las ballenas que son sorprendidas así durante su sueño, ofrecen una caza mas fácil, y sucede muchas veces que basta lanzarles un golpe para herirlas mortalmente.

—Es muy extraña esta inmovilidad, pensó el capitán Hull. La pícara no debe dormir, y, sin embargo... Aquí hay algo.

Era este también el pensamiento del contramaestre que trataba de ver el costado opuesto del animal.

Pero no era el momento para reflexionar, sino para atacar.

El capitán Hull, agarrando el arpon por el centro de la caña, lo balanceó muchas veces á fin de asegurar mejor la certeza del golpe, apuntando mientras tanto al costado del jubarte. Despues lo proyectó con toda la fuerza de su brazo.

—Atrás, atrás, gritó en seguida.

Y los marineros, remando á un tiempo, hicieron retroceder rápidamente el bote con la intención de ponerle prudentemente al abrigo de las sacudidas de la cola del cetáceo.

Pero en aquel momento un grito del contramaestre hizo comprender la causa á que se debía que la ballena hubiera estado por tan largo tiempo y tan extraordinariamente inmóvil en la superficie del mar.

—¡Un ballenato! dijo.

En efecto, el jubarte, despues de haber sido herido por el arpon, se había vuelto completamente sobre el costado, descubriendo de este modo un ballenato, al cual estaba dando de mamar.

El capitán Hull sabía perfectamente que esta circunstancia había de hacer mucho mas difícil la captura del jubarte. La madre se defendería evidentemente con mas furor, tanto por ella misma como para proteger á su pequeñuelo, si es que se puede dar este epíteto á un animal que no mediria menos de veinte pies.

Sin embargo, el jubarte no se precipitó inmedia-

(1) El cable es una medida especial de la marina, tiene una longitud de 120 brazas, es decir, 200 metros.

tamente sobre la embarcacion como se hubiera podido temer, y no hubo ocasion de cortar bruscamente el sedal que la retenia al arpon, á fin de tomar la huida. Por el contrario, y como sucede la mayor parte de las veces, la ballena, seguida del ballenato, se sumergió primero trazando una línea muy oblicua; despues, levantándose de un salto formidable, comenzó á nadar entre dos aguas con una estrema rapidez.

Pero antes de que hubiera podido sumergirse la primera vez, el capitán Hull y el contra maestre, ambos de pie, habian tenido tiempo de verla y de apreciar, por consiguiente, su justo valor.

En realidad era el jubarte un ballenóptero de las mayores dimensiones. Desde la cabeza á la cola media lo menos ochenta pies. Su piel, de un color oscuro amarillento, estaba como salpicado de numerosas manchas de un color pardo mas oscuro.

Verdaderamente hubiera sido lástima despues de un ataque tan felizmente principiado, verse en la necesidad de abandonar tan rica presa.

La persecucion, ó mejor dicho el remolque, habia principiado; el bote ballenero, cuyos remos se habian levantado, seguia á la ballena con la velocidad de una flecha. Howik le mantenía imperturbablemente á pesar de sus rápidas y espantosas oscilaciones.

El capitán Hull, siempre en la proa, no cesaba de hacer oír su eterno consejo:

—Vigila bien, Howik, vigila bien.

Y podia estar seguro de que no faltaria ni por un instante la vigilancia del contra maestre.

Entre tanto, como el bote ballenero no marchaba tan de prisa como la ballena, el sedal del arpon se desarrollaba con tal velocidad, que pudo temerse que con el frote sobre las bordas se prendiera fuego. El capitán Hull tuvo, pues, el cuidado de conservar el sedal mojado, llenando de agua la tina en cuyo fondo estaba arrollado.

Como el jubarte no parecia detenerse en su huida, ni querer moderarla, hubo que amarrar el segundo sedal al extremo del primero, que no tardó en ser arrastrado con la misma velocidad.

Al cabo de cinco minutos hubo que empalmar el tercer sedal, que se sumergió tambien en el agua.

El jubarte no se detenía. Evidentemente el arpon no habia penetrado en ninguna parte vital de su cuerpo. Podia observarse tambien por la oblicuidad que acusaba el sedal, que en lugar de volver á la superficie, el animal se sumergia cada vez mas en los abismos profundos.

—Diablo, exclamó el capitán Hull, esta pícara nos va á llevar los cinco sedales.

—Y nos arrastrará á mucha distancia del *Pilgrim*, respondió el contra maestre.

—Por fuerza ha de volver á respirar á la superficie, respondió el capitán Hull. No es un pez cualquiera y tendrá que hacer su provision de aire como un simple particular.

—Aguantará la respiracion para correr mejor, dijo riendo uno de los marineros.

En efecto, el sedal continuaba desarrollándose con la misma velocidad. En breve al tercero fue preciso añadir un cuarto, lo cual no dejó de inquietar algun tanto á los marineros respecto á su futura parte en la presa.

—Diablo, diablo, murmuró el capitán Hull, no he visto nunca una cosa como esta. ¡El demonio del jubarte!

Por fin, hubo que poner el quinto sedal, y ya iba largada mas de la mitad cuando la velocidad pareció detenerse.

—Bueno, bueno, dijo el capitán Hull, el sedal tiene menos tension; el jubarte se fatiga.

En este momento el *Pilgrim* se encontraba á más de cinco millas á sotavento del ballenero.

El capitán Hull izó una bandera al extremo del bichero haciendo señales de aproximarse.

Casi en seguida se vió á Dick Sand ayudado por Tom y sus compañeros comenzar á bracear las vergas procurando orientarlas al viento lo mejor posible.

Pero la brisa era muy escasa y mal entablada. No soplabá sino á intervalos de muy corta duracion, y ciertamente que el *Pilgrim* tendria gran trabajo en reunirse con el bote, si es que podia alcanzarle.

Entre tanto, y como se habia previsto, el jubarte volvió á respirar á la superficie del agua, con el arpon siempre lijo en su costado. A poco se quedó casi inmóvil, como esperando á su ballenato, al que esta carrera furiosa debió dejar muy lejos.

El capitán Hull hizo forzar los remos á fin de aproximarse á él, y en breve no le separó mas que una pequeña distancia.

Se levantaron dos remos y dos marineros se armaron, como ya lo habia hecho el capitán, con largas lanzas destinadas á herir al animal.

Howik entonces maniobró hábilmente manteniéndose dispuesto á hacer girar rápidamente la embarcacion, en el caso en que la ballena se volviese bruscamente sobre ellos.

—Atención, gritó el capitán Hull; que no se pierda ni un golpe. Apuntad bien, muchachos. ¿Estamos Howik?

—Estoy preparado, señor; pero una cosa me atormenta. Es que el animal despues de haber huido tan rápidamente, está en este momento demasiado tranquilo.

—En efecto, Howik, esto me parece sospechoso.

—Desconfiemos.

—Sí, pero demos de proa.

El capitán Hull se animaba cada vez mas. La embarcacion siguió aproximándose.

El jubarte no hacia mas que revolverse en su sitio. Acaso trataba de encontrar á su ballenato que no estaba junto á él.

De repente hizo un movimiento con la cola, que le alejó unos treinta pies.

¡Iba á huir otra vez y habria que continuar la interminable persecucion por la superficie de las aguas!

—Atencion, gritó el capitán Hull, el animal va á tomar carrera para lanzarse sobre nosotros. Gobierna, Howik, gobierna.

En efecto, el jubarte habia maniobrado de tal modo, que se presentaba de frente al ballenero. En seguida, batiendo violentamente el mar con sus enormes aletas, se precipitó hácia adelante.

El contra maestre, que esperaba este golpe directo, maniobró de tal suerte que el jubarte pasó á lo largo de la embarcacion, pero sin tocarla.

El capitán Hull y los dos marineros le tiraron tres vigorosas lanzadas á su paso, tratando de herirle en algun órgano esencial.

El jubarte se detuvo, y arrojando á una gran altura dos columnas de agua mezclada con sangre, volvió de nuevo sobre la embarcacion, dando saltos y con un aspecto espantoso.

Era necesario que estos marinos fuesen pescadores determinados para no perder la cabeza en esta ocasion.

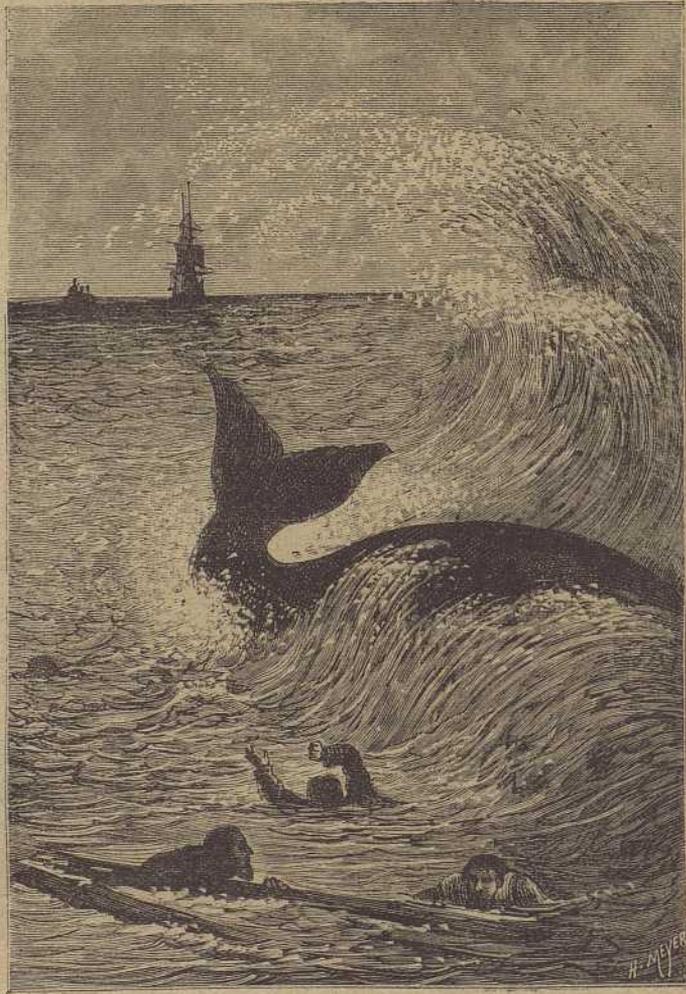
Howik evitó otra vez diestramente el ataque del jubarte, lanzando la embarcacion hácia un costado.

Tres nuevos golpes diestramente dirigidos hicieron en el animal otras tres nuevas heridas. Pero al pasar golpeó tan fuertemente el agua con su formidable cola, que levantó una enorme ola, tal que parecia que el mar se habia desconcertado súbitamente.

El bote estuvo á punto de zozobrar, y el agua, entrando por cima, lo llenó hasta la mitad.

—El balde, el balde, gritó el capitán Hull.

Los dos marineros, abandonando sus remos, se



El monstruo acababa de dar al bote un terrible coletazo.

pusieron á vaciar rápidamente el bote, mientras que el capitán cortaba el sedal, que ya entonces era inútil.

No; el animal, furioso por el dolor, no pensaba en huir. A su vez atacaba, y su agonía amenazaba ser terrible.

Tercera vez se volvió, como dicen los marinos, frente á frente, y se precipitó de nuevo sobre la embarcación.

Pero el bote ballenero, medio lleno de agua, no podía maniobrar con la misma facilidad. En estas condiciones, ¿cómo evitaría el choque que le amenazaba? Si no gobernaba, con mayor razón no podría huir.

Y además, por veloz que hubiera sido la embarcación, el rápido jubarte la habría alcanzado con algunos saltos. No había mas remedio en este caso que atacar, no había mas que defenderse.

El capitán Hull no se engañó.

El tercer ataque del animal no pudo evitarle completamente. Al pasar rozó al ballenero con su enor-

ne aleta dorsal, pero con tal fuerza que Howik fue derribado de su banco.

Esta vez las tres lanzas, desgraciadamente desviadas por la oscilación, no dieron en el blanco.

—¡Howik! ¡Howik! gritó el capitán que se había sostenido en pie con gran dificultad.

—¡Presente! respondió el contraataque levantándose.

Pero entonces vió que en su caída se había roto por medio el remo de popa.

—Otro remo, dijo el capitán Hull.

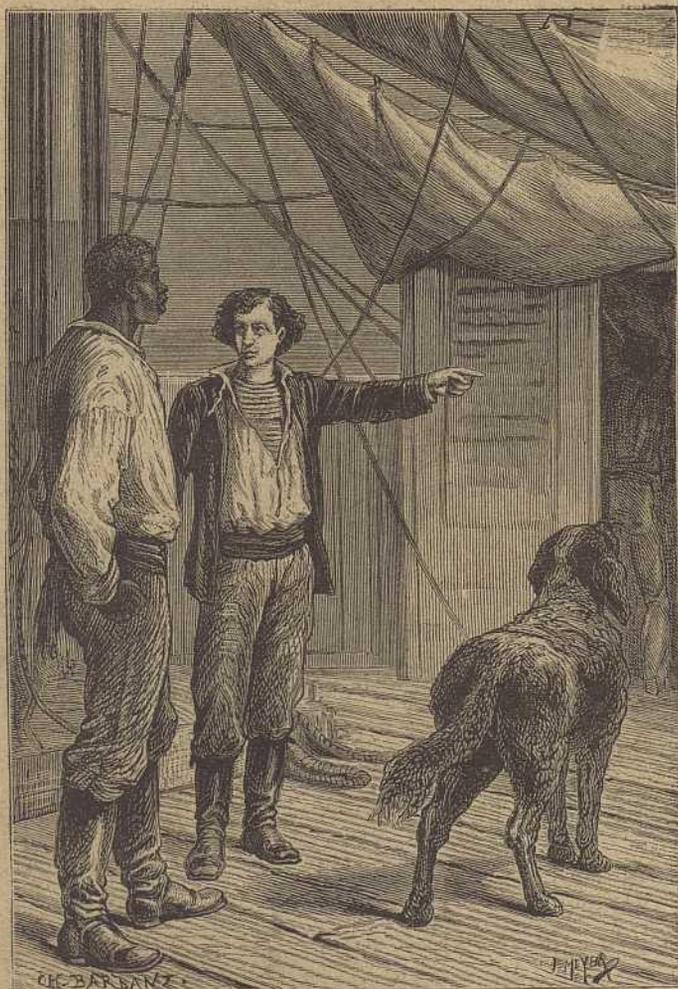
—Ya está, respondió Howik.

En este momento se produjo bajo las aguas una especie de hervidero á algunas toesas solamente de la embarcación.

El ballenato acababa de reaparecer. El jubarte le vió y se precipitó hácia él.

Esta circunstancia no podía hacer otra cosa mas que dar á la lucha un carácter mas terrible. El jubarte iba á batirse por dos.

El capitán Hull miró hácia donde estaba el Pil-



—Yo, respondió sin dudar Dick Sand.

grum, su mano agitó frenéticamente el bichero con la bandera.

¿Qué podía hacer Dick Sand que ya no hubiera hecho desde la primera señal del capitán? Las velas del *Pilgrim* estaban orientadas, y el viento comenzaba á hincharlas. Desgraciadamente el bergantín-goleta no tenía una hélice cuya acción pudiera aumentarse para marchar con más rapidez. Echar una de las embarcaciones al mar y correr al socorro del capitán con ayuda de los negros, habría sido una pérdida de tiempo considerable, y además el aprendiz tenía orden de no dejar el buque aunque sucediera lo que quisiera. Sin embargo, hizo descolar de los pescantes la canoa de popa y la llevó á remolque á fin de que el capitán y sus compañeros pudiesen refugiarse en ella si era necesario.

En este momento el jubarte cubriendo al ballenato con su cuerpo había vuelto á la carga. Esta vez maniobró de manera que pudiera alcanzar directamente á la embarcación.

—Atención, Howik, gritó por última vez el capitán Hull.

Pero el contraataque estaba, por decirlo así, desarmado. En vez de una palanca, cuya longitud le daba fuerza, no tenía en la mano más que un remo relativamente corto.

Trató de virar de bordo.

Fue imposible.

Los marineros comprendieron que estaban perdidos, y dando un grito terrible que debió ser oído en el *Pilgrim*, todos se levantaron.

El monstruo acaba de dar al bote un terrible letazo en la quilla.

La embarcación lanzada al aire con una violencia irresistible, cayó rota en tres pedazos en medio de las olas furiosamente agitadas por los saltos de la ballena.

Los infortunados marineros aunque gravemente heridos, tal vez habrían tenido fuerza para sostenerse aun, ya nadando, ya agarrándose á alguno de los restos flotantes.

Esto mismo fue lo que hizo el capitán Hull, al que se vió un instante izar al contraataque sobre uno de los restos del bote.

Pero el jubarte, en los últimos grados de su furor, se revolvió, saltó, y con su cola tal vez en la agitación de una agonía terrible, removió formidablemente las aguas turbadas en las que nadaban aun estos desgraciados.

Durante algunos instantes no se vió mas que una tromba líquida esparcirse en haces por todos lados.

Un cuarto de hora despues, cuando Dick Sand, que seguido de los negros se habia precipitado á la canoa, llegó al teatro de la catástrofe, todo sér viviente habia desaparecido. No quedaban mas que algunos restos del bote ballenero en la superficie de las aguas teñidas de sangre.

## CAPITULO IX.

### EL CAPITAN DICK SAND.

La primera impresion que experimentaron los pasajeros del *Pilgrim* ante esta terrible catástrofe, fue una mezcla de compasion y de horror. No pensaron mas que en la espantosa muerte del capitán Hull y de sus cinco marineros de abordó. Esta terrible escena habia ocurrido casi á su vista y sin que ellos hubieran podido hacer nada para salvarlos. No habian podido ni aun llegar á tiempo para recoger la tripulacion del bote ballenero, sus desgraciados compañeros heridos, pero aun vivos, ni para oponer el casco del *Pilgrim* á los formidables golpes del jubarte. El capitán Hull y su gente habian desaparecido para siempre.

Cuando el bergantin goleta llegó al sitio del siniestro, la señora Weldon cayó de rodillas levantando las manos al cielo.

—Oremos, dijo la piadosa señora.

A sus oraciones se unieron las de Juanito que se arrodilló llorando cerca de su madre. El pobre niño lo habia comprendido todo. Dick Sand, Nan, Tom y los demas negros se mantuvieron en pie con la cabeza inclinada. Todos repitieron la misma oracion que la señora Weldon dirigió á Dios recomendando á su infinita bondad á los que acababan de presentarse ante él.

Despues la señora Weldon volviéndose hacia sus compañeros, les dijo:

—Y ahora amigos míos, pidamos al cielo fuerzas y valor para nosotros mismos.

Si, bien podian implorar la ayuda de Aquel que todo lo puede, porque su situacion era de las mas graves.

El buque que los llevaba no tenia ni capitán que lo dirigiese ni tripulacion que lo manejase, se encontraba en medio de ese inmenso Océano Pacifico á centenares de millas de todas las tierras y á merced de los vientos y de las olas.

¿Qué fatalidad habia puesto aquella ballena en el paso del *Pilgrim*? ¿Qué fatalidad mayor aun habia impulsado al desgraciado capitán Hull tan prudente de ordinario, á arriesgarlo todo para completar su cargamento? Y qué catástrofe que añadir á las mas raras de los anales de la gran pesca, catástrofe que no habia permitido salvar ni uno solo de los marineros del bote!

Si, era una terrible fatalidad.

En efecto, abordó del *Pilgrim* no habia un solo marino.

Habia uno solo, Dick Sand, pero este no era mas que un aprendiz, un muchacho de quince años.

Capitán, contra-maestre, marineros, toda la tripulacion, puede decirse, se resumia ahora en él.

Abordó se encontraba una pasajera, una madre y un hijo, cuya presencia debia hacer la situacion mas difícil aun.

Habia ademas algunos negros, buena gente, va-

lientes y celosos, y sin duda dispuestos á obedecer á quien estuviera en estado de mandarles, pero desprovistos hasta de las mas sencillas nociones del oficio de marinero.

Dick Sand se quedó inmóvil con los brazos cruzados mirando el sitio en que acababa de sumergirse el capitán Hull, su protector, á quien tenia un afecto de hijo. Despues recorrió con la vista el horizonte intentando descubrir algun buque á quien pedir ayuda y asistencia y al que á lo menos habia podido confiar la señora Weldon.

Ciertamente que por esto él no hubiera abandonado el *Pilgrim*, sin antes intentarlo todo para llevarle á puerto; pero á lo menos la señora Weldon y su niño se hubieran salvado y no tendria nada que temer por estos dos seres á quienes se habia consagrado en cuerpo y alma.

El Océano estaba desierto. Desde la desaparicion del jubarte nada venia á alterar su superficie, todo era cielo y agua alrededor del *Pilgrim*. El jóven aprendiz sabia muy bien que se encontraba fuera de la ruta seguida por los buques de comercio, y que los demas balleneros navegaban aun muy lejos en los lugares de pesca.

Entre tanto, habia llegado el caso de contemplar de frente la situacion y de ver las cosas tales como eran. Esto fue lo que hizo Dick Sand, pidiendo á Dios desde lo mas hondo de su corazón ayuda y socorros.

¿Qué resolucion iba á tomar?

En este momento apareció Negro sobre cubierta, de la que se habia alejado despues de la catástrofe. Lo que habia sentido este ser tan enigmático ante aquella irreparable desgracia nadie hubiera podido decirlo. Habia contemplado el desastre sin hacer un gesto y sin salir de su mutismo. Su vista habia devorado ávidamente todos los detalles de la tragedia. Pero si en tal momento se hubiera pensado en observarle, hubiera llamado la atencion que ni un solo músculo se hubiera contraído en su rostro impassible. De todos modos, y como si no lo hubiera oido, no habia respondido al piadoso llamamiento de la señora Weldon para orar por la tripulacion abogada.

Negoro se adelantó hacia popa, hacia el sitio en que Dick Sand se conservaba inmóvil, y se detuvo á tres pasos del aprendiz.

—¿Teneis que hablarme? preguntó Dick Sand.

—Tengo que hablar al capitán Hull, respondió friamente Negro, ó en caso de faltar él, al contra-maestre Howik.

—Sabeis perfectamente que ambos han perecido, exclamó el aprendiz.

—¿Quién manda ahora á bordo? preguntó insolentemente Negro.

—Yo, respondió sin dudar Dick Sand.

—¿Vos? dijo Negro, encogiéndose de hombros, un capitán de quince años.

—Un capitán de quince años, respondió el aprendiz yendo hacia el maestro cocinero.

Este retrocedió.

—No lo olvidéis, dijo entonces la señora Weldon. No hay aquí mas que un capitán... el capitán Sand, y es conveniente que sepan todos que sabrá hacerse obedecer.

Negoro se inclinó murmurando con tono irónico algunas palabras que no pudieron oirse, y se volvió á su sitio.

Como se vé, Dick habia tomado su resolucion.

Entre tanto el bergantin goleta bajo la accion de la brisa que empezaba á refrescar, habia traspasado el banco de crustáceos.

Dick Sand examinó el estado de las velas, despues su vista recorrió la cubierta y entonces sintió que si en el porvenir pesaba sobre él tan tremenda responsabilidad, era necesario que tuviera fuerzas para aceptarla. Se atrevió á mirar á los sobrevivientes de

*Pilgrim* cuyos ojos en aquel momento estaban fijos en él, y leyendo en sus miradas que podía contar con ellos, les dijo en dos palabras que á su vez podían contar tambien con él.

Dick Sand con toda sinceridad habia hecho su examen de conciencia.

Sí era capaz de modificar ó de poner bien las velas del bergantín goleta segun las circunstancias, empleando para ello los brazos de Tom y de sus compañeros, evidentemente no poseía aun los conocimientos necesarios para determinar su situación por el cálculo.

Con cuatro ó cinco años mas Dick Sand habria conocido á fondo el magnífico y difícil oficio de marino. Habria sabido servirse del sestante, de ese instrumento que manejaba todos los dias la mano del capitán Hull y que le daba la altura de los astros. Habria leído en el cronómetro la hora del meridiano de Greenwich y habria deducido la longitud por el ángulo horal. El sol todos los dias habria sido su consejero. La luna y los planetas le habrian dicho: allí, en ese punto del Océano, está tu buque. Ese firmamento en el cual las estrellas se mueven como las agujas de un reloj perfecto que no está sujeto á descomposiciones ni sacudidas, y cuya exactitud es absoluta, ese firmamento le habria enseñado las horas y las distancias. Por las observaciones astronómicas habria reconocido, como lo reconocia todos los dias su capitán, el sitio que ocupaba el *Pilgrim* con una milla de diferencia y el camino recorrido, así como el que faltaba por recorrer.

Ahora debia únicamente preguntar su camino á la estima, es decir; al espacio medido por la corredera sumado por el compás y despues de corregida la desviación.

Sin embargo, no se doblegó ante las circunstancias.

La señora Weldon habia comprendido todo lo que pasaba en el resuelto corazón del jóven aprendiz.

—Gracias Dick, le dijo con una voz nada temblorosa. El capitán Hull ya no existe; toda su tripulación ha perecido con él. La suerte del buque está en tus manos. Dick, tú salvarás el barco y á los que conduce.

—Sí, señora Weldon, respondió Dick Sand, sí; lo intentaré con la ayuda de Dios.

—Tom y sus compañeros son buenas gentes y en ellos puedes fiarte absolutamente.

—Ya lo sé; yo les haré marineros y maniobraremos juntos. Con buen tiempo esto será fácil. Con mal tiempo.... pues bien; con mal tiempo lucharemos y os salvaremos aun, señora Weldon, á vos y á vuestro Juanito, á todos. Sí; conozco que lo haré.

Y repitió:

—Con la ayuda de Dios.

—Ahora, Dick, ¿puedes saber cuál es la posición del *Pilgrim*? preguntó la señora Weldon.

—Fácilmente, respondió el aprendiz, no tengo mas que consultar la carta de á bordo en la cual fijó ayer el punto el capitán Hull.

—Y ¿podrás tú poner el buque en buena dirección?

—Sí; podré poner la proa al Este, poco mas ó menos al punto del litoral americano adonde debemos arribar.

—Pero Dick, replicó la señora Weldon, ¿no comprendes que esta catástrofe puede y aun debe modificar nuestros primeros proyectos? Ya no se trata de conducir el *Pilgrim* á Valparaiso. El puerto mas proximo de la costa de América debe ser ahora su puerto de destino.

—Sin duda, señora Weldon, replicó el aprendiz; pero no temais. No podemos dejar de encontrar esa costa americana que se prolonga mucho hacia el Sur.

—¿Dónde está situada? preguntó la señora Weldon.

—Allí, en esta dirección; respondió Dick Sand señalando con el dedo el Este segun la dirección que habia visto marcada en la brújula.

—Pues bien Dick, que lleguemos á Valparaiso ó á cualquier otro punto del litoral poco importa. Lo que necesitamos es llegar.

—Y llegaremos, señora Weldon, y os desembarcaré en lugar seguro; respondió el jóven aprendiz con voz firme. Por lo demás, al dirigirnos á tierra no renuncio á la esperanza de encontrar alguno de esos barcos que hacen el cabotaje en la costa. Ah, señora Weldon, el viento comienza á entablarse del Noroeste; quiera Dios que se mantenga así y haremos un buen camino. Le tomaremos á un buen largo y todas nuestras velas irán trabajando, desde la cangreja hasta el petifoque.

Dick Sand habia hablado con la confianza del marino que conoce que tiene bajo sus pies un buen buque y del cual es dueño de todas las maneras. Iba á tomar el timon y á llamar á sus compañeros para orientar convenientemente las velas, cuando la señora Weldon le recordó que debia ante todo conocer la posición del *Pilgrim*.

En efecto, era la primera cosa que habia que hacer, y Dick Sand fué á coger en la cámara del capitán la carta en que el día anterior habia marcado la situación. Pudo, pues, enseñar á la señora Weldon que el bergantín goleta se encontraba á los 43° 35' de latitud y á los 164° 13' de longitud, porque desde hacia 24 horas no puede decirse que habia andado nada.

La señora Weldon se habia inclinado sobre la carta. Miró la tinta oscura que figuraba la tierra á la derecha de aquel vasto Océano; era el litoral de la América del Sur, inmensa barrera levantada entre el Pacífico y el Atlántico desde el Cabo de Hornos hasta las costas de Colombia. Considerando así esta carta, en la cual tenia un Océano entero, debia pensar que seria fácil que los pasajeros del *Pilgrim* volvieran á su patria. Era esta una ilusión que invariablemente se reproduce en todos los que no están familiarizados con las escalas á que se refieren las cartas marítimas. Y en efecto, parecia á la señora Weldon que la tierra debia estar á la vista como lo estaba en aquel pedazo de papel.

Y sin embargo en medio de esta página blanca, el *Pilgrim* figurado en una escala exacta, habria sido mas pequeño que el mas microscópico infusorio.

Este punto matemático sin dimensiones apreciables, hubiera parecido perdido como en realidad lo estaba en la inmensidad del Pacífico.

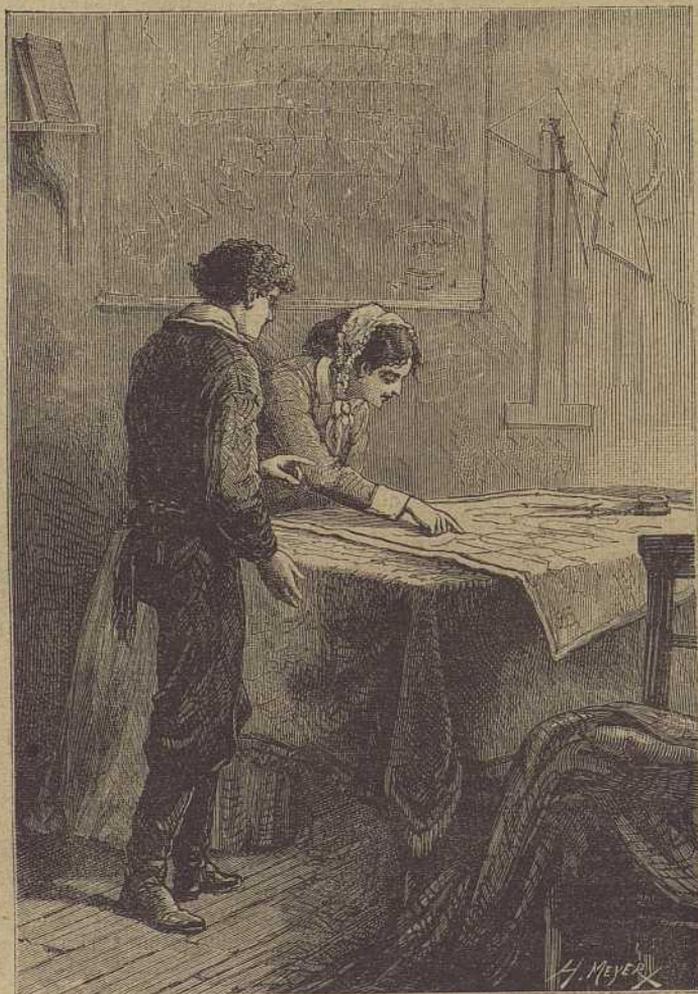
Por su parte Dick Sand no habia experimentado la misma impresion que la señora Weldon. Sabia perfectamente lo lejano que estaba la tierra y que ni cientos de millas bastarian á medir la distancia que les separaba de ella. Pero habia tomado su resolución: se habia hecho hombre bajo el peso de la responsabilidad que habia contraído.

Llegó el momento de obrar; habia que aprovechar aquella brisa del Noroeste que refrescaba. El viento contrario habia cedido el puesto al viento favorable y algunas nubes esparcidas por el zenit en forma de cirros indicaban que continuaria á lo menos durante algun tiempo.

Dick Sand llamó á Tom y á sus compañeros.

Amigos míos les dijo, nuestro buque no tiene mas tripulación que vosotros; sin vuestra ayuda no puedo maniobrar. No sois marinos; pero tenéis buenos brazos, ponedlos al servicio del *Pilgrim* y podremos dirigirle. Va la salvación de todos en que abordo marche todo bien.

—Señor Dick, le respondió Tom, mis compañeros y yo somos vuestros marineros, buena voluntad no ha de faltarnos. Todo lo que hombres pueden hacer mandados por vos, lo haremos.



La señora Weldon se había inclinado sobre la carta.

—Bien dicho, viejo Tom, dijo la señora Weldon.

—Sí, bien dicho; añadió Dick Sand pero es necesario ser prudente y á fin de no comprometer nada, no he de forzar las velas. Un poco menos velocidad pero mas seguridad es lo que exigen las circunstancias. Yo os indicaré amigos míos lo que cada cual tendrá que hacer en la maniobra. En cuanto á mí permaneceré en el timon mientras que la fatiga no me obligue á abandonarle; algunas horas de sueño me bastarán de vez en cuando para descansar; pero durante estas horas es necesario que uno de vosotros me reemplace. Tom yo os indicaré como se gobierna por medio de la brújula, esto no es difícil y con un poco de atención aprenderéis enseguida á mantener la proa del buque en buena direccion.

—Cuando querais señor Dick, respondió el viejo negro.

—Pues bien, respondió el aprendiz quedaos junto á mí en el timon hasta el fin del dia, y si la fatiga me vence podreis reemplazarme por algunas horas.

—¿Y yo, dijo Juanito, no podré ayudar un poco á mi amigo Dick?

—Si querido mio, respondió la señora Weldon estrechando á Juan en sus brazos, te enseñarém á gobernar y estoy segura que mientras tú estés al timon tendréis buen viento.

—Seguro, seguro, mamá yo te lo prometo respondió el niño batiendo las manos.

—Sí, dijo el jóven aprendiz sonriendo, los buenos grumetes saben conservar el buen viento. Esto es muy sabido de los marinos viejos.

Enseguida dirigiéndose á Tom y á los demás negros les dijo:

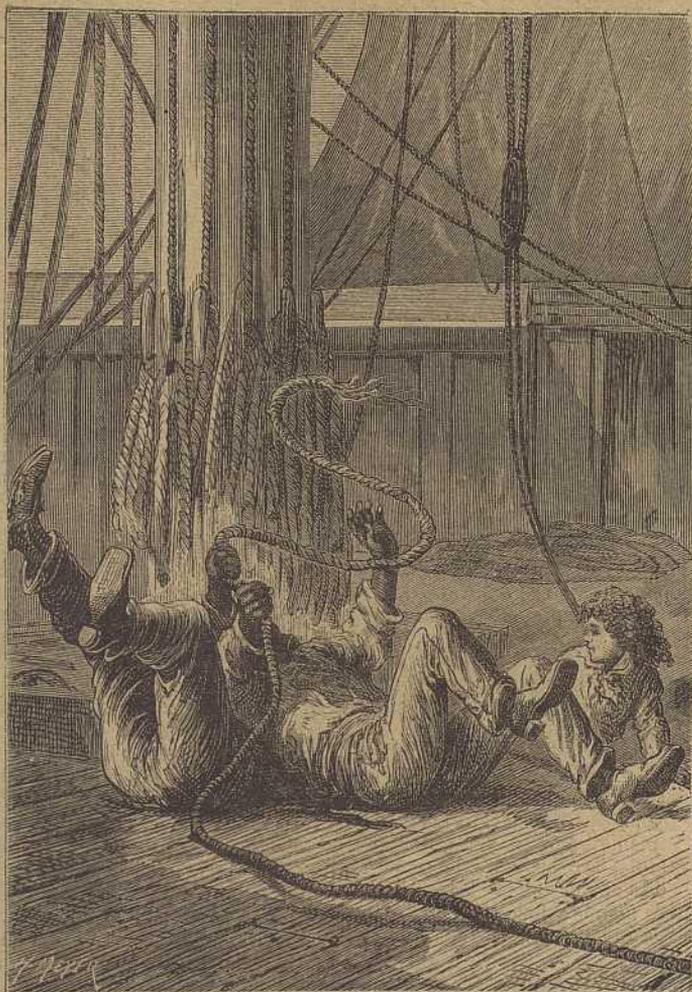
Amigos míos vamos á bracear las vergas á un buen largo. Vosotros no tendreis mas que hacer que lo que yo os diga.

—A vuestras órdenes respondió Tom, á vuestras órdenes capitan Sand.

## CAPITULO -X.

### LOS CUATRO DIAS SIGUIENTES.

Dick Sand era pues el capitan del *Pilgrim*, y sin perder un instante adoptó las medidas necesarias



Los tres cayeron de espaldas sin hacerse ningun daño.

para poner el buque en marcha con todas sus velas.

Por supuesto que los pasajeros no podían tener mas que una esperanza: la de llegar á un puerto cualquiera del litoral americano ya que no á Valparaíso. Lo que Dick Sand quería hacer era reconocer la dirección y la velocidad del *Pilgrim*, á fin de obtener un término medio. Para esto le bastaba trazar todos los días en la carta el camino recorrido lo cual como se ha dicho podía hacer con la corredera y la brújula. Había precisamente á bordo, una de esas correderas de patente con cuadrante y hélice que marcan tan exactamente la velocidad en un tiempo determinado. Este útil instrumento de un uso muy fácil, podía prestar los mayores servicios y los negros eran perfectamente aptos para manejarle.

No tendría mas que una causa de error: las corrientes. Para combatirla la estima era insuficiente y solo las observaciones astronómicas podían dar una situación exacta. Pero el joven aprendiz, no estaba todavía en estado de hacer observaciones.

Dick Sand, tuvo un momento la idea de llevar el

*Pilgrim* á Nueva Zelanda. La travesía era menos larga y seguramente lo hubiera hecho, si el viento que hasta entonces habia sido contrario, no se hubiera cambiado en favorable. Era pues mejor dirigirse á América.

En efecto, el viento se habia vuelto de extremo á extremo, y en la actualidad soplaba del Noroeste con tendencia á refrescar. Era necesario aprovecharle y andar el mayor camino posible.

Dispúsose pues Dick Sand á poner el *Pilgrim* á un buen largo.

En un bergantín goleta, el palo trinquete tiene cuatro velas cuadradas: la mesana bajo el palo; por encima la gavia sobre el mastelero de gavia, después sobre el mastelero de juanete un juanete y un perico.

El palo mayor por el contrario, está menos cargado de velas. No lleva mas que una vergantina y encima una de flecha. Entre los dos palos, y sobre los estais que le sostienen por avante se puede colocar además un triple órden de velas triangulares.

Por último á proa, sobre el baupres y hácia la

parte exterior de este palo se amarran los tres toques.

Los foques, la bergantina, la flecha y las velas de los estais son muy fáciles de manejar. Pueden ser izadas desde la cubierta sin que sea necesario subir á los masteleros, puesto que no están sujetas á las vergas por medio de embargues que sea necesario soltar primero.

Por el contrario la maniobra de las velas del trinquete, exige mayor práctica en el oficio de marinero. Es necesario cuando se las quiere poner en posición, trepar por los obenques ya á la gavia del trinquete ya á los palos del juanete ó ya á la encapilladura del dicho palo, y esto hay que hacer lo mismo cuando se van á largar ó recogerlas, que para disminuir su superficie tomando rizos. De aquí la necesidad de andar por los marcha-pies, (cuerdas movibles tendidas por debajo de las vergas) y de trabajar con una mano agarrándose con la otra, maniobra muy peligrosa para el que no está acostumbrado á ella. Las oscilaciones del balance y del cabeceo recrudescidas por la longitud de la palanca, el batir de las velas bajo una brisa un poco fresca, tienen bastante fuerza para tirar á un hombre por encima de la borda.

Era pues esta una operación peligrosa para Tom y sus compañeros.

Afortunadamente el viento soplaba con moderación; no había tiempo para que se hubiera levantado la mar y los balances se mantenían en una amplitud moderada.

Cuando Dick Sand á la señal que le hizo el capitán Hull, se dirigió hácia el lugar de la catástrofe, el *Pilgrim* no llevaba más que los foques, la bergantina, la mesana y la gavia. Para pasar del paio á la bolina, el aprendiz no había necesitado más que utilizar, es decir, contrabracear el faro de mesana. Los negros le habían ayudado fácilmente en esta maniobra.

Se trataba, pues, ahora para tomar un buen largo y para completar la maniobra de las velas, de izar el juanete, el perico, la flecha y las velas de estais.

—Amigos míos, dijo el aprendiz á los cinco negros, haced lo que os mande y todo irá bien.

Dick Sand se había quedado en la rueda del timón; desde allí gritó:

—Vamos, Tom, largad vivamente esa maniobra.

—¿Largad? dijo Tom que no comprendía esta expresión.

—Sí, soltadla. Y tú, Bat, haz lo mismo... Bueno... Hala... Otra vez... Vamos, tirad con fuerza.

—¿Así? dijo Bat.

—Sí, así va muy bien... vamos, Hércules... fuerza... Un buen golpe.

Decir fuerza á Hércules era un poco imprudente. El gigante dió un tiron tremendo.

—¿Eh! no tan fuerte, buen mozo, gritó Dick Sand sonriéndose; vas á echar el mástil abajo.

—Apenas he tirado, respondió Hércules.

—Pues bien, conténtate con hacer como que tiras y eso bastará... Bien, templad... Largad... Correr la mano... Amarrad... Atad así... ¡Bueno!... Con igualdad... Halad...

Y todo el faro del palo mesana cuyas brazas de babor se habían alojado, se volvió lentamente. El viento hinchó entonces las velas é imprimió cierta velocidad al buque.

Dick Sand hizo entonces aflojar las escotas de los foques. Despues llamó á los negros á popa.

—Vedlo, amigos míos, ya está hecho y bien hecho. Ocupémonos ahora del palo mayor; pero no rompamos nada, Hércules.

—Trataré de hacerlo, respondió el coloso sin querer obligarse á nada.

La segunda maniobra fue bastante fácil. Se largó la escota de la guía con suavidad, y la bergantina,

tomando el viento mas normalmente, añadió su poderosa acción á la de las velas de proa.

Colocóse entonces la flecha por encima de la bergantina, y como estaba solamente cargada no hubo que tesar la drisa para amurarla á la borda. Perc Hércules tesó tan bien, ayudado por su amigo Acteon y de Juanito, que estaba junto á ellos, que la drisa se rompió en seco.

Los tres cayeron de espaldas sin que afortunadamente se hicieran ningun daño. Juan estaba entusiasmado.

—Eso no es nada, eso no es nada, gritó el aprendiz. Empalmad provisionalmente los dos extremos é izad con cuidado.

Todo esto se había hecho á la vista de Dick Sand sin que hubiera tenido que abandonar el timón. El *Pilgrim* marchaba ya rápidamente con la proa al Este sin que fuese necesario hacer más que mantenerle en esta dirección. Nada más fácil, puesto que el viento era manejable y no había que temer las guiñadas.

—Bien, amigos míos, dijo el aprendiz, sereis buenos marineros antes de que concluya la travesía.

—Haremos lo que podamos, capitán Sand, respondió Tom.

La señora Weldon cumplimentó también á esta buena gente, y hasta el mismo Juanito recibió su parte de elogios por lo bien que había trabajado.

—Creo, señor Juan, dijo Hércules sonriendo, que fuisteis vos el que rompió la drisa. ¡Qué buenos puños teneis! Sin vos no habríamos hecho nada bueno.

Y Juanito, satisfecho de sí mismo, sacudió vigorosamente la mano de su amigo Hércules.

La instalación del velmen del *Pilgrim* no se había completado aun. Faltaban las velas altas cuya acción no es de despreciar cuando se marcha á un buen largo. El bergantin goleta debía adelantar sensiblemente. Levantaban los juanetes, los pericos y las velas de los estais, y Dick Sand resolvió ponerlas.

Esta maniobra debía ser mas difícil que las demás, no por las velas de los estais que podían izarse y amurarse á la borda desde abajo, sino por las velas cuadradas del palo trinquete. Era menester para largarlas, subir hasta los masteleros, y Dick Sand, no queriendo que se espusiera ninguno de su tripulación improvisada, se ocupó en hacerlo por sí mismo.

Llamó, pues, á Tom y le puso á la rueda del timón, enseñándole cómo debía conservar el barco. En seguida colocó á Hércules, Bat, Acteon y á Austin, á unos en las drisas del perico, á otros en las del juanete, y se lanzó á la arboladura. Trepar por las flechaduras de los obenques de trinquete y á los de la gavia, fue cosa de juego para el joven aprendiz. En un minuto se encontró sobre el marchapié de la verga de juanete, y desde él largó los embargues que sujetaban la vela.

Despues se apoyó en los extremos del palo y trepó á la verga de perico desde donde largó rápidamente la vela.

Dick Sand había concluido su tarea, y agarrándose á uno de los brandales de estribor se dejó escurrir hasta la cubierta. Allí, merced á sus indicaciones, se amuraron vigorosamente á la borda las dos velas y en seguida se izaron á un tiempo las dos vergas. La maniobra quedó terminada con la colocación de las velas de estais entre el palo mayor y el trinquete.

Esta vez Hércules no había roto nada.

El *Pilgrim* llevaba entonces todas las velas de que se componía su aparejo.

Dick Sand habría podido añadir aun las alas y arrastraderas del mesana á babor pero era una maniobra difícil en las circunstancias actuales y si hubiera sido necesario quitarlas en caso de chubas-

co no se habria podido hacer con bastante rapidez.

El aprendiz las dejó sin poner.

Entonces Tom fue relevado de su puesto en la rueda del timon y Dick Sand volvió á ocuparle.

La brisa refrescaba. El *Pilgrim* inclinado ligeramente sobre la banda de estribor se deslizaba rápidamente por la superficie del mar dejando detrás de sí una estela bien llana que atestiguaba perfectamente la pureza de sus líneas de agua.

—Hemos ya en buen camino señora Weldon; dijo Dick Sand, y ahora que Dios nos conserve este viento favorable.

La señora Weldon apretó la mano del joven aprendiz. Después fatigada por las emociones de aquella última hora entró en su camarote y cayó en una especie de adormecimiento penoso que no era enteramente el sueño.

La nueva tripulación quedó sobre cubierta del bergantín goleta vigilando sobre el castillo de proa y dispuesta á obedecer las órdenes de Dick Sand, es decir á modificar la orientación de las velas según las variaciones del viento. Pero mientras que la brisa se conservase con la misma fuerza y dirección que tenía no habria necesidad de hacer absolutamente nada.

Durante todo este tiempo, ¿qué habia sido del primo Benedicto?

El primo Benedicto se ocupaba en estudiar con el lente un articulado que al fin habia descubierto abordo, un simple ortoptero cuya cabeza desaparecía bajo el protórax un insecto de elitros planos, de abdómen redondeado, con las alas muy largas que pertenecía á la familia de las cucarachas, á la especie de las cucarachas americanas.

Precisamente escudriñando la cocina de Negoro era donde habia hecho este precioso hallazgo y en el momento en que el maestro cocinero iba á aplastar implacablemente con el pie á dicho insecto. Con esto se encolerizó el primo, cólera que Negoro dejó pasar fríamente.

Pero el primo Benedicto sabia el cambio que se habia producido abordo desde el momento en que el capitán Hull y sus compañeros habian principiado la funesta pesca del jubarte. Sí, indudablemente. Se encontraba sobre cubierta cuando el *Pilgrim* llegó á la vista de los restos del bote ballenero. La tripulación del bergantín goleta habia por tanto perecido á su vista.

Pretender que esta catástrofe no le habia impresionado seria acusar á su corazón. Esa compasión que todo el mundo siente ante las desgracias ajenas ciertamente que él la habia experimentado é igualmente le habia impresionado la situación en que se encontraba su prima. Se llegó pues á la señora Weldon y la estrechó la mano como para decirle: «No temas, aquí estoy yo. Os quedo yo aquí.»

En seguida el primo Benedicto habia vuelto hácia su camarote con el fin sin duda de reflexionar en las consecuencias de este desastroso suceso y en las medidas enérgicas que convenia adoptar.

Pero á su paso habia encontrado la cucaracha de que se trata y como su pretension (justificada por lo demás contra ciertos entomologistas) era probar que las cucarachas del género foraspes notables por sus colores tienen costumbres muy diferentes de las cucarachas propiamente dichas; se habia puesto á estudiarla olvidándose de si habia allí un capitán Hull que mandara el *Pilgrim* y de si este infortunado acababa de perecer con su tripulación. La cucaracha le absorbía por completo. No la admiraba menos y no la hacia menos caso que si este horrible insecto hubiera sido un escarabajo de oro.

La vida abordo, habia pues recobrado su curso habitual, aunque todos debieron quedar impresiona-

dos por mucho tiempo por tan terrible y tan imprevista catástrofe.

Durante este dia Dick Sand se multiplicó á fin de que todo se pusiera en su órden y pudiera atenderse á las menores eventualidades. Los negros le obedecian siempre con celo. El órden mas completo reinaba pues abordo del *Pilgrim*. Se podia creer que todo marcharia sin tropiezo.

Por su parte Negoro no volvió á hacer otra tentativa para sustraerse á la autoridad de Dick Sand. Parecía haberla reconocido tácitamente. Ocupado como siempre en su estrecha cocina no se le volvió á ver mas alrededor de popa.

Por lo demás, á la menor infracción, al menor síntoma de falta de sumision que este hubiera intentado Dick Sand se encontraba resuelto á mandarle á la bodega para que hiciera en ella el resto de la travesía. Solamente con una señal suya, Hércules hubiera sujetado al maestro cocinero por el cuello lo cual no hubiera tardado mucho en hacer.

En este caso, Nan que sabia cocinar le hubiera reemplazado en sus funciones. Negoro, debió pues decirse asimismo que no era indispensable y como se le vigilaba de cerca parecia no querer dar lugar á que se tomara con él ninguna medida.

Habiendo continuado refrescando el viento hasta la tarde, el velamen del *Pilgrim* no necesitó sufrir ningun cambio. Su sólida arboladura, su aparejo de hierro que estaba en buen estado le hubieran permitido soportar en esta situación hasta una brisa mas fuerte.

Es frecuente durante la noche disminuir las velas y particularmente cargar las altas, flechas, juanetes y pericos etc. Esta es una prudente precaucion para el caso en que se levantara una ráfaga instantáneamente. Pero Dick Sand creyó que podia dispensarse de tomarla. El estado de la atmósfera no daba lugar á presagiar nada desagradable y por lo demás el joven aprendiz decidido á pasar aquella primer noche sobre cubierta esperaba observarlo todo. Además la marcha era mas rápida y le faltaba tiempo para encontrarse en parajes menos desiertos.

Ya hemos dicho que la corredera y la brújula eran los únicos instrumentos de que Dick Sand podia servirse para estimar aproximadamente el camino recorrido por el *Pilgrim*.

Durante aquel dia el aprendiz hizo echar la corredera cada media hora y anotó las indicaciones que le daba este instrumento.

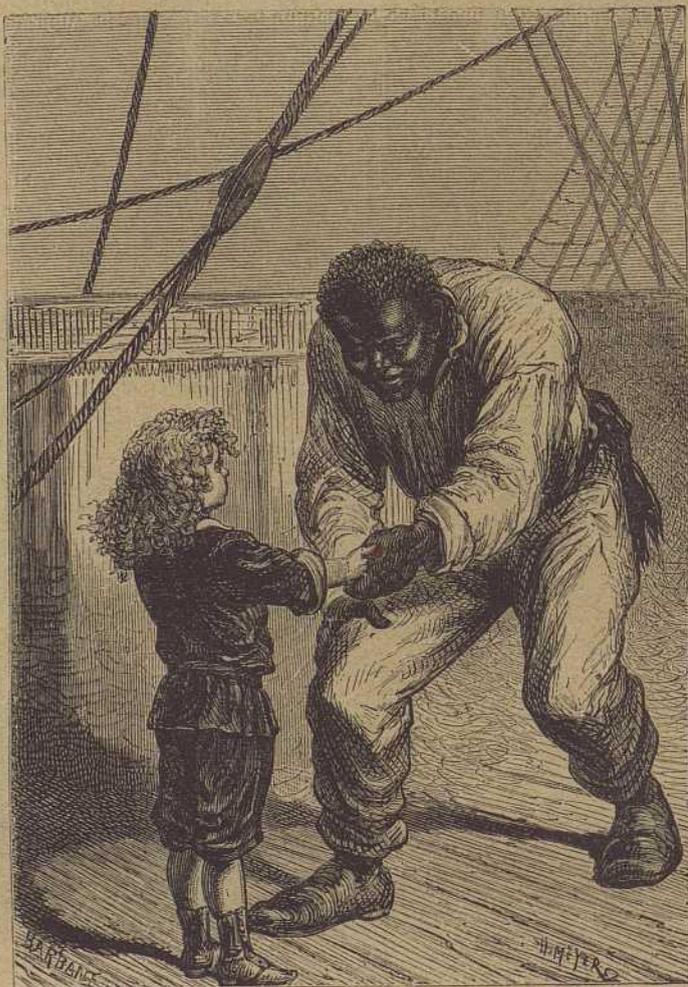
En cuanto á la brújula que lleva tambien el nombre de compás habia dos á bordo. Una estaba colocada en la vitacora á la vista del timonel. Su cuadrante estaba alumbrado durante el dia por la luz del Sol y por la noche por dos lámparas laterales é indicaba á cada momento la dirección de la proa del buque, es decir la dirección que seguia.

El otro compás era una brújula invertida, fijada en el techo del camarote que en otro tiempo ocupó el capitán Hull. De esta manera sin dejar su cámara podia siempre saber si el rumbo dado era exactamente seguido y si el timonel por falta de habilidad ó por negligencia dejaba al buque desviarse mucho de él.

Por lo demás no hay ningun buque de los que se emplean en los viajes de altura que no posea por lo menos dos brújulas y dos cronómetros. Es necesario que se puedan comparar estos instrumentos entre sí y por consiguiente averiguar la exactitud de sus indicaciones.

El *Pilgrim* bajo este punto de vista estaba suficientemente provisto y Dick Sand recomendó á sus hombres que tuviesen el mayor cuidado con los dos compases que tan necesarios le eran.

Pero desgraciadamente durante la noche del 12 al 13 de febrero mientras el aprendiz estaba de



Juanito sacudió vigorosamente la mano de su amigo Hércules.

cuarto llevando la rueda del timon se produjo un accidente desagradable. La brújula invertida que estaba fija por una virola de cobre al barrote del camarote se descolgó y cayó al suelo. No se vió esto hasta el día siguiente.

¿Cómo había faltado la virola? era bastante inexplicable. Sin embargo era posible que estuviera oxidada y que á un bandazo ó que el balance ó el cabeceo del buque la hubieran desprendido del barrote.

La mar precisamente durante aquella noche había sido mas dura. Sea como quiera el caso era que se había roto la brújula de tal modo que no se la podía componer.

Dick Sand se disgustó mucho, quedaba reducido en adelante á hacer sus observaciones solo con el compás de la vitácora, y aunque evidentemente nadie era responsable de la rotura de la segunda brújula, podía tener esto muy malas consecuencias. El aprendiz adoptó todas las medidas que consideró necesarias para que el segundo compás estuviera al abrigo de cualquiera accidente.

Salvo este que había ocurrido hasta entonces, todo iba bien á bordo del *Pilgrim*.

La señora Weldon viendo la calma de Dick Sand había recobrado su confianza. No es esto decir que se hubiera abandonado nunca á la desesperacion. Era ante todo sincera y piadosa, católica, y se consolaba con la oracion contando siempre con la bondad de Dios.

Dick Sand había arreglado el servicio de manera que pasaba toda la noche en el timon. Dormía cinco ó seis horas del día y esto parecía bastarle, pues que no se sentía muy fatigado. Durante este tiempo Tom ó su hijo Bat, le reemplazaban en la rueda del timon, y merced á sus consejos llegaron á ser poco á poco unos timoneles regulares.

Eran frecuentes las conversaciones entre la señora Weldon y el aprendiz. Dick Sand tomaba con gusto consejos de aquella mujer inteligente y valerosa. Todos los días la enseñaba en la carta de á bordo el camino recorrido que le indicaba la estima, teniendo solamente en cuenta la direccion y la velocidad del buque.

—Ved, señora Weldon, repetía con frecuencia, impulsados por estos vientos no podemos dejar de encontrar el litoral de la América Meridional. No puedo decirlo con toda seguridad, pero me parece que cuando nuestro buque llegue á la vista de tierra, no ha de ser muy lejos de Valparaiso.

La señora Weldon no podía dudar que la direccion del buque fuese buena, favorecido sobre todo por los vientos del Noroeste. ¡Pero cuán lejos todavia le parecia el *Pilgrim* del litoral americano! ¡Cuántos peligros entre él y la tierra franca sin contar con los que podían sobrevenir de un cambio en el estado del mar y del cielo!

Juanito, indiferente como lo son los niños de su edad, habia vuelto á sus juegos ordinarios corriendo por la cubierta y entreteniéndose con Dingo. Observó sin duda que su amigo Dick ya no estaba con él tanto como otras veces, pero su madre le hizo comprender que era necesario dejar al jóven aprendiz dedicarse enteramente á sus ocupaciones. Juanito se rindió á estas razones y no distrajo mas al capitán Sand.

Así pasaban las cosas á bordo. Los negros hacían inteligentemente sus tareas y cada dia iban siendo mas prácticos en el oficio de marineros. Naturalmente Tom era el contramaestre, y claro es que sus compañeros le habrían elegido para desempeñar estas funciones. Mandaba el cuarto mientras que el aprendiz descansaba y le acompañaban su hijo Bill y Austin. El otro cuarto lo formaban Acteon y Hércules, bajo la direccion de Dick Sand. De esta manera mientras que uno gobernaba, los otros vigilaban á proa.

Aun cuando aquellos parajes estuvieran desiertos y verdaderamente no fuera de temer un abordaje, el aprendiz exigía una vigilancia rigurosa durante la noche. No navegaba nunca sin llevar encendidos sus faroles de posicion; un farol verde á estribor y uno rojo á babor, en lo cual obraba prudentemente.

Sin embargo, durante aquellas noches que Dick Sand pasaba enteras al timon, sentía apoderarse insensiblemente una irresistible debilidad. Su mano gobernaba entonces por puro instinto. Era efecto sin duda esta debilidad de una fatiga de la que no queria hacer caso.

Durante la noche del 13 al 14 de febrero, Dick Sand se sintió muy fatigado y quiso tomar algunas horas de descanso, reemplazándole en el timon el viejo Tom.

El cielo estaba cubierto de espesas nubes que con la noche iban estando muy bajas por la influencia del aire frio; estaba muy oscuro y le hubiera sido imposible distinguir las velas altas que se perdían en las tinieblas. Hércules y Acteon estaban de cuarto en el castillo de proa.

A popa la luz de la bitácora no dejaba filtrar mas que una vaga claridad, reflejada suavemente por la guarnicion metálica de la rueda del timon. Los faroles proyectando sus luces lateralmente dejaban la cubierta del buque en una oscuridad profunda. Hacia las tres de la mañana se produjo en el viejo Tom sin que él se pudiera dar cuenta, una especie de fenómeno de ipnotismo. Sus ojos que hacia mucho tiempo estaban fijos en un punto luminoso de la bitácora perdieron súbitamente el sentimiento de la vision, y cayó en una verdadera soñolencia anestética.

No solo no veía sino que si le hubieran tocado ó pellizcado fuertemente, no habria probablemente sentido nada.

No vió por consiguiente una sombra que se deslizaba por la cubierta.

Era Negro.

Cuando el maestro cocinero llegó á popa puso debajo de la bitácora un objeto muy pesado que traía

en la mano. Despues observó por un instante el cuadrante luminoso de la brújula, y se retiró enseguida sin que nadie le viera.

Si al dia siguiente Dick Sand hubiera visto el objeto puesto por Negro bajo la bitácora, se hubiera apresurado á retirarlo.

En efecto, era un pedazo de hierro cuya influencia alteraba las indicaciones del compas. La aguja imantada desviada de su verdadera direccion, en vez de marcar el Norte magnético que difiere poco del Norte del mundo, marcaba el Nordeste. Era pues una desviacion de cuatro cuartos, ó dicho de otro modo, de medio ángulo recto.

Tom casi enseguida habia vuelto de su sopor. Llevó su vista al compas.... Debió creer que el *Pilgrim* no estaba en buena direccion, y movió el timon á fin de poner la proa del buque al Este, así al menos lo creía él.

Pero con la desviacion de la aguja que él no podia sospechar, modificada la proa en cuatro cuartos, se dirigió al Sudeste.

Y así mientras que bajo la accion de un viento favorable parecia que el *Pilgrim* seguía la direccion requerida, marchaba con un error de cuarenta y cinco grados en su rumbo.

## CAPITULO XI.

### TEMPESTAD.

Durante la semana que siguió á estos sucesos del 14 al 21 de Febrero, no volvió á ocurrir ningun incidente á bordo. El viento del Noroeste refrescaba poco á poco, y el *Pilgrim* marchaba rápidamente á razon de ciento sesenta millas por término medio en cada veinte y cuatro horas.

Esto era poco mas ó menos todo lo que se podia pedir á un buque de estas dimensiones.

El bergantín goleta debía aproximarse, así á lo menos lo pensaba Dick Sand, á los sitios mas frecuentados por los correos que tratan de pasar de un hemisferio á otro. El aprendiz esperaba siempre encontrar algunos de esos barcos y tenia la intencion formal de, ó trasbordar sus pasajeros ó pedirle prestados algunos marineros de refuerzo, y tal vez un oficial. Pero aunque la vigilancia fue activa no se señaló ningun buque y la mar continuó desierta.

No dejó esto de estrañar algun tanto á Dick Sand. Habia atravesado muchas veces aquella parte del Pacifico durante sus tres campañas de pesca en los mares australes y por la longitud y latitud que le daba su estima, era raro no ver ningun buque inglés ó americano subiendo del cabo de Hornos hacia el Ecuador ó bajando hacia la punta extrema de la América del Sur.

Pero Dick Sand ignoraba y no podia reconocer que el *Pilgrim* se encontraba mas alto en latitud, es decir, mas al Sur de lo que él le suponía.

Esto dependía de dos razones:

La primera era que las corrientes en estos parajes, cuya fuerza y cuya velocidad el aprendiz no podia estimar mas que imperfectamente, habia contribuido sin que á él le fuera posible conocerlo, á empujar al buque fuera de su rumbo.

La segunda era que la brújula falseada por la mano culpable de Negro, no daba mas que situaciones inexactas, situaciones que desde la pérdida del segun lo compas no podia cotejar. De manera que creyendo, como debia creer, que marchaba hacia el Este, en realidad marchaba hacia el Sudeste. La brújula estaba siempre á su vista. La corredera se echaba regularmente. Sus dos instrumentos le permitían hasta cierto punto dirigir el *Pilgrim* y estimar el número de millas recorrido. Pero ¿era esto suficiente?

Entre tanto el aprendiz continuaba tranquilizando del mejor modo á la señora Weldon, á la cual los incidentes de esta travesía debían inquietar algunas veces.

—Llegaremos, llegaremos, repetía. Encontraremos la costa americana aquí ó allá poco importa; pero no podemos dejar de llegar á ella.

—No lo dudo, Dick.

—Evidentemente, señora Weldon, que yo tendría el ánimo mas tranquilo si no estuviésemos a bordo; si no tuviéramos que responder mas que de nosotros mismos; pero....

—Pero si yo no estuviese a bordo, respondió la señora Weldon, si el primo Benedicto, Juan, Nan y yo no hubiéramos tomado pasaje en el *Pilgrim* y si, por otra parte, Tom y sus compañeros no hubieran sido recogidos en el mar, no habría mas que dos hombres aquí, tú y Negro.... ¿Qué hubiera sido de tí, solo con ese mal hombre en el cual no puedes tener confianza? Sí, hijo mio, ¿qué hubiera sido?

—Habría principiado, respondió resueltamente Dick Sand, por poner á Negro fuera de toda posibilidad de hacernos daño.

—Y ¿habrías tú maniobrado solo?

—Sí.... solo.... con la ayuda de Dios.

La firmeza de estas palabras devolvían á la señora Weldon su esperanza; sin embargo, algunas veces, cuando volvía la vista á su Juanito, se sentía inquieta. Si la mujer no quería dejar ver lo que sentía la madre, no siempre podía prevenir ni impedir alguna secreta angustia que le oprimía el corazón.

Aun cuando el joven aprendiz no estaba bastante adelantado en sus estudios hidrográficos para poder marcar el punto, poseía un verdadero instinto de marino en cuanto se trataba de adivinar el tiempo. La apariencia del cielo por una parte, y las indicaciones del barómetro por otra, le permitían ponerse en guardia. El capitán Hull, buen meteorologista, le habia enseñado á consultar este instrumento, cuyos pronósticos son tan notablemente seguros. Véase en pocas palabras el resumen de las noticias relativas á la observacion del barómetro (1).

Primero: Cuando despues de un buen tiempo muy prolongado, el barómetro empieza á bajar de una manera brusca y continua, vendrá seguramente la lluvia; pero si el buen tiempo ha durado mucho, el mercurio puede bajar dos ó tres dias en el tubo barométrico antes de que se observe ningun cambio en el estado de la atmósfera. Entonces, cuanto mas tiempo pasa entre la bajada del mercurio y la llegada de la lluvia, tanto mas larga será la duracion del tiempo lluvioso.

Segundo: Si, por el contrario, durante un tiempo lluvioso ó que ha durado mucho, el barómetro comienza á subir lenta y regularmente, con seguridad vendrá el buen tiempo y durará tanto mas cuanto mas largo haya sido el intervalo entre su llegada y el principio de la subida del barómetro.

Tercero: En los dos casos que preceden, si al cambio de tiempo sigue inmediatamente el movimiento de la columna barométrica, durará muy poco este cambio.

Cuarto: Si el barómetro sube con lentitud y de una manera continua durante dos, tres ó mas dias, anuncia buen tiempo aun cuando durante estos dias no haya cesado la lluvia y viceversa; pero si el barómetro sube dos dias ó mas durante la lluvia y cuando llega el buen tiempo comienza en seguida á bajar, el buen tiempo durará muy poco y viceversa.

Quinto: En la primavera y en el otoño una bajada brusca del barómetro presagia viento. En el verano, si el tiempo es muy cálido, anuncia tempestad. En el invierno, despues de una helada de alguna du-

racion, el rápido descenso de la columna barométrica anuncia cambio de viento, acompañado de deshielo y lluvia; pero una alza del barómetro durante una helada que ha durado algun tiempo, pronostica nieve.

Sesto: las oscilaciones rápidas del barómetro no deben interpretarse jamas como presagio de tiempo seco ó lluvioso de alguna duracion. Estas indicaciones se marcan esclusivamente por la alza ó la baja que se opera de una manera lenta y continua.

Séptimo: hácia fin de otoño, si despues de un tiempo de lluvia y viento prolongados el barómetro sube, esta alza anuncia el paso del viento al Norte y la aproximacion de los hielos.

Tales son las consecuencias generales que puedan sacarse de las indicaciones de este precioso instrumento.

Dick Sand sabia todo esto perfectamente y en diversas circunstancias durante su vida de marino lo habia experimentado, lo cual le ponía en aptitud de preverse contra todo evento.

Hácia el 20 de febrero próximamente, las oscilaciones de la columna barométrica empezaron á poner en cuidado al joven aprendiz que las observaba muchas veces al dia con atencion. En efecto, el barómetro comenzó á bajar de una manera lenta y continua, lo cual presagiaba lluvia, pero como la lluvia tardaba en caer, Dick Sand dedujo que el mal tiempo duraría mucho. Esto es lo que debia suceder.

Pero la lluvia era tambien el viento y en esta fecha la brisa comenzó á refrescar tanto que el aire tenia una velocidad de sesenta pies por segundo ó sea treinta y una millas por hora. (2)

Dick Sand tuvo que tomar algunas precauciones para no comprometer el aparejo y la arboladura del *Pilgrim*.

Ya habia cargado el perico, la flecha y el petifogue, y resolvió hacer otro tanto con el juanete despues de tomar dos rizos en la gavia.

Esta operacion debia presentar ciertas dificultades con una tripulacion poco experimentada aun. No habia sin embargo que dudar y nadie dudó.

Dick Sand, acompañado de Bat y de Austin, subió al aparejo del palo trinquete y no sin trabajo logró cargar el juanete. Si el tiempo no hubiera estado tan amenazador como estaba, habria dejado las dos vergas en el palo, pero previendo que probablemente se veria obligado á calar el mastelero y tal vez á quitarle, descolgó las dos vergas y las echó á la cubierta. Se comprende perfectamente que cuando el viento es demasiado fuerte, no solamente se necesita disminuir el velamen, sino tambien los mástiles. Es un gran desahogo para un buque el quitarle estos palos porque menos cargado de arribano se fatiga tanto con los cabeceos y los balances.

Dos horas emplearon en este trabajo y cuando estuvo concluido se ocuparon en reducir la superficie de la gavia tomándola dos rizos. El *Pilgrim* no llevaba, como la mayor parte de los barcos modernos una gavia doble, lo cual facilita la maniobra. Fue necesario por consiguiente operar como antiguamente, es decir; correr sobre el marcha-pié, atraer á sí una vela batida por el viento y amarrarla sólidamente con sus cajetas. Esto fue difícil, largo y peligroso. Pero al fin se disminuyó la gavia y presentó menor superficie al viento, con lo que el bergantin goleta quedó notablemente aliviado.

Dick Sand descendió del mastelero con Bat y Austin. En aquel momento el *Pilgrim* se encontraba en las condiciones de navegacion exigidas por ese estado de la atmósfera al cual se ha dado el nombre de frescachon.

Durante los tres dias siguientes 20, 21 y 22 de

(1) Resumen de l'Observation du Barometre de V. Carpiere.

(2) Cinuenta y siete kilómetros y medio.

febrero la fuerza y la direccion del viento no se modificaron sensiblemente. Sin embargo, el mercurio continuaba bajando en el tubo barométrico, y en este último día el aprendiz advirtió que se sostenía continuamente por debajo de las veinte y ocho pulgadas y siete décimas. (1) Por lo demás, no habia ninguna apariencia de que el barómetro volviera á subir en algun tiempo. El aspecto del cielo era malo y estremadamente ventoso; y además espesas brumas le cubrian constantemente. La capa que formaba era tan profunda que ni aun se veía el sol, y hubiera sido muy difícil precisar el sitio por donde salia y por donde se retiraba. Dick Sand comenzó á inquietarse. No dejaba la cubierta; apenas dormía; sin embargo su energía moral le permitia rechazar sus angustias á lo mas hondo de su corazón.

Al día siguiente, 23 de febrero, la brisa pareció amainar un poco por la mañana temprano; sin embargo Dick Sand no se fió y tuvo razon, porque despues del medio día el viento volvió á refrescar y la mar se hizo mas dura.

Hacia las cuatro de la tarde, Negro, á quien raras veces se veía, dejó su sitio y subió al castillo de proa. Dingo debía dormir en algun rincón porqueno ladró como de ordinario.

Negoro siempre silencioso, estuvo durante una media hora observando el horizonte.

Largas olas se sucedían sin entrecercarse aun. Sin embargo eran mas altas que las que pudieran producir la fuerza del viento. Debía deducirse de todo esto que reinaba muy mal tiempo en el Oeste á una distancia no muy grande tal vez, y que no tardaria en llegar á estos sitios.

Negoro miró aquella vasta estension de mar que estaba profundamente turbada alrededor del *Pilgrim*. Despues sus ojos siempre frios y secos se dirigieron al cielo.

El aspecto del cielo era alarmante; los vapores se movían con velocidad muy diferente: las nubes de la zona superior corrían mas rápidamente que las de las capas bajas de la atmósfera. Había que prever el caso, demasiado próximo, en que estas pesadas masas descendieran y pudieran cambiar en tempestad, tal vez en huracán, lo que no era mas que una brisa frescarrona, es decir, un viento fuerte á razon de cuarenta y tres millas por hora.

Negoro, ya por no ser hombre que se asustara fácilmente, ya que por asustadizo no comprendiera nada de las amenazas del tiempo, no pareció impresionarse. Sin embargo una sonrisa perversa apareció en sus labios. Hubiérase dicho que al cabo aquellas circunstancias eran para él mas agradables que adversas. Subió un instante al bauprés y trepó hasta las trincas á fin de estender el alcance de su mirada como si buscara algun indicio en el horizonte. Despues bajó y tranquilamente sin haber pronunciado una palabra y sin haber hecho un gesto, volvió á entrar en la cámara de la tripulacion.

En medio de todas estas tremendas congeturas existía sin embargo una buena circunstancia de la cual todos debían tener cuenta abordo, y era que el viento por fuerte que fuera ó que debiera llegar á ser era favorable, y el *Pilgrim* parecia acortar rápidamente la distancia que le separaba de la costa americana. Si el tiempo no llegaba á cambiarse en tempestad, la navegacion continuaria sin gran peligro y los verdaderos peligros no surgirían hasta que se tratara de atracar á un punto mal determinado del litoral.

Esto era lo que ya se preguntaba Dick Sand. Una vez que hubiera reconocido la tierra ¿cómo manio-

braría sino encontraba algun piloto, algun práctico de la costa? ¿En el caso en que el mal tiempo le obligase á buscar un puerto de refugio, ¿quó haría si el litoral le era absolutamente desconocido? sin duda aun no era tiempo para pensar en esta eventualidad.

Sin embargo, cuando llegara la hora habria que tomar alguna determinacion, y Dick Sand la tomaria.

Durante los trece días que pasaron desde el 21 de febrero al 9 de marzo, el estado de la atmósfera no se modificó de una manera sensible; el cielo continuaba cargado de pesadas brumas. Durante algunas horas, el viento disminuía pero enseguida volvía á soplar con la misma fuerza. Dos ó tres veces subió el barómetro pero su oscilacion, que comprendia solo una docena de líneas, era demasiado brusca para anunciar un cambio de tiempo y la vuelta de vientos mas manejables. Además la columna barométrica, bajaba casi enseguida y nada podia hacer esperar el fin del mal tiempo en un espacio próximo.

Grandes relámpagos brillaron tambien, lo cual inquietó formalmente á Dick. Dos ó tres veces cayó un rayo en el mar á algunos cables del buque. Despues llovió á torrentes, levantándose torbellinos de vapor medio condensados que rodearon al *Pilgrim* de una espesa niebla.

Durante horas enteras el vigía no veía nada, y el buque marchaba á la ventura.

El *Pilgrim* fue horriblemente sacudido, aunque se apoyaba fuertemente en las olas, y la señora Weldon soportó afortunadamente los balances y los cabeceos sin sufrir molestia; pero su hijo la tuvo muy grande y fue necesario que le dedicara todos sus cuidados.

En cuanto al primo Benedicto, no estaba mas enfermo que las cucarachas americanas que formaban su sociedad y pasaba el tiempo estudiando como si estuviera tranquilamente instalado en su gabinete de San Francisco.

Afortunadamente tambien Tom y sus compañeros, fueron poco sensibles al mareo y pudieron continuar ayudando al jóven aprendiz, que por su parte estaba acostumbrado á todos los movimientos desordenados de un buque que huye delante de un temporal.

El *Pilgrim* corría rápidamente con el reducido velamen, y ya Dick Sand preveía que seria preciso reducirlo mas; pero quería esperar ocasion en que hubiera menos peligro para hacerlo. Segun su estimación la costa no debía estar lejos. Se vigilaba con el mayor cuidado aun cuando no podia fiarse de la vista de sus compañeros para descubrir los primeros indicios de tierra. En efecto, por buena vista que tenga el que no está acostumbrado á interrogar los horizontes del mar, no puede distinguir los primeros contornos de una costa sobre todo en medio de las brumas. Así es que Dick Sand, tenia que vigilar por sí y subía frecuentemente hasta las barras para ver mejor. Pero nada se divisaba aun del litoral americano.

Esto le estrañaba, y por algunas palabras que se escaparon, la señora Weldon comprendió su estrañeza.

Era el 9 de marzo, el aprendiz estaba á proa observando unas veces el mar y el cielo, y otras mirando el aparejo del *Pilgrim* que comenzaba á fatigarse con la fuerza del viento.

—¿Aun no ves nada Dick? le preguntó en un momento en que acababa de dejar su catalejo

—Nada señora Weldon, nada; respondió el aprendiz y sin embargo, el horizonte parece abrirse un poco con este viento violento que aun ha de arreciar.

—Y segun tu opinion Dick, ¿la costa americana no debe estar lejos ahora?

(1) Los barómetros ingleses y americanos están graduados por pulgadas y por líneas. 28 pulgadas 7 décimas, equivalen á 728 milímetros.



—Evidentemente, señora Weldon, contestó Dick Sand.

—No debe estarlo, señora Weldon, y si alguna cosa me estraña es no tener todavía indicios de ella.

—Sin embargo, replicó la señora Weldon, el buque ha mareado siempre á buen rumbo.

—Siempre desde que se entabló el viento del Noroeste, replicó Dick Sand, es decir, desde el día en que perdimos á nuestro desgraciado capitán y su tripulación. Era el 10 de febrero, estamos á 9 de marzo, hace pues, 27 días.

—Pero en esa fecha ¿á qué distancia estábamos de la costa? preguntó la señora Weldon.

—A cuatro mil quinientas millas poco mas ó menos, señora Weldon. Si hay cosas en las cuales tengo mas de una duda, á lo menos en esta cifra puedo garantíroslo con veinte millas de error mas ó menos.

—¿Y qué velocidad ha llevado el buque?

—Por término medio, ciento ocho millas por día, desde que el viento refrescó. También á mí me sorprende mucho no estar á la vista de tierra. Y lo mas estraordinario aun es que no hayamos encontrado ni

uno solo de los buques que ordinariamente frecuentan estos parages.

—¿No has podido engañarte, Dick, repuso la señora Weldon, al estimar la velocidad del *Pilgrim*?

—No, señora Weldon; en este punto no he podido engañarme porque hemos echado la corredera cada media hora y he anotado exactamente sus indicaciones. Esperad: voy á hacerla echar de nuevo y vereis que marchamos en este momento á razon de diez millas por hora, lo cual nos dará mas de doscientas millas por día.

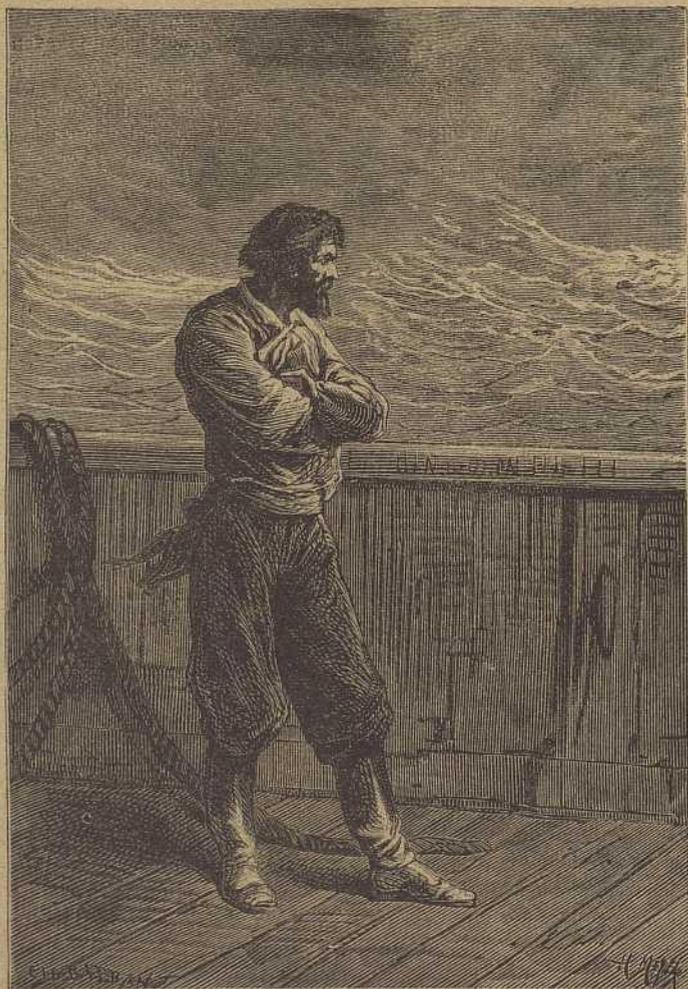
Dick Sand llamó á Tom y le mandó echar la corredera, operacion á la cual el viejo negro ya estaba acostumbrado.

Echaron la corredera al mar sólidamente amarrada al extremo de una cuerda; pero apenas se habian desarrollado veinticinco brazas, cuando la cuerda se aljó súbitamente entre las manos de Tom.

—¡Ah! señor Dick, exclamó.

—¿Qué hay, Tom?

—Se ha roto la cuerda.



Negoro permaneció durante media hora observando el horizonte.

—¿Roto, repitió Dick Sand, y la corredera se ha perdido?

El viejo Tom mostró el pedazo de cuerda que le había quedado en la mano.

Era demasiado cierto, y no era por la amarradura por donde había faltado; la cuerda se había roto por medio, y sin embargo estaba hecha con hilo muy fuerte. Era necesario que los cabos estuvieran muy usados en el punto de la rotura. Lo estaban en efecto, y así pudo verlo Dick Sand cuando tuvo en sus manos el extremo de la cuerda. ¿Pero se habían roto por el uso? se preguntaba el aprendiz, que había comenzado á desconfiar.

Sea como quiera, era el caso que la corredera se había perdido y que Dick Sand ya no tenía medios para calcular exactamente la velocidad de su buque. Por todo instrumento no tenía mas que una brújula y no sabía que sus indicaciones eran falsas.

La señora Weldon le vió entristecerse por este accidente y no quiso insistir mas sobre él, retirándose á su camarote con el corazón angustiado.

Pero si la velocidad del *Pilgrim*, y por consecuen-

cia el camino recorrido no podían calcularse, era fácil observar que la estela del buque no disminuía.

En la mañana del 11 de marzo el barómetro bajó á veinte y ocho pulgadas dos décimas. (1) Era el anuncio de uno de esos golpes de viento que recorren hasta sesenta millas por hora.

Hízose urgente modificar otra vez el velámen á fin de no comprometer la seguridad del barco.

Dick Sand resolvió calar los masteleros de juanete y de flecha y cargar las velas bajas á fin de no navegar mas que con el petifoque y la gavia con los rizos bajos.

Llamó á Tom y á sus compañeros para que le ayudaran en esta difícil operacion que desgraciadamente no podía ejecutarse con rapidez.

Entre tanto el tiempo apremiaba porque la tempestad se desencadenaba ya con violencia.

Dick Sand, Austin, Acteon y Bat, subieron á la arboladura mientras que Tom quedó en el timon y

(1) 716 milímetros.

Hércules en la cubierta, para arriar las drizas tan pronto como se lo mandaran.

Después de muchos esfuerzos los masteleros de flecha y de juanete, quedaron despasados no sin que antes los valientes negros se hubieran espuesto cien veces á ser precipitados al mar, tales eran los balances que sacudía la arboladura. En seguida se disminuyó la gavia y cargaron la mesana, con lo cual el bergantín goleta quedó solo con el petifoque y con la gavia con rizos bajos.

Aun cuando el velamen del *Pilgrim* quedó entonces estremadamente reducido, no dejó de marchar con una velocidad excesiva.

El 12, el tiempo tomó peor apariencia aun. Este día Dick Sand vió con terror que desde la madrugada el barómetro bajaba á veinte y siete pulgadas y nueve décimas. (1)

Era una verdadera tempestad la que se declaraba, tal que el *Pilgrim* no podía llevar ni aun las pocas velas que le quedaban.

Dick Sand vió que la gavia iba á ser despedazada, dió orden de cargarla.

Pero fué en vano, una ráfaga de viento mas violenta azotó en este momento al buque y arrancó la vela. Austin que en aquel momento se encontraba sobre la verga de la pequeña gavia, recibió un golpe con la escota de babor. Aunque muy ligeramente herido pudo descender á la cubierta.

Estremadamente inquieto Dick Sand, no tenia mas que un pensamiento y era que el buque impulsado con tal furia, iba á estrellarse de un momento á otro, porque segun su estima los escollos del litoral no debían estar muy lejos. Fué á proa, pero no viendo nada que tuviese apariencia de tierra, se volvió al timón.

Un instante después Negroro subió á la cubierta; allí de repente como si lo hiciera á pesar suyo, estendió el brazo hácia un punto del horizonte. Hubiérase dicho que reconocía alguna alta tierra entre las brumas....

Otra vez apareció en sus labios la sonrisa de un perverso, y sin decir nada de lo que habia podido ver, se volvió á su sitio.

## CAPITULO XII.

### EN EL HORIZONTE.

En aquel momento la tempestad tomó su forma mas terrible, la del huracan. El viento habia rolando al Sudoeste. El aire se desplazaba con una velocidad de noventa millas por hora (2).

Era en efecto un huracan, uno de esos vientos terribles que arrojan á la playa todos los buques de una rada y á los que aun en tierra no pueden resistir los edificios mas sólidos. Tal fue el que el 25 de julio de 1825 desbastó la Guadalupe. Cuando pesados cañones de á venticuatro son arrancados de sus afustes, calcúlese lo que puede hacer de un bareo que no tiene otro punto de apoyo mas que una mar descompuesta. Y sin embargo, su salvacion solo la puede deber á esta movilidad. Cede al impulso del viento y como esté sólidamente construido, puede resistir á los mas violentos golpes de mar. Este era el caso del *Pilgrim*.

Algunos minutos después de haber sido hecha pedazos la gavia, lo fue tambien el petifoque. Dick Sand renunció entonces á poner ni un tormentin, (vela pequeña de tela muy fuerte) que habria hecho al buque mas fácil de gobernar.

El *Pilgrim* corria pues, á palo seco, pero el viento le empujaba por el casco la arboladura y el apa-

rejo y era bastante para imprimirle aun una excesiva rapidez. Algunas veces parecia elevarse de las aguas y podia creerse que apenas las rozaba.

En estas condiciones los balances del buque agitado por las enormes olas que levantaba la tempestad, eran espantosos. Podia temerse que recibiera algun monstruoso golpe de mar por la popa. Las montañas de agua corrian con mas velocidad que el bergantín goleta, y amenazaban alcanzarle por la popa si no se levantaba muy pronto. Para todo buque que huye delante de la tempestad, es este un peligro estremo.

Pero ¿qué hacer para evitar este peligro? No se podía imprimir al *Pilgrim* una velocidad mayor, pues que no habria conservado un solo pedazo de tela. Lo único que habia que hacer era tratar de sostenerle tanto como fuera posible por medio del timón, cuya accion con frecuencia era impotente.

Dick Sand no abandonaba el timón; se habia amarrado por el medio cuerpo á fin de que no se lo llevara un golpe de mar. Tom y Bat, amarrados tambien, estaban inmediatos á él dispuestos á acudir en su auxilio. Hércules y Acteon asidos á las bitas vigilaban á proa.

En cuanto á la señora Weldon, Juanito, el primo Benedicto y Nan estaban, por orden del aprendiz, en los camarotes de popa. La señora Weldon habria preferido quedarse sobre cubierta, pero Dick Sand se habia opuesto formalmente á ello porque hubiera sido exponerse sin necesidad.

Se habian cerrado herméticamente todos los pañoles y debia esperarse que resistirian en el caso de que entrara abordo algun formidable golpe de mar.

Si por desgracia cedían bajo el peso de estas avalanchas, el buque podia llenarse y zozobrar. Afortunadamente la estiba se habia hecho tan bien que á pesar de los espantosos bandazos que daba el bergantín goleta, su cargamento no se movia.

Habia reducido Dick Sand tanto las horas que concedia al sueño, que la señora Weldon llegó á temer que cayera enfermo, y obtuvo de él que consintiese en tomar algun reposo.

En la noche del 13 al 14 de marzo y mientras Dick Sand estaba acostado, se produjo un nuevo incidente.

Estaban Tom y Bat á popa cuando Negroro, que se presentaba muy pocas veces en esta parte de la cubierta, se aproximó y pareció querer entablar con ellos conversacion; pero Tom y su hijo no le respondieron.

De pronto un violento balance derribó á Negroro, que hubiera caído al mar si no se hubiera agarrado á la bitácora.

Tom dió un grito, temiendo que la brújula se hubiera roto.

Dick Sand, que no dormia en aquel instante oyó el grito y se precipitó fuera de su cámara corriendo hácia popa.

Negoro se habia ya levantado, pero tenia en la mano el pedazo de hierro que acababa de quitar de debajo de la bitácora y que hizo desaparecer antes que lo viera Dick Sand.

¿Tenia Negroro interés en que la aguja imantada recobrase su direccion verdadera? Sí; porque los vientos del Sudoeste le favorecian ahora.

—¿Qué hay? preguntó el aprendiz.

—Es este cocinero maldito que acaba de caer sobre la brújula, respondió Tom.

Á estas palabras Dick Sand, inquieto hasta el mas alto grado, se aproximó á la bitácora. Estaba en buen estado y el compás alumbrado por las lámparas continuaba descansando sobre sus dos círculos concéntricos.

El corazón del jóven aprendiz se ensanchó. La rotura de la única brújula de á bordo, hubiera sido una desgracia irreparable.

(1) 509 milímetros.

(2) Cerca de 166 kilómetros.

Pero lo que Dick Sand no había podido observar fue que desde que habían quitado el pedazo de hierro la aguja había tomado su posición normal é indicaba exactamente el Norte magnético tal como debía ser en el meridiano en que se encontraban.

Aun cuando no podía hacerse responsable á Negoro de una caída que parecía ser involuntaria, Dick Sand, tenía razón para extrañarse de que á esta hora fuese á la popa del buque.

—¿Qué haceis ahí? le preguntó.

—Lo que me place, respondió Negoro.

—¿Cómo decís?... exclamó Dick Sand, que no pudo contener un movimiento de cólera.

—Digo, respondió el maestro cocinero, que no hay reglamento que prohíba pasear á popa.

—Pues bien; ese reglamento yo le hago, respondió Dick Sand, y os prohíbo venir á popa.

—¿De veras? respondió Negoro.

Aquel hombre tan dueño de sí hizo un gesto de amenaza.

El aprendiz sacó del bolsillo un revolver y dirigiéndolo al maestro cocinero le dijo:

—Negoro, sabed que llevo siempre este revolver, y que al primer acto de insubordinación os salto la tapa de los sesos.

En este momento Negoro se sintió irresistiblemente encorvado hasta tocar la cubierta con la frente.

Era Hércules que sencillamente acababa de ponerle su pesada mano sobre el hombro.

—Capitan Sand, dijo el gigante, ¿quereis que tire á este malvado por encima de la borda? Será un regalo para los peces, que no son difíciles de contentar.

—Aun no; respondió Dick Sand.

Cuando la mano del negro dejó de pesar sobre Negoro, éste se levantó. Pero al pasar por delante de Hércules murmuró:

—¡Maldito negro, tú me las pagarás!

Entre tanto el viento acababa de cambiar; parecía haber saltado lo menos cuarenta y cinco grados; pero cosa singular, que llamó la atención del aprendiz: el estado del mar no indicaba este cambio. El buque llevaba la proa siempre al mismo sitio; pero el viento y las olas en vez de cogerle directamente por la popa, le golpeaban por la banda de babor; situación muy peligrosa que expone á un barco á recibir muy malos golpes de mar. Así fue que Dick Sand tuvo que correrse cuatro cuartos para poder continuar huyendo de la tempestad.

Pero por otra parte su atención se había excitado mas que nunca. Se preguntaba si habria alguna relación entre la caída de Negoro y la rotura del primer compás. ¿Qué había ido á hacer allí el maestro cocinero? ¿Es que tenía algun interés en que la segunda brújula quedase tambien fuera de servicio? ¿Qué interés podía ser este? No se explicaba de ninguna manera. ¿No debía desear Negoro como todos deseaban atracar lo mas pronto posible á la costa americana?

Cuando Dick Sand habló de este incidente á la señora Weldon, ésta, por mas que participase en cierto modo de su desconfianza, no pudo encontrar motivo plausible á lo que habria sido una premeditación criminal de parte del maestro cocinero.

Sin embargo, fue muy vigilante Negoro por precaución. Además él, por su parte, cumplió las órdenes del aprendiz y no se aventuró mas á subir á la popa del buque donde su servicio no le llamaba nunca. Por otra parte, se instaló en ella Dingo permanentemente y el cocinero se guardó muy bien de acercarse.

Durante toda la semana no disminuyó la tempestad. El barómetro bajó aun. Desde el 14 al 26 de marzo fue imposible aprovechar ni una sola calma para poner algunas velas. El *Pilgrim* huía hácia el Nordeste con una velocidad que no podía ser menor

de 200 millas por cada 24 horas, y la tierra no parecía. Y sin embargo esta tierra era la América colocada como una inmensa barrera entre el Atlántico y el Pacífico en una extensión de mas de 120 grados.

Dick Sand se preguntaba si estaba loco si tenía aun el sentimiento de la verdad, si desde hacia tantos dias, no corría á su pesar sino á una dirección falsa. No; no podía engañarse en este punto. El sol aunque no le veía entre las brumas, se levantaba todos los dias por la proa, y se ponía por la popa. Pero entonces aquella tierra había desaparecido? Aquella América en la cual su buque tal vez se estrellaría, ¿dónde estaba, si no estaba allí? Ya fuera el continente Sur ó ya el continente Norte, porque todo era posible en este caso, uno ú otro no podían faltar al *Pilgrim*. ¿Qué había pasado desde el principio de esta terrible tempestad? ¿Qué pasaba aun pues que la costa, que podía ser su salvación ó su pérdida, no aparecía? Dick Sand ¿podía suponer que había sido engañado por su brújula cuyas indicaciones no podía comprobar, puesto que le faltaba aun pues que el compás para hacer esta comprobación? En verdad tuvo este temor justificado por la ausencia de toda tierra.

Así cuando Dick no estaba en el timón no dejaba ni un momento de devorar la carta con la vista. Pero por mas que la interrogaba no podía darle la solución de un enigma que en la situación en que Negoro le había colocado, era tan incomprendible para él como hubiera sido para cualquiera otro. El 27 de marzo como á las 8 de la mañana ocurrió un incidente aun mas grave.

Hércules de vigia á proa dió este grito:

—Tierra, tierra.

Dick Sand subió al castillo de proa ¿no se engañaba Hércules que no podía tener vista de marino?

—¡La tierra! exclamó Dick Sand.

—Allí, respondió Hércules señalando un punto casi imperceptible en el horizonte hácia el Nordeste.

En medio de los bramidos de la mar y del viento no se oía ni una palabra.

—¿Habeis visto la tierra? dijo el aprendiz.

—Sí; respondió Hércules afirmando con la cabeza.

Y estendió su mano hácia proa, á babor.

El aprendiz miró... no veía nada.

En este momento la señora Weldon que había oído el grito lanzado por Hércules subió á la cubierta á pesar de su promesa de no hacerlo.

—Señora; gritó Dick Sand.

La señora Weldon no pudiendo hacerse oír procuró tambien ver la tierra señalada por el negro y parecía haber concentrado toda su vida en su mirada. Había que creer que la mano de Hércules indicaba mal el punto del horizonte que quería mostrar porque ni la señora Weldon, ni el aprendiz pudieron ver nada. De pronto Dick Sand estendió la mano á su vez.

—¡Sí, sí! ¡tierra! dijo.

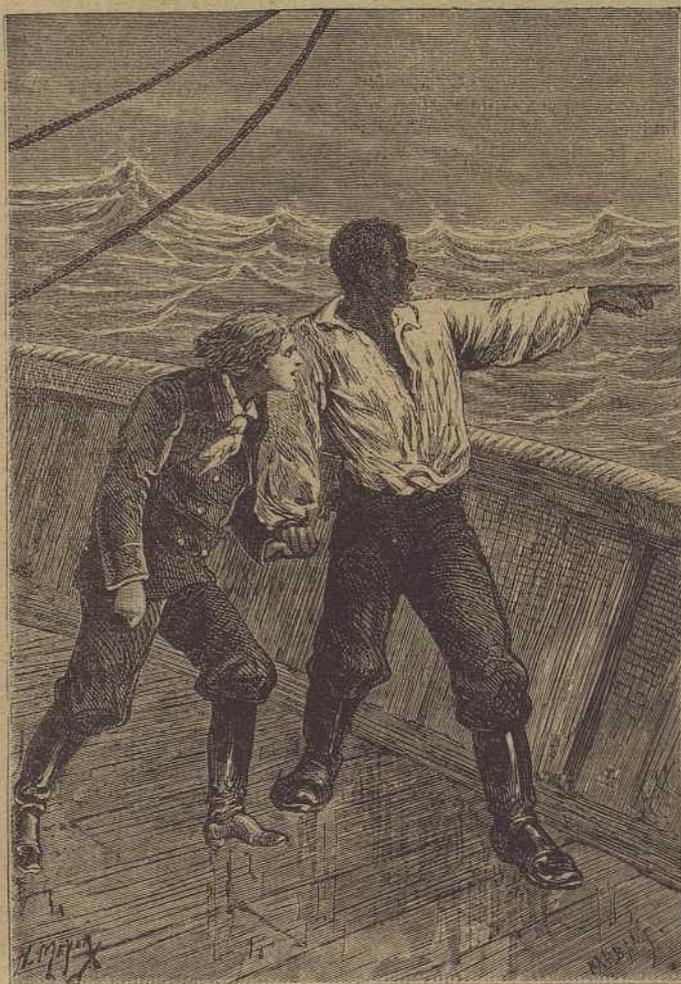
Una especie de cerro acababa de aparecer en un espacio claro que dejaron las brumas. Su vista de marino no podía engañarle.

—Al fin; gritó, al fin.

Y mientras él se sostenía febrilmente asido á los brandales, la señora Weldon apoyada en Hércules no dejaba de mirar aquella tierra casi inesperada.

La costa, formada por aquel cerro se veía entonces á unas 10 millas á sotavento por babor. La claridad se había hecho mayor entre dos nubes y se la veía mas distintamente. Era sin duda algun promontorio del continente americano. El *Pilgrim* sin velamen no estaba en estado de ponerle la proa pero no podía menos de tomar tierra en él.

Esto no sería cuestión mas que de algunas horas.



—Allí, respondió Hércules señalando un punto casi imperceptible.

Entonces eran las ocho de la mañana. Luego, seguramente antes de las doce el *Pilgrim* estaría muy cerca de la tierra.

A una señal hecha por Dick Sand, Hércules llevó á popa á la señora Weldon porque no hubiera podido sostenerse con la violencia del cabeceo.

El aprendiz permaneció todavía un instante en la proa y despues volvió al timon al lado del viejo Tom. Al fin veía la costa tan tardíamente reconocida y tan ardientemente deseada pero la veía con cierto sentimiento de terror.

En efecto las condiciones en que se encontraba el *Pilgrim* es decir huyendo delante de la tempestad con la tierra á sotavento significaban una varada con todas sus terribles eventualidades.

Pasaron dos horas; el promontorio se mostraba entonces al través del buque.

En este momento se vió á Negro subir á la cubierta. Miró la costa esta vez con extrema atencion, movió la cabeza como el que sabe á que atenerse y bajó despues de haber pronunciado un nombre que nadie pudo oír.

Dick Sand trató de ver el litoral que debía desarrollarse detrás del promontorio.

Pasaron otras dos horas. El promontorio se levantaba por babor á popa pero la costa no se dibujaba aun.

Entre tanto el cielo se despejaba en el horizonte y una costa alta como precisamente debía ser la tierra americana, limitada por la enorme cordillera de los Andes debía ser visible aun desde mas de 20 millas de distancia.

Dick Sand tomó su catalejo y lo paseó lentamente por todo el horizonte del Este.

Nada, nada se veía.

A las dos de la tarde se habia borrado todo resto de tierra por la popa del *Pilgrim*. Por la proa el antejo no podia distinguir ni un perfil cualquiera de una costa alta ó baja.

Entonces se escapó un grito á Dick Sand; dejando enseguida la cubierta bajó precipitadamente al camarote donde estaban la señora Weldon con Juanito Nan y el primo Benedicto.

—Una isla, no era mas que una isla; dijo.

—Una isla, Dick, ¿pero cual? preguntó la señora Weldon.

—La carta nos lo dirá; respondió el aprendiz.

Y corriendo á su cámara trajo la carta de abordo.

—Aquí, señora Weldon, aquí, dijo. Esta tierra que hemos reconocido, este punto perdido en medio del Pacífico, no puede ser otro que la isla de Pascuas. No hay otra en estos sitios.

—¿Y la hemos dejado atrás? preguntó la señora Weldon.

—Sí, muy á barlovento,

La señora Weldon miró atentamente la isla de Pascuas, que no era mas que un punto imperceptible en el mapa.

—¿Y á qué distancia está de la costa americana?

—A treinta y cinco grados.

—¿Lo cual hace?..

—Cerca de dos mil millas.

—¿Entonces el *Pilgrim* no ha andado nada cuando nos encontramos tan lejos del continente?

—Señora Weldon, respondió Dick Sand pasándose la mano por la frente como para reconcentrar sus ideas, no lo sé... No puedo explicar este increíble retraso... No, no puedo... A menos que no hayan sido falseadas las indicaciones de la brújula... Pero esta isla no puede ser otra que la isla de Pascuas, puesto que hemos debido huir hácia el Nordeste, con el viento por la popa y hay que dar gracias al cielo por que me ha permitido conocer nuestra posición. Sí, esta es la isla de Pascuas. Sí, aun está á dos mil millas de la costa. Pero al fin sé donde nos ha lanzado la tempestad, y si se tranquiliza podremos atracar con fortuna al continente americano. Ahora á lo menos no estará perdido nuestro buque en la inmensidad del Pacífico.

Todos los que le oyeron hablar, participaron de la confianza de que daba pruebas el aprendiz, y hasta la señora Weldon se dejó dominar de ella. Verdaderamente no parecía sino que aquellas pobres gentes, estaban al fin de sus trabajos y que el *Pilgrim* á la vista del puerto no esperaba mas que la pleamar para entrar, en él.

La isla de Pascuas, cuyo verdadero nombre es Vai-Hou descubierta por David en 1686, visitada por Cook y Laperouse está situada á los 27° de latitud Sud y 112° de longitud Este. Si el bergantín goleta había sido arrastrado á mas de quince grados al Norte, se debía sin duda á la tempestad del Sudoeste delante de la cual tuvo necesidad de huir.

El *Pilgrim*, pues, se encontraba todavía á dos mil millas de la costa. Sin embargo, bajo el impulso del viento que sopla aun con fuerza, debía en menos de diez dias llegar á un punto cualquiera del litoral del Sud de América.

¿Pero no podía esperarse que así como había dicho el aprendiz el tiempo se hiciera mas manejable y fuera posible poner alguna vela cuando se hubiera reconocido la tierra?

Esta era la esperanza de Dick Sand, y se decía á sí mismo que aquel huracan que duraba desde hacía tantos dias, concluiría por apaciguarse. Y ahora que gracias al reconocimiento de la isla de Pascuas sabia exactamente su posición, creía con fundamento que ya era dueño de su buque y que sabia conducirlo á puerto seguro.

Si; desde que conoció como por un favor providencial este punto aislado en medio de la mar, Dick Sand había recobrado su confianza. Había marchado siempre al capricho del huracan que no podía dominar, y ya á lo menos no iba á ciegas.

Por lo demás, sólidamente construido y arbolado el *Pilgrim* había sufrido muy poco en los rudos ataques de la tempestad. Sus averías se reducían únicamente á la pérdida de la gavia y del petifoque, pérdida que le sería fácil reparar. Ni una gota de agua

había penetrado por las juntas bien calafateadas del casco y de la cubierta. Las bombas estaban perfectamente libres. Bajo este punto de vista no había nada que temer.

Quedaba solamente aquel interminable huracan cuyo furor parecia que nada debía moderar. Si en cierto modo Dick Sand podia poner su buque en estado de luchar con la tormenta, no podia mandar al viento que se calmara, á las olas que se apaciguaran y al cielo que se serenara. Si á bordo él era el amo despues de Dios, fuera de á bordo Dios mandaba en el viento y en las aguas.

### CAPITULO XIII.

¡TIERRA!—¡TIERRA!

Sin embargo, esta confianza de que instintivamente se iba llenando el corazon de Dick Sand iba á ser en parte justificada.

En la mañana del 28 de marzo la columna mercurial se elevó en el tubo barométrico. La oscilacion no fue ni brusca ni considerable: solo algunas líneas, pero parecia que debía continuar la progresion. La tempestad iba á entrar evidentemente en su periodo de decrecimiento, y si la mar continuaba escesivamente dura se podia asegurar que el viento disminuiría corriéndose ligeramente hácia el Oeste.

Dick Sand no podia pensar todavía en poner ninguna vela; la mas pequeña se la hubiera llevado el viento. Sin embargo esperaba que no pasarian veinticuatro horas sin que le fuese posible largar un tormentin.

En efecto, durante la noche el viento amainó notablemente si se le comparaba con lo que hasta entonces había sido, y el buque ya no fue tan sacudido por los violentos balances que habían amenazado destrozarle.

Los pasajeros comenzaron á reaparecer sobre cubierta; ya no corrían riesgo de ser llevados por algun golpe de mar.

La señora Weldon fue la primera que dejó la cámara en que Dick Sand, por precaucion, le había obligado á encerrarse durante todo el tiempo que reinó esta larga tempestad. Fué á hablar con el aprendiz, al que una voluntad verdaderamente sobre humana, había hecho capaz de resistir tantas fatigas. Delgado, pálido, renegrido por el aire del mar, parecia debilitado por la privacion del sueño, tan necesario á su edad. No; su robusta naturaleza lo resistía todo. Acaso algun dia pagaría caro este periodo de pruebas; pero no era el momento de dejarse abatir. Dick Sand había pensado todo esto y la señora Weldon le encontró tan enérgico como siempre.

Además, el valiente Sand tenia ya confianza, y si la confianza no se impone al menos ella impone.

—Dick, hijo mio, mi capitán; dijo la señora Weldon tendiéndole la mano.

—¡Ah, señora Weldon! exclamó Dick Sand sonriéndose, desobedeceis á vuestro capitán; volveis á cubierta; dejais vuestra cámara, á pesar de sus.... ruegos.

—Sí, te desobedezco; respondió la señora Weldon; pero tengo como un presentimiento de que la tempestad se calma ó va á calmarse.

—Se calma en efecto, señora Weldon; replicó el aprendiz. No os engañáis. El barómetro no ha bajado desde ayer; el viento ha amainado y creo que nuestras terribles pruebas han concluido ya.

—El cielo te oiga, Dick, ¡Ah, cuanto ha padecido mi pobre niño! Tú has hecho aquí....

—Mi estricto deber, señora Weldon.

—¿Al fin vas á poder descansar?

—¿Descansar? replicó el aprendiz. No tengo necesidad de descansar, señora Weldon, estoy bien á Dios gracias, y es necesario que vaya hasta el fin. Me habeis nombrado capitan y seré capitan hasta el momento en que todos los pasajeros del *Pilgrim* estén en seguridad.

—Dick, replicó la señora Weldon, mi marido y yo no olvidaremos nunca lo que acabas de hacer.

—Dios lo ha hecho todo, respondió Dick Sand, todo.

—Hijo mio, te repito que por tu energia moral y fisica, te has mostrado hombre, y hombre digno de mandar, y antes de mucho, tan pronto como tus estudios estén terminados mandarás un buque de la casa James W. Weldon. Mi marido no me desmentirá.

—Yo... yo... exclamó Dick Sand, cuyos ojos se velaron de lágrimas.

—Dick, respondió la señora Weldon, tú eras ya nuestro hijo adoptivo, pero ahora eres nuestro hijo el salvador de tu madre y de tu hermano Juanito. Mi querido Dick, yo te abrazo por mi marido y por mí.

La valerosa mujer habria querido no enternecerse teniendo al aprendiz entre sus brazos, pero su corazon se desbordaba. En cuanto á los sentimientos que Dick Sand experimentaba, ¡qué pluma podria describirlos! Se preguntaba si él podia hacer mas que dar su vida por sus bienhechores y aceptaba por ellos todos los trabajos que en el porvenir se le pudieran presentar.

Despues de esta conversacion Dick Sand se encontró mas fuerte. Si el viento se hacia manejable y le permitia establecer alguna vela, ya no dudaba de que podria dirigir el barco hacia un puerto en el cual todos los que iban á bordo encontrarían al fin la salvacion.

El 29 el viento disminuyó un poco y Dick Sand pensó en restablecer la mesana y la gavia, aumentando por consiguiente la velocidad del *Pilgrim* y asegurando su direccion.

—Vamos, Tom; vamos, amigos míos, exclamó cuando subió sobre cubierta al romper el dia. Venid, necesito de vuestros brazos.

—Estamos dispuestos, capitan Sand, replicó el viejo Tom.

—Dispuestos á todo, añadió Hércules. Como no habia nada que hacer durante la tempestad yo principiaba ya á enmoheceme.

—Debias haber soplado con tu gran boca, dijo Juanito. Apuesto á que tu soplo habria sido mas fuerte que el viento.

—Es ¡buena idea! Juanito, respondió Dick Sand sonriendo, en cuanto tengamos calma haremos soplar á Hércules las velas.

—A vuestras órdenes, señor Dick, respondió el valiente negro inflando sus carrillos como un gigantesco Borces.

—A hora, amigos míos, repuso el aprendiz, vamos á principiar por envergar una vela de repuesto ya que la tormenta se llevó nuestra gavia. Será un poco difícil, pero hay que hacerlo.

—Se hará, respondió Acteon.

—¿Puedo yo ayudaros? preguntó Juanito dispuesto siempre á la maniobra.

—Sí, Juanito, replicó el aprendiz. Te pondrás al timon con nuestro amigo Bat y le ayudarás á gobernar.

Es supérfluo decir lo orgulloso que Juan se puso con ser ayudante de timonel del *Pilgrim*.

—Ahora manos á la obra y espongámonos lo menos que sea posible, dijo Dick Sand.

Los negros guiados por el aprendiz, comenzaron enseguida la tarea. Envergar una gavia, presentaba algunas dificultades para Tom y sus compañeros.

Se trataba de izar primero la vela arrollada y fijarla despues á la verga.

Sin embargo Dick Sand mandó tan bien y fué tan

bien obedecido, que al cabo de una hora de trabajo la vela estaba envergada, la verga izada y la gavia convenientemente puesta con dos rizos.

En cuanto á la mesana y al segundo foque, que habian sido cargados antes de la tempestad, pudieron ser colocados sin gran trabajo á pesar de la fuerza del viento.

Por último, á las diez de la mañana de este dia, el *Pilgrim* marchaba al rumbo con su mesana, su gavia y su foque.

Dick Sand no habia juzgado prudente poner mas velas; las que llevaba debian asegurarle mientras el viento no amainase una velocidad de doscientas millas lo menos en cada venticuatro horas que era lo que necesitaba para encontrar la costa americana antes de diez dias.

Cuando volvió al timon á tomar su sitio, estaba verdaderamente satisfecho despues de dar las gracias al señor Juan, el ayudante de timonel del *Pilgrim*. Ya no iba á merced de las olas; estaba en un buen camino y su alegría se comprenderá por aquellos que están un poco familiarizados con las cosas de mar.

Al dia siguiente las nubes corrian con la misma velocidad; pero dejaban entre sí grandes huecos por los cuales se proyectaban los rayos del sol hasta la superficie de las aguas. El *Pilgrim* de vez en cuando estaba inundado de sol. ¡Qué magnífica cosa es esta luz vivificante! Algunas veces se ocultaba detrás de anchas masas de vapores que marchaban hacia el Este, despues reaparecia para desaparecer en seguida, pero el tiempo iba mejorando.

Se habian abierto los pañoles á fin de ventilar el interior del buque. El aire salubre penetró en la bodega en el cuadrado de popa y en la cámara de la tripulacion. Pusiéronse á secar las velas húmedas que se estendieron sobre las maderas de respeto. Limpióse tambien la cubierta, pues Dick Sand no queria que su buque entrara en puerto sin haberse aseado un poco. Sin necesidad de rendir á la tripulacion, bastaba emplear algunas horas cada dia en esta operacion para llevarla á buen fin.

Aunque el aprendiz no podia echar la corredera tenia sin embargo bastante costumbre de estimar la estela de un buque para conocer así su velocidad. No dudaba por consiguiente que veria la tierra antes de siete dias, y de esta opinion hizo participar á la señora Weldon, despues de haberla enseñado en el mapa la posicion probable del buque.

—Pues bien, mi querido Dick, ¿á qué punto de la costa llegaremos? le preguntó.

—Aquí, señora Weldon, repuso el aprendiz indicando el largo cordon litoral que se estiende desde el Perú á Chile. No puedo ser mas preciso. Aquí está la isla de Pascuas que hemos dejado al Oeste y por la direccion del viento que ha sido constante, yo creo que veremos la tierra al Este. Los puertos donde podremos atracar son muchos en esta costa, y en este momento no me es posible determinar cual será el que se presente á la vista en el momento de tocar á la tierra.

—Pues bien, Dick, cualquiera que fuere ese puerto, bien venido sea.

—Sí, señora Weldon, y en él encontrareis seguramente los medios de volver muy pronto á San Francisco. La Compañia de navegacion del Pacifico tiene un servicio muy bien organizado en este litoral. Sus vapores tocan en los principales puntos de la costa y nada os será mas fácil que tomar pasaje para la California.

—¿No piensas llevar el *Pilgrim* á San Francisco? preguntó la señora Weldon.

—Sí, señora Weldon, despues que hayais desembarcado. Si podemos proporcionarnos un oficial y una tripulacion, entonces iremos á descargar á Valparaiso que es lo que precisamente debia hacer el

capitan Hull. Despues nos volveremos á nuestro puerto de partida. Pero esto os retrasaria demasiado, aunque siento mucho separarme de vos...

—Bien, Dick, respondió la señora Weldon. Ya veremos despues lo que conviene hacer. ¿Dime, temes tú los peligros que presenta la tierra?

—Son de temer, en efecto, respondió el aprendiz, pero yo tengo confianza en encontrar algun buque en estos sitios, y me sorprende el no haber visto ninguno ya. Con uno solo que pase nos pondremos en comunicacion con él y nos dará nuestra exacta situacion, lo cual nos facilitará mucho la llegada á vista de tierra.

—¿No hay prácticos para el servieio de esta costa? preguntó la señora Weldon.

—Debe haberlos, respondió Dick Sand, pero mucho mas cerca de tierra. Es preciso, pues, que continuemos aproximándonos.

—Y ¿si no encontramos práctico?... preguntó de nuevo la señora Weldon, que insistió por saber como atenderia el aprendiz á todas las eventualidades.

—En ese caso, señora Weldon, ó el tiempo habrá aclarado, el viento será manejable y procuraré subir la costa, muy cerca de ella, para encontrar un refugio, ó el viento refrescará, y entonces.....

—Entonces ¿qué harás, Dick?

—Entonces, en las condiciones en que se encuentra el *Pilgrim*, respondió Dick Sand, una vez próximo á tierra será muy difícil de echarnos fuera.

—Y ¿qué harás? repitió la señora Weldon.

—Entonces no tendré mas remedio que embarrancar el buque, respondió el aprendiz, cuya frente se oscureció un instante. ¡Ah! es un duro extremo y Dios querrá que no nos veamos reducidos á él. Pero os lo repito, señora Weldon, la apariencia del cielo es tranquilizadora y no es posible que dejemos de encontrar un buque ó un bote-práctico. Tengamos esperanza. Llevamos la proa á la tierra y la veremos muy pronto.

En efecto; embarrancar un buque en la costa es el último extremo, al que solo en casos desesperados puede recurrir el mas enérgico marino. Asi Dick Sand no queria preverlo mientras que tuviera algun medio de evitarlo.

Durante algunos dias, el estado de la atmósfera presentó alternativas que de nuevo inquietaron al aprendiz. El viento continuaba muy fuerte y algunas oscilaciones de la columna barométrica indicaban que tendia á refrescar. Preguntábase, no sin algun cuidado Dick Sand, si se veria aun otra vez obligado á huir á palo seco. Tenia tal interés en conservar por lo menos la gavia, que resolvió cargarla hasta que no corriese riesgo de ser llevada por el viento; mas para asegurar la fuerza de los palos, hizo reforzar los obenques y brandrales. Era necesario, ante todo, no comprometer la situacion del *Pilgrim*, que podia ser de las mas graves si se veia falto de su arboladura.

Una ó dos veces tambien el barómetro subió y pudo temerse que el viento cambiara radicalmente, es decir que pasara al Este. En ese caso habria sido necesario conirle lo mas posible.

Nueva ansiedad para Dick Sand. ¿Qué habria hecho con un viento contrario! ¿Correr bordadas? Si se veia obligado á esto ¿cuánto retraso y que riesgo de ser rechazado hácia alta mar!

Por fortuna estos temores no se realizaron. Despues de haber variado el viento durante algunos dias rotando ya al Norte, ya al Sur se fijó definitivamente en el Oeste; pero siempre soplando con la fuerza de brisa refrescadora que fatigaba la arboladura.

Era el 5 de abril. Hacia mas de dos meses que el *Pilgrim* habia salido de Nueva Zelanda. Durante veinte dias vientos contrarios y largas calmas habian

retardado su marcha. Despues se habia encontrado en condiciones favorables para acercarse rápidamente á tierra. Aun durante la tempestad, su velocidad debió ser muy considerable. Dick Sand la estimaba por término medio, en 200 millas por dia. ¿Cómo no habian reconocido ya la costa? ¿Huía delante del *Pilgrim*? Era esto absolutamente inesplicable.

Y sin embargo no se veia ninguna tierra á pesar de que uno de los negros estaba constantemente en los topes.

El mismo Dick Sand subia con frecuencia; desde allí con el antejo fijo trataba de descubrir alguna apariencia de montañas. La cadena de los Andes es muy elevada. Trataba por consiguiente de buscar en la region de las nubes algun pico que hubiera sobresalido entre los vapores del horizonte.

Muchas veces Tom y sus compañeros se engañaron por falsos indicios de tierra. No eran mas que vapores de formas estrañas, que se levantaban al extremo del horizonte.

Sucedió tambien que aquella buena gente se obs tinó alguna vez en su afirmacion; pero despues de cierto tiempo, se vió obligada á reconocer que habia sido víctima de una ilusion de óptica. La pretendida tierra se alejaba, cambiaba de forma y acababa por desaparecer completamente.

El 6 de abril no hubo ya duda posible.

Eran las 8 de la mañana. Dick Sand acabó de subir á las vergas en el momento en que las brumas se condensaron bajo los primeros rayos del sol y en que el horizonte se presentaba mas despejado.

Entonces de su boca se escaparon las palabras tan esperadas:

—Tierra, tierra á la vista.

Al oír aquel grito todos acudieron sobre cubierta, Juanito curioso como niño de su edad, la señora Weldon cuyas fatigas iban á cesar al desembarcar, Tom y sus compañeros que al fin iban á poner el pie en el continente americano y hasta el primo Benedicto que esperaba recoger toda una rica coleccion de insectos nuevos para él.

Solo Negoro no se presentó.

Poco despues todos vieron lo que Dick Sand habia visto, los unos muy distintamente, los otros con los ojos de la fé. Pero el aprendiz tan habituado á observar los horizontes de mar no tenia duda alguna, ni podia equivocarse y una hora despues todos tuvieron que convenir en que no se habia engañado.

A distancia de 4 millas hácia el Este se destacaba una costa con bastante agua ó á lo menos parecia tal. Debia estar dominada por la alta cordillera de los Andes, pero la última zona de nubes no permitia ver la cima de los montes.

El *Pilgrim* corria directa y rápidamente hácia aquel litoral, cuyas disposiciones iban aumentando considerablemente.

Dos horas despues se hallaba á 3 millas.

Aquella parte de la costa terminaba hácia el Nord-este en un promontorio bastante elevado que cubria una especie de rada sin abrigo. Hácia el Sudeste por el contrario, se prolongaba como una lengua fina de tierra.

Varios árboles coronaban una serie de peñascos poco elevados que á la sazón se destacaban sobre el azul del cielo. Pero era evidente, dado el carácter geográfico del pais que la alta cordillera de los Andes formaba su segundo término.

Por lo demás no se veia habitacion de ninguna especie, ni embocadura de rio que pudiese servir de refugio á un buque.

En aquel momento el *Pilgrim* corria directamente hácia tierra. Con el poco velamen de que disponia teniendo el viento contrario, Dick Sand no hubiera podido llegar á la costa.



—Mi querido Dick, yo te abrazo por mí y por mi marido.

Hacia la proa se alineaba una larga zona de arrecifes sobre los cuales el mar se rompía dejando una blanca espuma. Veíanse las olas cubrir hasta la mitad de las peñas; indudablemente debía haber allí una resaca monstruosa.

Dick Sand después de haber estado en el castillo de proa algunos momentos, observando la costa, volvió á popa y sin decir palabra tomó la barra del timón.

El viento seguía refrescando. El bergantín estuvo en breve á una milla de la costa.

Dick Sand vió entonces una especie de pequeña bahía en la cual resolvió entrar. Pero antes de llegar á ella era preciso atravesar una línea de arrecifes entre los cuales era difícil encontrar paso. La resaca no cesaba y no había bastante agua en ninguna parte de aquellos sitios.

En aquel momento Dingo que iba y venía por la cubierta, se lanzó á proa y mirando á tierra dió lamentos lastimeros, como si hubiese conocido aquel litoral y su instinto le recordase algún acontecimiento doloroso.

Negoro le oyó sin duda, porque un sentimiento irresistible le lanzó fuera de su camarote y por mas que temiese al perro llegó á poner los codos sobre el parapeto.

Por fortuna suya Dingo, cuyos tristes lamentos se dirigían hácia la tierra, no le vió.

Negoro miraba la furiosa resaca y no parecía asustarle.

La señora Weldon que le observaba creyó ver que su rostro se enrojecía ligeramente y que se contrajo por un momento su fisonomía.

¿Conocía aquel punto del continente á donde los vientos empujaban al *Pilgrim*?

En aquel momento Dick Sand abandonó la caña del timón dejándosela al viejo Tom; por última vez miró la ensenada que se abría poco á poco y luego dijo con voz firme:

—Señora Weldon, no tengo esperanza de hallar refugio. Antes de media hora, á pesar de todos mis esfuerzos, el *Pilgrim* estará sobre los arrecifes. Es preciso dirigirnos sobre la costa. No llegará el buque al puerto; me veo obligado á perderle para sal-



- Aquí, señora Weldon, repuso el aprendiz.

varos; pero entre vuestra salvacion y la suya no puedo vacilar.

—Has hecho todo lo que dependia de tí Dick Sand? preguntó la señora Weldon.

—Todo, respondió el jóven aprendiz.

Inmediatamente hizo sus preparativos para encallar.

En primer lugar la señora Weldon, Juanito, el primo Benedicto y Nan, tuvieron que ponerse los cinturones de salvamento. Dick Sand, Tom y los negros, hábiles nadadores, se dispusieron tambien para el caso en que fuesen precipitados al mar.

Hércules debia particularmente atender á la señora Weldon. El aprendiz se encargaria de Juanito; el primo Benedicto, muy tranquilo por lo demás, se presentó sobre cubierta con su caja de entomologista pendiente al hombro; el aprendiz lo recomendó á Bat y Austin. En cuanto á Negoro, su calma singular decia bastante que no tenia necesidad del auxilio de nadie.

Dick Sand, para mayor precaucion, hizo subir al

castillo de popa 10 barriles del cargamento que contenian aceite de ballena.

Este aceite vertido oportunamente, cuando el *Pilgrim* estuviera envuelto entre la resaca, debia calmar un instante el mar lubricando, por decirlo asi, las moléculas del agua, maniobra que quizá facilitaria el paso del buque entre los arrecifes.

Dick Sand no queria olvidar nada de lo que pudiera asegurar la salvacion comun.

Tomadas todas estas precauciones, el aprendiz volvió á su sitio junto á la rueda del timon.

El *Pilgrim* no estaba mas que á dos cables de la costa, es decir; casi tocando los arrecifes. Su costado de estribor se bañaba ya en la espuma blanca de la resaca y el aprendiz á cada momento podia creer que la quilla del buque iba á chocar en alguna roca.

De repente, por el cambio de color del agua conoció que se ensanchaba el paso entre los arrecifes. Era preciso penetrar entre ellos sin vacilacion á fin de tener mas cerca la costa en el momento supremo.

El aprendiz no vaciló. Un movimiento de la caña

lanzó al buque en el estrecho sinuoso aunque en aquel paraje el mar estaba mas furioso que en los demás; las olas llegaban hasta sobre cubierta.

Los negros estaban á proa, cerca de las barricas, esperando las órdenes del aprendiz.

—¡Arrojad el aceite, arrojad el aceite! gritó Dick Sand.

Bajo aquel aceite, que le arrojaron á torrentes, el mar se calmó como por encanto, salvo el volver mas espantosamente todavia un instante despues.

El *Pilgrim* se deslizó rápidamente sobre aquellas aguas lubricadas dirigiéndose á la playa.

En aquel momento se sintió un choque: el buque levantado por una ola formidable acababa de encallar y su arboladura habia caido sin herir á nadie.

El casco del *Pilgrim*, entreabierto á consecuencia del choque, fue invadido por el agua con gran violencia. Pero la playa no estaba mas que á medio cable de distancia y unas peñas negruzcas permitian llegar á ella fácilmente. Diez minutos despues la tripulacion y pasajeros del *Pilgrim* habian desembarcado al pie de una alta roca.

## CAPITULO XIV.

### LO QUE CONVIENE HACER.

El *Pilgrim* acababa de encallar despues de una travesía largo tiempo contrariada por las calmas, luego favorecida por los vientos del Nordeste y del Sudeste, y que no habia durado menos de 74 dias.

Sin embargo, la señora Weldon y sus compañeros dieron gracias á la Providencia cuando estuvieron en seguridad. En efecto, era sin duda á un continente y no á una de las funestas islas de la Polonesia, donde les habia arrojado la tempestad. La llegada á su patria, cualquiera que fuese el punto de la América del Sur en que hubiesen tomado tierra, no debia, al parecer, ofrecer serias dificultades.

El *Pilgrim* estaba perdido: no era mas que un casco sin valor, cuyos restos dentro de pocas horas habrian desaparecido á impulsos de la resaca, sin que fuera posible salvar nada. Pero si Dick Sand no tenia la satisfaccion de volver á su armador un buque intacto, á lo menos, gracias á él, los que le tripulaban estaban sanos y salvos en una costa hospitalaria y entre ellos la esposa y el hijo de James Weldon.

En cuanto á saber la parte del litoral americano donde el bergantin goleta habia encallado, se habria necesitado discutir largamente la cuestion antes de resolverla. Dick Sand suponía que aquella playa debia ser la del Perú, porque según la situacion de la isla de Pascuas, el *Pilgrim* habia sido rechazado hácia el Nordeste por los vientos y sin duda por las corrientes de la zona equatorial de manera que desde el grado 43 de latitud habia podido muy bien derivar hasta el 45.

Era, pues; importante saber á punto fijo el sitio preciso de la costa donde habia encallado el bergantin goleta. Si era la del Perú, no faltaba puerto ni poblacion y por consiguiente seria fácil llegar á algun sitio habitado. Por lo demás, aquella parte del litoral parecia desierta.

Era una playa estrecha, sembrada de peñas negras y terminada por una roca de mediana altura, cortada muy irregularmente por anchos embudos debidos á su rotura. Acá y allá era una pendiente suave; daba acceso hasta la cresta de la misma roca.

Hácia el Norte, á media milla del sitio donde habia encallado, se abria la embocadura de un riachuelo que desde el mar no habian podido ver. En sus orillas crecian muchos rizóforos, especies de manglares esencialmente distintos de sus congéneres de la India.

La cresta de la roca como se conoció en breve, estaba dominada por un espeso bosque, cuya verde masa ondulaba á impulsos del aire y se extendia hasta las montañas que se veian en segundo término. Allí si el primo Benedicto hubiera sido botánico ¡cuántos árboles nuevos para él hubieran excitado su admiracion!

Eran altos boabales, á los cuales se ha atribuido falsamente una longitud extraordinaria, cuya corteza parecia sienita egipcia; lataneros, pinos, albares, tamarindos, árboles de especie de un género particular, y otros cien vegetales que un norte-americano no está acostumbrado á ver en la region septentrional del nuevo continente. Pero ¡cosa curiosísima! entre aquellas especies forestales, no se encontraba ni un solo ejemplo de la numerosa familia de las palmeras que cuenta mas de mil especies esparcidas con profusion por casi toda la superficie del globo.

Por cima de la playa revoloteaban en gran número aves muy chillonas que pertenecian en su mayor parte á diferentes variedades de golondrinas, de pluma negra con reflejos de azul de acero y de un color rubio castaño en la parte superior de la cabeza. Acá y allá se levantaban tambien algunas perdicis con el cuello enteramente lleno de pelo y de color gris.

La señora Weldon y Dick Sand, observaron que estos volátiles no parecian demasiado huraños. No mostraban temor cuando alguno se les acercaba. ¿No habian aprendido todavia á temer la presencia del hombre? ¿Se hallaba tan abandonada aquella costa que no se habia oido jamás en ella la detonacion de un arma de fuego?

Por la línea que formaban los escollos se paseaban algunos pelicanos de la especie *pelicanus minor* ocupados en llenar de peces el saco que llevan entre las ramas de su mandíbula inferior.

Algunas gaviotas procedentes del mar comenzaban á girar en torno del *Pilgrim*.

Pero aquellas aves eran los únicos seres vivos que al parecer precuenteaban la parte del litoral donde se hallaban nuestros naufragos, sin contar quizá muchos insectos interesantes que el primo Benedicto sabria descubrir. Pero por mas que quisiera Juanito no era posible preguntarles el nombre del país, y para saberlo era necesario dirigirse á alguna persona indígena.

No habia, como hemos dicho, ó á lo menos no se veía ni una sola persona ni tampoco habitacion de ninguna especie ni hácia el Norte del otro lado del riachuelo, ni hácia el Sur, ni hácia la parte superior de la roca entre los árboles del espeso bosque. No se veía salir humo de ninguna parte, ni indicio, ni marca ó señal que indicase que aquel punto del continente estuviera visitado por seres humanos.

Dick Sand no dejaba de mostrarse sorprendido.

—¿Dónde estamos? ¿dónde podemos estar? se preguntaban.

Nadie tenemos aquí á quien preguntarlo.

Nadie en verdad y seguramente si algun indígena se hubiera acercado, Dingo lo hubiera advertido y anunciado por medio de un ladrido, pues que iba y venia por la playa olfateando el suelo con la cola baja gruñendo sordamente en actitud muy singular, pero sin que diera indicios de la aproximacion de ningun hombre ni de ningun animal.

—Dick Sand, miró á Dingo y dijo á la señora Weldon: parece que Dingo olfatea algo.

—Sí, es extraño, respondió el aprendiz. Parece que trata de encontrar alguna pista.

—Muy extraño es, en efecto, murmuró la señora Weldon.

Despues como recordando algun pensamiento anterior, preguntó:

—¿Qué hace Negoro?

—Lo mismo que Dingo, respondió Dick Sand, va y viene.... De todos modos aquí es libre y no tengo derecho á darle órdenes. Su servicio ha concluído con la pérdida del *Pilgrim*.

En efecto, Negoro se paseaba por la playa, se volvía, miraba la orilla y las rocas como hombre que hubiera tratado de reunir sus recuerdos y fijarlos. ¿Conocía el país? Probablemente se hubiera negado á responder á esta pregunta si se le hubiera hecho. Lo mejor era no ocuparse de aquel personaje tan poco sociable. Dick Sand le vió en breve dirigirse hácia el río, y cuando Negoro hubo desaparecido detrás de la roca, cesó de pensar en él.

Dingo había ladrado, es verdad, al dirigirse el cocinero á la playa, pero se había callado casi inmediatamente.

Era preciso atender á lo más urgente, y lo más urgente era encontrar un refugio, un abrigo cualquiera donde instalarse provisionalmente y tomar algún alimento. Despues se celebraría un consejo para decidir lo que conviniere.

Por lo que toca á la alimentación no había que temer. Sin hablar de los recursos que debía ofrecer el país, la despensa del buque se había vaciado en provecho de los pobres vivientes del naufragio. La resaca había arrojado entre los escollos por el reflujo y quedaban en seco algunos barriles de galleta, cajas de conservas alimenticias y de carne seca y una gran cantidad de objetos que Tom y sus compañeros habían recogido. El agua no las había averiado todavía, y por consiguiente la alimentación de los naufragos estaba asegurada para mayor tiempo del que necesitarían sin duda para llegar á una población cualquiera. Todos estos restos del naufragio puestos en lugar seguro, estaban á cubierto de la invasión de la alta marea.

Tampoco faltaba agua dulce. Desde el principio Dick Sand había cuidado de enviar á Hércules á buscar alguna cantidad al río. El vigoroso negro cargó con un tonel y le trajo lleno de agua fresca y pura que el reflujo de la marea dejaba perfectamente potable.

En cuanto al fuego, si había necesidad de encenderle, no faltaba leña muerta en los alrededores y las raíces de los viejos manglares debían suministrar todo el combustible necesario.

Ademas el viejo Tom, gran fumador, se había provisto de cierta cantidad de yesca, bien conservada en una caja herméticamente cerrada y cuando se quisiera se haría echar el estabon contra las piedras de la playa para encender la yesca.

No faltaba más que descubrir que una cueva ó un agujero donde pudiera guarecerse la pequeña colonia para el caso de que quisieran descansar una noche antes de ponerse en camino.

Juanito fue el que encontró el dormitorio que se necesitaba. Corriendo al pié de las rocas, descubrió una de esas grutas muy abiertas y muy bien pulimentadas que abren por sí mismas las aguas del mar cuando las olas engrosadas por la tempestad baten la costa.

Admirado el jóven, llamó á su madre dando gritos de júbilo, y la mostró su descubrimiento.

—Bien, Juanito, respondió su madre. Si estuviésemos destinados como Robinson á vivir largo tiempo en esta playa, no nos olvidáramos de dar tu nombre á esta gruta.

La gruta no tenía más que diez ó doce pies de profundidad y otros tantos de anchura, pero á los ojos de Juanito era una enorme caverna. En todo caso debía bastar para dar refugio á los naufragos, y observaron la señora Weldon y Nan con satisfacción, que estaba bastante seca. La luna se hallaba entonces en su cuarto creciente y no era de temer

que las mareas llegasen al pié de la roca y de la gruta por consiguiente. Así, pues, no se necesitaba más que descansar algunas horas.

Al cabo de diez minutos todos estaban tendidos sobre una alfombra de algas. Negoro mismo había creído de su deber reunirse con la pequeña colonia y tomar la parte de comida que se había realizado en comun. Sin duda no había juzgado á propósito quedarse solo entre el espeso bosque, al través del cual serpenteaba el sinuoso río.

Era la una de la tarde, la carne, la galleta, el agua dulce, adicionada con algunas gotas de rom, del cual se había salvado un barrilito, hicieron los gastos de aquella comida.

Pero si Negoro participó de ella, no se mezcló de modo alguno en la conversacion, en la cual se discutieron las medidas que exigían la situación de los naufragos, contentán lose con escuchar, sin parecer que lo hacía, y aprovechándose para en adelante de lo que pudo enterarse.

Entre tanto, Dingo, que no había sido olvidado, vigilaba fuera de la gruta, y sus habitantes podían estar tranquilos, porque ningún ser viviente se habría acercado á la playa sin que el fiel animal no hubiese dado la señal de alerta.

La señora Weldon, teniendo á su hijo casi dormido en la falda, tomó la palabra.

—Dick, amigo mio, en nombre de todos te doy las gracias por la adhesión que nos has mostrado hasta aquí; pero todavía tienes que hacer más. Serás nuestra guía en tierra como has sido nuestro capitán aborlo. Nos mereces toda nuestra confianza; habla, ¿qué debemos hacer?

La señora Weldon, el viejo Nan y sus compañeros todos, tenían la vista fija en el jóven aprendiz, y el mismo Negoro, con una insistencia singular. Evidentemente lo que iba á responder Dick Sand le interesaba de un modo particular.

Dick reflexionó durante algunos instantes y luego dijo:

—Señora Weldon, lo importante es saber ante todo, dónde nos hallamos. Creo que nuestro buque no puede haber arribado sino á la parte del litoral americano que forma la costa del Perú. Los vientos y las corrientes han debido traernos hasta esta latitud. ¿Pero estamos en alguna provincia meridional del Perú, es decir, en parte menos habitada que confina con las Pampas? Quizá; y aun lo creería al ver esta playa tan desierta y que debe ser muy poco frecuentada. En tal caso podría suceder que estuviéramos muy distantes aun de la población más insignificante, lo cual sería en verdad desagradable.

—¿Y qué hacer? repitió la señora Weldon.

—Me parece, contestó Dick Sand, que lo mejor sería no dejar este asilo hasta no estar seguros de nuestra situación. Mañana, despues de una noche de descanso, dos de nosotros podrán salir de descubierta, y sin alejarse demasiado, procurar buscar algunos indigenas, tomar noticias y volver á la gruta. ¿Es posible que en un radio de diez á doce millas no se encuentre nadie?

—¿Separarnos? dijo la señora Weldon.

—Me parece necesario, respondió el aprendiz. Si no se recoge ninguna noticia, y si, lo que creo posible, el país está absolutamente desierto, entonces trataremos de salir del paso de otro modo.

—¿Y quién de nosotros irá de descubierta? preguntó la señora Weldon despues de un instante de reflexion.

—Eso es lo que hay que decidir, respondió Dick Sand. Sin embargo, pienso que vos, señora Weldon, Juan, el señor Benedicto y Nan, no debéis salir de esta gruta, mientras que Tom y yo iremos á saber noticias. Negoro, ¿preferirá sin duda quedarse aquí? añadió Dick mirando al maestro cocinero.

—Probablemente, respondió Negoro, que no era hombre capaz de comprometerse mucho.

—Nos llevaremos á Dingo, añadió el aprendiz; porque nos será útil durante la exploracion.

Dingo, al oír pronunciar su nombre, se presentó á la entrada de la gruta, y con un débil ladrido pareció aprobar los proyectos de Dick. Cuando el aprendiz hubo hecho esta proposicion, la señora Weldon se quedó pensativa. Su repugnancia á la idea de una separacion, aunque fuese corta, era muy triste. ¿No podia suceder que el naufragio del *Pilgrim* fuera conocido en breve por las tribus indias que frecuentaban el litoral, ya del Norte, ya del Sur? Y en caso de que se presentaran merodeadores, ¿no valia mas estar reunidos todos para rechazarlos?

Esta objecion hecha á la proposicion de Dick Sand merecia en verdad ser discutida.

Pero no pudo sostenerse contra los argumentos del jóven aprendiz, el cual observó que los indios no debian ser confundidos con los salvajes del Africa ó de la Polinesia, y que no era probable una agresion de su parte. Por el contrario, sujetarse á estar en un país sin saber siquiera á qué provincia de la América del Sur pertenecia, ni á qué distancia se hallaba la poblacion mas pequeña de la provincia, era esponerse á muchos quebrantos. La separacion, sin duda, podia tener inconvenientes, pero eran menores que los que presentaban aquella marcha de ciegos por un bosque que parecia prolongarse hasta la base de las montañas.

—Por lo demás, repitió Dick Sand insistiendo, no puedo admitir que esta separacion sea larga; puedo afirmar que no lo será. Al cabo de dos días, si Tom y yo no hemos encontrado ni una habitacion ni un habitante, volveremos á la gruta. Pero esto es demasiado inverosímil y no estaremos veinte millas por el interior del país, sin que sepamos á punto fijo nuestra situacion geográfica. Tambien puedo haberme engañado en mis cálculos, pues no he tenido los medios suficientes para fijar nuestra posicion astronómicamente, y no seria imposible que estuviésemos en una latitud mas alta ó mas baja de la que yo creo.

—Sí... tienes razon, hijo mio, respondió la señora Weldon con tristeza.

—Y vos, señor Benedicto, preguntó Dick Sand, ¿qué pensais de este proyecto?

—¿Yo? respondió el primo Benedicto.

—Sí; ¿cuál es vuestro parecer?

—Yo no tengo opinion, respondió el primo Benedicto. Encuentro bueno todo lo que se dispone y haré todo lo que se quiera. Si quereis permanecer aquí un día ó dos lo acepto; emplearé el tiempo en estudiar esta playa bajo el punto de vista entomológico.

—Hágase, pues, lo que se ha dispuesto, dijo la señora Weldon á Dick Sand. Nosotros permaneceremos aquí y tú marcharás con Tom.

—Convenido, dijo el primo Benedicto con el aire mas sereno del mundo. Yo haré una visita á los insectos del país.

—No os alejéis mucho, Señor Benedicto, dijo el aprendiz; tened presente esta recomendacion.

—No tengas cuidado, muchacho.

—Y sobre todo no traigais muchos mosquitos, añadió el viejo Tom.

Pocos momentos despues del entomologista, llevando pendiente al hombro su preciosa caja de hoja de lata, salió de la cueva.

Casi al mismo tiempo Negoro la abandonaba tambien.

Era un hombre á quien parecia la cosa mas sencilla del mundo no cuidarse sino de sí mismo. Pero mientras el primo Benedicto subia la cuesta de las peñas para explorar el extremo del bosque, Ne-

goro volvía hácia el río, se alejaba á pasos lentos y subía corriendo arriba por segunda vez.

Juanito continuaba durmiendo. La señora Weldon, dejándole en las rodillas de Nan, bajó entonces hácia la playa; Dick y sus compañeros la siguieron: tratábase de ver si el estado del mar lo permitia; si se podia llegar hasta el casco del *Pilgrim*, donde se hallaban varios objetos que podian ser útiles á la pequeña colonia.

Los arrecifes en que habia encallado el bergantin goleta estaban ya en seco. En medio de los restos de toda especie se levantaba el casco del buque, que habia estado cubierto en parte por la marea alta. Esto no dejó de admirar á Dick Sand, porque sabia que las mareas no son muy grandes en el litoral americano del Pacífico, pero el fenómeno podia explicarse quizá por el furor del viento que habia bañando la costa.

Al volver á ver su buque los señores Weldon y sus compañeros, espermentaron una impresion penosa. Allí era donde habian vivido largos días, y donde habian experimentado grandes penas. El aspecto del pobre barco medio roto, sin mástiles ni velas, tumbado sobre el costado como un ser privado de vida, les oprimió dolorosamente el corazón.

Pero era preciso visitar aquel casco antes que el mar viniera á concluir de destruirlo.

Dick Sand y los negros pudieron introducirse fácilmente en el interior, y despues de haber subido á cubierta por medio de las cuerdas que pendian sobre el costado. Mientras Tom, Hércules, Bac y Austin se ocupaban en sacar de la despensa todo lo que pudiera serles útil, tanto en comestibles como en líquidos, el aprendiz penetró en la cámara. Gracias á Dios, el agua no habia entrado en aquella parte del buque, cuya popa habia quedado fuera de las aguas desde el naufragio. Dick encontró cuatro fusiles en buen estado, excelentes remingtons de la fábrica de Purdey y compañía, y un centenar de cartuchos cuidadosamente colocados en sus cartucheras. Eran los bastantes para armar á la pequeña tropa y ponerla en estado de resistir si contra toda prevision fueran atacados por los indios.

El aprendiz aprovechó tambien la ocasion de tomar una brújula de bolsillo. Pero las cartas de abordaje que iban á proa habian sido averiadas por el agua y estaban inservibles.

Habia tambien en el armero del *Pilgrim* algunos de esos sólidos machetes que sirven para despedazar la ballena. Dick Sand eligió seis destinados á completar el armamento de sus compañeros, y no olvidó tambien de llevarse un fusil inofensivo de niño que pertenecia á Juanito.

En cuanto á los demás objetos que contenia el buque ó habian sido dispersados ó estaban inútiles, y por lo demás los naufragos no podian cargarse demasiado para los pocos días que duraria el viaje. Tenian, pues, abundante provision de víveres, armas y municiones. Sin embargo, Dick, por consejo de la señora Weldon, tomó todo el dinero que se hallaba á bordo y que ascendia á unos quinientos duros.

Era poco en verdad. La señora Weldon habia llevado una suma muy superior á ésta; suma que no se encontraba.

¿Quién, pues, si no era Negoro habia podido tomar la delantera en aquella visita al buque y apoderarse de la reserva metálica del capitán Hull y de la señora Weldon? Seguramente en nadie mas que en él podian recaer las sospechas. Sin embargo, vaciló un instante. Lo que sabia y lo que entreveia era que debia temerse todo de aquel ser misterioso á quien el mal de otro parecia hacerle arrancar una sonrisa. Sí, Negoro era un malvado, ¿pero debia deducirse de aquí que fuera un ladrón, un malhechor comun? Dick no podia resolverse en su carácter franco al



Casi al mismo tiempo se vió al entomologista bajar por las rocas á riesgo de romperse la cabeza.

llegar á este pensamiento. Las sospechas, sin embargo, ¿podían recaer sobre otro? No; los buenos negros no habían dejado por un instante la gruta, mientras que Negro había andado errante por la playa. El solo debía ser culpado, y Dick Sand se resolvió á interrogarle y en caso necesario hacerle registrar á su vuelta, queriendo saber absolutamente á qué atenerse.

El sol bajaba sobre el horizonte. En aquel mar no había pasado el Ecuador para llegar el calor y la luz al hemisferio boreal, pero se acercaba á él. Cayó, pues, casi perpendicularmente á la línea circular en que se confunde el mar y el cielo. El crepúsculo duró poco, la oscuridad se estableció prontamente, y esto confirmó al aprendiz en el pensamiento en que había llegado á un punto del litoral situado entre el trópico de Capricornio y el Ecuador. La señora Weldon, Dick Sand y los negros, volvieron entonces á la gruta, donde debían tomar algunas horas de descanso.

La noche será mala todavía hoy, observó Tom señalando el horizonte cargado de espesas nubes.

—Sí, respondió Dick Sand; tenemos un ventarrón ¿pero qué importa ahora? Nuestro pobre buque se ha perdido y la tempestad ya no puede alcanzarnos.

—¡Hágase la voluntad de Dios! dijo la señora Weldon.

Acordóse que durante la noche, que debía ser muy oscura, cada uno de los negros hiciera centinela á su vez á la entrada de la gruta. Además se podía contar con Dingo para una buena vigilancia.

Entonces se observó que el primo Benedicto no había regresado todavía.

Hércules le llamó con toda la fuerza de sus vigorosos pulmones, y casi al mismo tiempo se vió al entomologista bajar la cuesta de las rocas á riesgo de romperse la cabeza.

El primo Benedicto estaba verdaderamente furioso. No había encontrado un solo insecto nuevo en el bosque, nó, ni uno solo que fuese digno de figurar en su colección. Había escorpiones, escolopendras y otros miriápodos tan abundantes como se hubieran querido y aun más; pero sabido es que el primo

Benedicto no cultivaba el género de miriápodos.

—No valía la pena, dijo, de haber andado cinco ó seis mil millas, de haber arrojado la tempestad, de haber naufragado en la costa para no encontrar uno solo de esos esápodos americanos que constituyen la honra de un museo entomológico. Nó, no valía la pena.

Como conclusion, el primo Benedicto dijo que era preciso alejarse de aquellos sitios porque no quería permanecer una hora mas en aquella odiosa playa.

La señora Weldon tranquilizó á aquel niño grande, dándole la esperanza de que sería mas feliz á la mañana siguiente, y todos iban á entrar en la gruta para echarse á dormir hasta la salida del sol, cuando Tom observó que Negro no habia vuelto á pesar de ser ya de noche bastante oscura.

—¿Dónde puede estar? preguntó la señora Weldon.

—¿Es importante? dijo Bat.

—Importa mucho, respondió la señora Weldon. Prefiero tener á ese hombre cerca de nosotros á tenerle lejos.

—Sin duda señora Weldon, respondió Dick Sand; pero si nos abandona voluntariamente no veo el medio de obligarle á volver. ¿Quién sabe si tiene razones para evitar constantemente nuestra presencia?

Y llevando á parte á la señora Weldon, le comunicó sus sospechas. No le sorprendió el ver que la señora Weldon las tenia igualmente, pero diferian en un punto.

—Si Negro vuelve, dijo la señora Weldon, es señal de que habrá puesto el producto de su robo en lugar seguro. A mi parecer lo mejor que debemos hacer, no pudiendo convencerle, será ocultarle nuestras sospechas y hacerle creer que no sabemos nada y que tenemos confianza en él.

La señora Weldon tenia razon y Dick Sand se sometió á su parecer.

Llamóse á Negro repetidas veces y no respondió. O estaba muy lejos para oírles, ó no quería volver.

Los negros no sentian verse desembarazados de su persona, pero, como acababa de decir la señora Weldon, quizá era mas temible de lejos que de cerca. Y luego ¿cómo explicar que Negro quisiera aventurarse solo por un país desconocido? Quizá se habria estraviado y buscaba inutilmente en la oscuridad de la noche el camino de la gruta.

La señora Weldon y Dick Sand nosabian que pensar. Pero de todos modos, por esperar á Negro, no era cosa de privarse de un descanso tan necesario á todos.

En aquel momento el perro que corria la playa, ladró con fuerza.

—¿Qué tiene Dingo? preguntó la señora Weldon.

—Es absolutamente preciso saberlo, respondió el aprendiz. Quizá es que vuelve Negro.

Al momento Hércules, Bat, Austin y Dick Sand se dirigieron á la embocadura del rio.

Pero al llegar á la orilla no vieron ni oyeron nada. Dingo entonces no ladraba.

Dick Sand y los negros volvieron á la gruta. Se organizaron lo mejor posible las camas y cada uno de los negros se dispuso á hacer centinela en lo exterior.

Pero la señora Weldon inquieta, no pudo dormir; parecia que aquella tierra, tan ardentemente deseada, no la daba lo que de ella hubiera podido esperar, la seguridad para los suyos y el reposo para sí misma.

## CAPITULO XV.

HARRIS.

Al día siguiente, 7 de abril, Austin que estaba de guardia, al amanecer vió á Dingo correr ladrando

hacia el riachuelo. Casi al mismo tiempo, la señora Weldon, Dick Sand y los negros salieron de la gruta. Decididamente sucedia algo.

—Dingo ha conocido que se aproximaba un ser vivo, hombre ó animal, dijo el aprendiz.

—En todo caso no es Negro, observó Tom, porque Dingo ladraría con mas furor.

—Si no es Negro ¿dónde podrá estar? preguntó la señora Weldon, dirigiendo á Dick Sand una mirada que solo éste comprendió; y si no es Negro, ¿quién puede ser?

—Vamos á verlo, señora Weldon, respondió el aprendiz.

—Despues dirigiéndose á Bat, Austin y Hércules, añadió: armaos, amigos míos, y venid con migo.

Cada uno de los negros tomó un fusil y un machete lo mismo que Dick Sand. Pusieron un cartucho en cada uno de los remingtons, y armados de este modo los cuatro, se dirigieron á la orilla del rio.

La señora Weldon, Tom y Acteon, permanecieron á la entrada de la gruta en cuyo interior estaba Juanito y Nan.

El Sol se levantaba entonces. Sus rayos interceptados por las altas montañas del Este, no llegaban directamente á la playa; pero hacia el horizonte occidental el mar resplandecia bajo los primeros rayos del astro.

Dick Sand y sus compañeros seguian por la orilla de la playa, cuya aurora se unia á la embocadura del rio.

Allí Dingo inmóvil y como en espera, continuaba ladrando. Era evidente que veia ó olfateaba algun indígena.

Y en efecto, el perro, no era á Negro su enemigo de abordó á quien ladraba, sino á otro.

En aquel momento un hombre torcia la última punta de la roca. Se adelantaba profundamente por la playa y con gestos familiares trataba de calmar á Dingo. Por sus ademanes se comprendia que no temia arrostrar la cólera vigorosa del animal.

—No es Negro, dijo Hércules.

—No podemos perder en el cambio, respondió Bat.

—Nó, dijo el aprendiz. Es probablemente algun indígena que nos ahorrará el disgusto de la separacion. Al fin vamos á saber exactamente donde estamos.

Y todos cuatro, volviendo á ponerse los fusiles al hombro, se dirigieron rápidamente hacia el desconocido.

Este, al verles acercarse, dió al principio muestras de la mas viva sorpresa. Ciertamente no esperaba encontrar gente extraña en aquella parte de la costa y era tambien evidente que no habia visto aun los restos del *Pilgrim*, pues que habiéndolos vistos se hubiera explicado facilmente la presencia de los naufragos. Por lo demás, durante la noche la resaca habia acabado de demoler el casco del buque y no quedaban mas que restos flotantes sobre las olas.

En el primer momento, el desconocido, viendo marchar hacia él cuatro hombres armados, hizo un movimiento para volver atrás. Llevaba un fusil pendiente del hombro con el porta-fusil á manera de bandolera; pasó inmediatamente la cabeza por debajo de aquella y se echó el fusil al hombro, lo cual demostraba que el aspecto de aquella gente no le parecia tranquilizador.

Dick Sand hizo ademán de saludar y el desconocido lo comprendió sin duda, porque despues de vacilar un momento, continuó adelantándose.

Dick Sand pudo entonces examinarle con detencion.

Era un hombre vigoroso, como de unos cuarenta años todo lo mas, la mirada viva, los cabellos y la barba un poco grises, el cutis atezado como el de un nomada que ha vivido siempre al aire en los bosques ó en la Banura. Una especie de blusa de piel curtida

le servía de justillo, un ancho sombrero cubría su cabeza, llevaba botas de cuero que le subían hasta por cima de la rodilla, y en sus altos tacones resonaban espuelas de ancha estrella.

Dick Sand conoció desde luego, y así era en efecto, que tenía enfrente de sí, no uno de esos indios corredores habituales de las Pampas, sino uno de esos aventureros de sangre extranjera, con frecuencia poco recomendables y que se encuentran á menudo en todos los países apartados. Por su actitud bastante rígida, por el color rojizo de algunos pelos de su barba, parecía también que aquel individuo debía pertenecer á la raza anglo-sajona. En todo caso ni era indio, ni era español.

Esto pareció aun mas cierto cuando habiéndole dicho Dick Sand en inglés:—bien venido seais, respondió en la misma lengua y con acento puro:—bien venido mi jóven amigo.

Entonces se adelantó hácia el aprendiz y le estrechó la mano.

Respecto de los negros se contentó con hacerles un ademán de cabeza sin dirigirles la palabra.

—¿Sois inglés? preguntó al aprendiz.

—Americano, respondió Dick Sand.

—¿Del Sur?

—Del Norte.

Esta respuesta pareció complacer al desconocido que estrechó mas vigorosamente la mano del aprendiz, y esta vez á la moda americana.

—¿Puedo saber mi jóven amigo, preguntó, cómo os encontráis en esta costa?

En aquel momento, sin esperar á que el aprendiz hubiera satisfecho su pregunta, el desconocido se quitó el sombrero y saludó.

La señora Weldon se habia adelantado hasta la orilla del rio y se encontraba en frente de él.

La señora Weldon fue quien respondió á su pregunta.

—Somos náufragos, dijo, y nuestro buque se ha estrellado ayer contra estos arrecifes.

Un sentimiento de compasión se pintó en el rostro del desconocido cuyas miradas buscaron al buque que se habia estrellado en la costa.

—No queda ya nada de nuestro bargantin, añadió el aprendiz. La resaca ha acabado de destruirle durante la noche.

—Y ahora debemos haceros una pregunta, dijo la señora Weldon, y es, ¿dónde estamos?

—Estais en el litoral de la América del Sur, respondió el desconocido, que pareció sorprendido de la pregunta. ¿Por ventura teniais dudas sobre este punto?

—Si señor porque la tempestad habia podido hacernos desviar de nuestro rumbo y yo no he podido fijarle con precisión, respondió Dick Sand. Pero todavía debo preguntaros mas exactamente donde estamos. ¿Es en la costa del Perú segun yo creia?

—No amigo mio, nó: un poco mas al Sur, habeis encallado en la costa de Bolibia.

—¡Ah!, dijo Dick Sand.

—Y estais en la parte meridional de la Bolibia que confina con Chile.

—Entonces ¿qué punta es esa? preguntó Dick Sand mostrando el promontorio del Norte.

—No puedo decir como se llama, respondió el desconocido, porque si bien conozco regularmente el interior del país por haberle recorrido muchas veces, esta es la primera que visito esta playa:

Dick Sand reflexionaba en lo que acababa de saber y le admiraba poco porque su estima habia perdido, y debia haberle engañado en lo concerniente á las corrientes; pero el error no era grande. En efecto se creia entre el paralelo 27 y el 30, segun la indicacion que habia tomado de la isla de Pascuas, y habia encallado en el paralelo 25. No era imposible

que el *Pilgrim* hubiera experimentado esta desviación relativamente debil en tan larga travesía:

Por lo demas nada autorizaba para dudar de las aserciones del desconocido y pues que la costa era la de la baja Bolibia, nada tenia de extraño que estuviera tan desierta.

—Segun lo que decis, observó Dick Sand, creo que estamos á muchísima distancia de Lima.

—¡Oh! Lima está muy lejos... por allí, hácia el Norte.

La señora Weldon desconfiada desde la desaparición de Negro, observaba al recién llegado con grande atención; pero no sorprendió nada ni en su actitud, ni en su manera de expresarse que pudiera hacerla sospechar de su buena fé.

—Si no soy indiscreta, me permitiré preguntaros, dijo, si sois de origen peruano; me parece que nó.

—Soy americano como vos misma señora, dijo el desconocido que esperó un instante á que la señora le dijera su nombre.

—Me llamo Misterss Weldon, respondió esta.

—Yo me llamo Harris y soy natural de la colonia del Sur. Pero hace 20 años que dejé mi país para venir á las Pampas de la Bolibia y tengo mucho placer en ver á compatriotas míos.

—¿Vivís en esta parte de la provincia señor Harris?, preguntó la señora Weldon.

—No, señora Weldon, respondió Harris, vivo hácia el Sur en la frontera chilena, pero en este momento me dirijo á Atacama, hácia el Nordeste.

—¿Estamos pues en las fronteras del desierto de ese nombre? preguntó Dick Sand.

—Precisamente, mi jóven amigo, y ese desierto se extiende mucho mas allá de las montañas que cierran el horizonte.

—¿El desierto de Atacama? repitió Dick Sand.

—Sí, respondió Harris. Este desierto es como un país á parte en la vasta América del Sur, de la cual difiere bajo muchos conceptos. Es al mismo tiempo la parte mas curiosa y la menos conocida de este continente.

—¿Y viajais solo? preguntó la señora Weldon.

—¡Oh! no es esta la primera vez que emprendo este viaje, respondió el americano. A 200 millas de aquí hay una granja importante que es la hacienda de San Felix, perteneciente á un hermano mio, y voy á verle para asuntos de comercio. Si quereis acompañarme sereis bien recibidos en la hacienda y se os proporcionará medios de transporte hasta la ciudad de Atacama. Mi hermano tendrá una satisfacción en servirlos.

Estas ofertas hechas espontáneamente, no podian menos de prevenir en favor del americano, el cual continuó dirigiéndose á la señora Weldon.

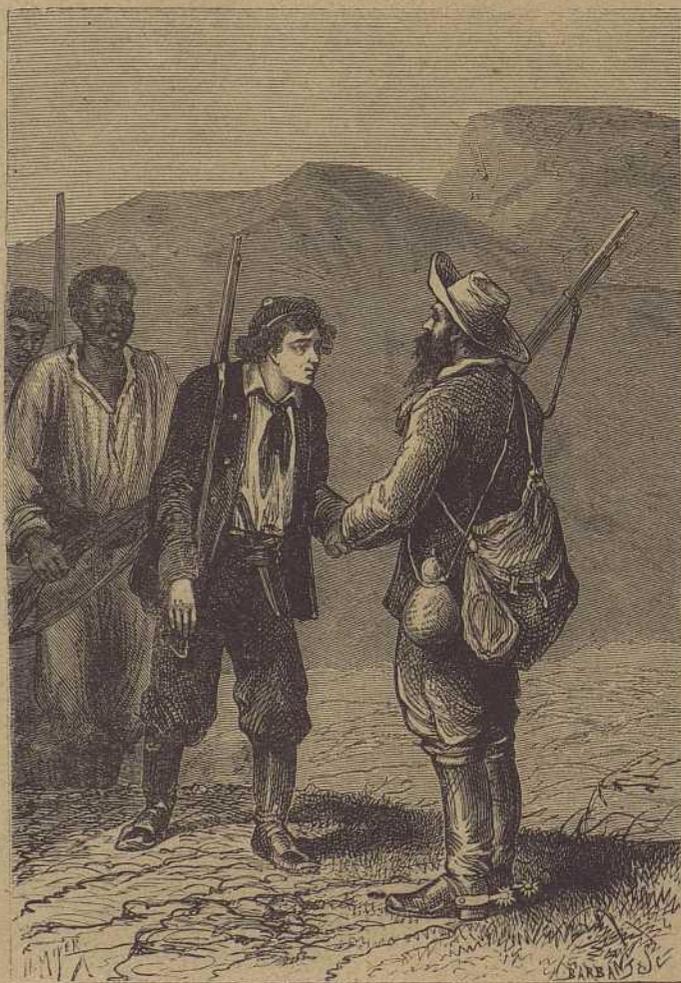
—Estos negros ¿son vuestros esclavos?

Y designó con la mano á Tom y á sus compañeros. —No tenemos ya esclavos en los Estados Unidos, respondió vivamente la señora Weldon. En el Norte hace mucho tiempo que se abolió la esclavitud y el Sur ha debido seguir el ejemplo del Norte.

—¡Ah! es justo, respondió Harris. Habia olvidado que la guerra de 1862 resolvió esta grave cuestion. Pido perdon á esta buena gente, añadió con un poco de esa ironía que debia poner en su lenguaje del Sur hablando á negros. Pero viéndoles á vuestro servicio habia creído...

—No están, ni han estado nunca, á mi servicio, respondió gravemente la señora Weldon.

—Seriamos muy honrados en servirlos, señora Weldon, dijo entonces Tom. Pero el señor Harris debe saber que aquí no somos propiedad de nadie. Yo he sido esclavo, es verdad, y vendible como son en Africa, cuando no tenia mas que 15 años; pero mi hijo Bat, que es este, nació cuando yo era liber-



Entonces se adelantó hácia el aprendiz y le estrechó la mano.

to, y mis compañeros han nacido también de padres libres.

—Os felicito, respondió Harris con un tono que la señora Weldon no encontró bastante serio. Por lo demás, en esta tierra de Bolivia no tenemos esclavos.

Así, pues, nada tenéis que temer y podéis andar por aquí tan libremente como por los Estados de la nueva Inglaterra.

En aquel momento Juanito, seguido de Nan, salió de la gruta frotándose los ojos, y habiendo visto á su madre corrió hácia ella. La señora Weldon le abrazó tiernamente.

—¡Qué hermoso niño! dijo el americano dirigiéndose á Juanito.

—Es hijo mío, respondió la señora Weldon.

—¡Oh! señora Weldon, habéis debido padecer doblemente pues que vuestro niño ha estado expuesto á tantos peligros.

—Dios le ha sacado de ellos sano y salvo así como á todos nosotros, señor Harris, respondió la señora Weldon.

—¿Queréis permitirme que le dé un beso en esas mejillas tan sonrosadas?

—Con mucho gusto, respondió la señora Weldon.

Pero la cara del señor Harris no pareció agradar á Juanito porque se abrazó mas estrechamente á su madre.

—¡Oiga! dijo Harris ¿no queréis que os dé un beso, señorito? ¿Os causo miedo?

—Perdonadle, se apresuró á decir la señora Weldon, ¡es tan tímido!

—Bueno, ya nos conoceremos mas en adelante, respondió Harris; una vez en la hacienda, se divertirá en montar un caballo muy hermoso y esto me reconciliará con él.

Pero la oferta del hermoso caballo no pareció ablandar el corazón de Juanito mas que la proposición de besarle que habia hecho el señor Harris.

La señora Weldon, bastante considerada, se apresuró á mudar de conversacion, porque no era justo ofender á un hombre que tan cortesmente habia ofrecido sus servicios.



—¡Qué hermoso niño! dijo el americano acercándose á Juanito.

Dick Sand entre tanto reflexionaba en la proposición que se les había hecho tan oportunamente de pasar á la hacienda de San Felix. Segun había dicho Harris, era un camino de mas de 200 millas por bosques y llanuras el que tenían que hacer; viaje muy fatigoso seguramente, pues que les faltaba medios de trasportes.

El jóven aprendiz presentó, pues, algunas observaciones sobre este punto y esperó la respuesta que iba á darle el americano.

—El viaje es un poco largo, dijo Harris; pero tengo á pocos centenares de pasos á la espalda, un caballo que quiero poner á disposicion de la señora Weldon y su hijo. Para nosotros no es difícil ni siquiera cansado hacer el viaje á pie. Por lo demás, cuando he hablado de 200 millas, es siguiendo el curso de este rio, como yo le he seguido muchas veces; pero si tomáramos al través del bosque nos ahorraríamos 80 millas lo menos, lo cual, á razon de diez millas por dia, que no es mucho andar, podria permitirnos llegar en ocho dias á la hacienda sin gran trabajo.

La señora Weldon dió las gracias al americano.

—Las mejores gracias que podeis darme consistirán en aceptar mis ofertas, respondió Harris. Aunque no he atravesado nunca este bosque, creo que no me será difícil encontrar el camino teniendo la costumbre de atravesar las Pampas. Solamente hay una cuestion grave que resolver, la de los víveres. Yo no raigo conmigo sino lo estrictamente necesario para llegar á la hacienda de San Felix.

—Señor Harris, respondió la señora Weldon, nosotros, por fortuna, tenemos víveres en cantidad mas que suficiente y será para mí una satisfaccion repararlos con vos.

—Pues bien, señora Weldon, me parece que queda arreglado perfectamente de ese modo y que no nos falta mas que ponernos en marcha.

Harris se dirigia hácia la orilla con intencion de recobrar su caballo en el sitio que le había dejado, cuando Dick Sand le detuvo haciéndole otra pregunta.

No le parecia bien al jóven aprendiz abandonar el

litoral para empeñarse en lo interior del país al través de aquel interminable bosque. Como marino que era, habría preferido subir ó bajar por la costa.

—Señor Harris, dijo, en vez de caminar por el desierto de Atacama ¿por qué no seguir siempre el litoral? Distancia por distancia ¿no valdria mas llegar á la poblacion mas próxima ya por el Norte ya por el Sur?

—Mi jóven amigo, respondió Harris frunciendo ligeramente el entrecejo, me parece que por la costa no se encuentra poblacion ninguna á menos de trescientas ó cuatrocientas millas de distancia. Sin embargo, no conozeo la costa con seguridad.

—Al Norte tenéis razon, pero ¿y al Sur?

—Al Sur, replicó el americano, seria preciso bajar hasta Chile y la distancia es tan larga que en vuestro lugar yo no costearia las Pampas de la República Argentina. Si tomárais ese camino, yo, con mucho sentimiento, no podria acompañaros.

—Los buques que van de Chile al Perú ¿no pasan á la vista de esta costa? preguntó entonces la señora Weldon.

—No, respondió Harris. Pasan á gran distancia y no habeis debido encontrar ninguno.

—En efecto, respondió la señora Weldon. Ahora bien, Dick Sand ¿tienes alguna otra pregunta que dirigir al señor Harris?

—Una sola, señora Weldon, respondió el aprendiz, que no queria rendirse todavia. Preguntaré al señor Harris en qué parte cree que podremos encontrar un buque para volver á San Francisco.

—Ciertamente, mi jóven amigo, no puedo decirlo, respondió el americano. Todo lo que sé es que podremos daros en la hacienda de San Felix los medios de llegar á Atacama y desde allí....

—Señor Harris, dijo entonces la señora Weldon, no creais que Dick Sand vacila en aceptar sus ofertas.

—No, señora Weldon, no; seguramente no vacilo, respondió el jóven aprendiz; pero no puedo menos de sentir que no hayamos encallado algunos grados mas al Norte ó mas al Sur. Habriamos estado entonces cerca de un puerto y esta circunstancia, facilitando la vuelta á nuestra patria, nos habria evitado el poner á contribucion la buena voluntad del señor Harris.

—No temais abusar de mí, señora Weldon, repuso Harris. Repito que son demasias raras las ocasiones que se me presentan de hallar compatriotas y para mí es, por consiguiente, un verdadero placer prestarles cualquier servicio.

—Aceptamos vuestra oferta, señor Harris, respondió la señora Weldon; pero no quisiera privaros de vuestro caballo. Yo soy buena andadora....

—Yo voy mejor andando, respondió Harris inclinandose. Habituaado á largas expediciones por las Pampas, de seguro no seré yo el que retarde el paso de vuestra caravana. No, señora Weldon, vos y vuestro Juanito os servireis de mi caballo. Por lo demás, es posible que en el camino nos encontremos algunos criados de la hacienda, y como vendrán á caballo, nos cederán sus cabalgaduras.

Dick Sand conoció que haciendo nuevas objeciones disgustaria á la señora Weldon.

—Señor Harris, dijo, ¿cuándo nos pondremos en marcha?

—Hoy mismo, mi jóven amigo, respondió Harris. La estacion de las lluvias comienza con el mes de abril, y es preciso que antes de ese tiempo hayamos llegado á la hacienda de San Félix. En suma, el camino por el bosque es el mas corto y quizá tambien el mas seguro por estar menos espuesto que la costa á las incursiones de los indios nómadas, que son incansables ladrones.

—Tom, amigos míos, respondió Dick Sand vol-

viéndose hácia los negros, no nos resta mas que hacer que los preparativos de la marcha. Eijamos, pues, entre las provisiones de abordo las que puedan trasportarse mas fácilmente; hagamos paquetes con ellas y cada uno tome su parte.

—Señor Dick, dijo Hércules, yo llevaré la carga toda.

—No, valiente Hércules, respondió el aprendiz. Vale mas que entre todos se reparta el peso.

—Sois un vigoroso trabajador, dijo entonces Harris que miraba al negro como si hubiera estado de venta. En los mercados de Africa habriais valido caro.

—Valgo lo que valgo, respondió Hércules riéndose, y los compradores tienen que correr mucho si quieren atraparme.

Todo estaba convenido, y para apresurar la partida cada cual se puso á trabajar. No habia, por lo demás, que temer por el alimento de la caravana sino en lo tocante al viaje desde el litoral hasta la hacienda, es decir, durante uno ó diez dias de marcha.

—Antes de marchar, señor Harris, dijo la señora Weldon, y antes de aceptar vuestra hospitalidad, os ruego que acepteis la nuestra, que la ofrecemos de todo corazon.

—Acepto, señora Weldon, acepto con placer, respondió alegremente Harris.

—Dentro de pocos minutos estará dispuesto el almuerzo.

—Bien, señora Weldon, voy á aprovechar esos pocos minutos para recoger mi caballo y traerle aquí. Tambien él habrá almorzado.

—¿Quereis que os acompañe? preguntó Dick Sand al americano.

—Como querais, mi jóven amigo, respondió Harris, venid. Os daré á conocer el curso de este monte hácia el mar.

Ambos se alejaron.

Entre tanto Hércules fue enviado en busca del entomologista. El primo Benedicto no se cuidaba de lo que sucedia en torno suyo. Andaba errante por las pendientes de la peña, buscando un insecto que no se encontraba ni se podia encontrar. Hércules, de buen ó mal grado, le llevó á la gruta, y allí la señora Weldon le participó que se habia decidido la marea y que durante diez dias seria preciso caminar por el interior del país.

El primo Benedicto respondió que estaba dispuesto á marchar, y que no pedia otra cosa sino atravesar la América toda entera, con tal que le dejaran coleccionar por el camino.

La señora Weldon se ocupó entonces, con ayuda de Nan, en preparar un almuerzo suculento: buena precaucion para ponerse en camino.

Entre tanto Harris acompañado de Dick Sand torció el recodo de las peñas, y ambos siguieron la orilla del rio por un espacio de trescientos pasos. Allí encontraron el caballo atado á un árbol, el cual lanzó gozosos relinchos al notar la aproximacion de su dueño.

Era un caballo vigoroso, de una especie que Dick Sand no pudo enocer: larga cola, grupa prolongada, piernas cortas, anchos hombros y, sin embargo, ofreciendo los signos distintivos de esas razas á las cuales se atribuye un origen árabe.

—Ya veis, mi jóven amigo, dijo Harris, que mi caballo es un vigoroso animal y podreis contar con que hará su obligacion por el camino.

Harris desató su caballo y le tomó por la brida, y bajó por la orilla del rio, precediendo á Dick Sand. Este habia dirigido una rápida mirada, lo mismo sobre el rio que hácia el bosque, que se estendiasobre sus dos orillas, pero no vió nada que le infundiese sospechas.

Sin embargo, cuando llegó al nivel del americano,

le hizo bruscamente la pregunta siguiente, que para aquel no podía menos de ser inesperada.

—Señor Harris ¿no habeis encontrado esta noche á un portugués llamado Negoro?

—¿Negoro? dijo Harris en tono de un hombre que no comprende qué se le quiere decir. ¿Quién es ese Negoro?

—Era el cocinero de abordo, respondió Dick Sand, y ha desaparecido.

—¿Ahogado quizá? dijo Harris.

—No, no, respondió Dick Sand. Ayer tarde estaba todavía con nosotros; pero durante la noche nos ha dejado, subiendo probablemente por la orilla de este río. Por eso os preguntaba si vos, que habeis venido por ese lado, le habíais visto.

—No he encontrado á nadie, respondió el americano, y si vuestro cocinero se aventura solo por el bosque, corre peligro de extraviarse.

Cuando ambos volvieron á la gruta, el almuerzo estaba dispuesto. Componíase, como la cena de la víspera, de conservas alimenticias, de carne y galleta. Harris hizo honor al banquete como hombre á quien la naturaleza ha dotado de gran apetito.

—Vamos, dijo, veo que no nos moriremos de hambre en el camino. No diré otro tanto de ese pobre diablo de portugués de quien me ha hablado nuestro jóven amigo.

—¡Ah! dijo la señora Weldon. ¿Os ha dicho Dick que no habíamos vuelto á ver á Negoro?

—Sí, señora Weldon, respondió el aprendiz. Desearía saber si el señor Harris le habia encontrado al venir hacia aquí.

—No le he encontrado, respondió Harris. Dejemos, pues, á ese desertor en donde se halle, y tratemos de la marcha. Cuando queráis, señora Weldon.

Cada cual tomó el paquete que le estaba destinado. La señora Weldon, ayudada de Hércules, subió sobre el caballo, y el ingrato Juanito con su fusil en bandolera, montó en él sin pensar en dar gracias al que ponía á su disposición tan excelente cabalgadura.

Juanito, montado delante de su madre, dijo que él sabia guiar muy bien el caballo del señor Harris.

Diéronle, pues, la brida, y no dudó que fuese él el verdadero jefe de la caravana.

## CAPITULO XVI.

### EN MARCHA.

No sin cierta alarma, que por lo demás no parecia justificada, penetró Dick Sand trescientos pasos despues de haber subido por la orilla del río en el espeso bosque cuyos difíciles senderos debian seguir él y sus compañeros durante diez dias.

Por el contrario, la señora Weldon, mujer y madre, á quien los peligros pudieran haber alarmado doblemente, marchaba llena de confianza.

Dos motivos muy grandes habian contribuido á tranquilizarla; en primer lugar porque aquella region de las Pampas no era muy temible, ni por los indigenas ni por los animales que contenia; y en segundo lugar, porque bajo la direccion de un guía tan seguro de sí propio, como el americano parecia estarlo, no habia que temer extraviarse.

El orden de la marcha que debia mantenerse en lo posible durante el viaje, era el siguiente:

Dick Sand y Harris, ambos armados, el uno de su largo fusil y el otro de un remington, iban en descubierta á la cabeza de la caravana.

Enseguida Bat y Austin igualmente armados cada uno con un fusil y un machete.

Seguian la señora Weldon y Juanito á caballo; y despues Nan y Tom.

Cubrian la retaguardia Acteon armado del cuarto

remington y Hércules que llevaba un hacha á la cintura.

Dingo iba y venia y, como observó Dick Sand, ejecutaba los movimientos de un perro inquieto que busca una fiesta. Sus ademanes habian cambiado visiblemente desde que el naufragio del *Pilgrim* lo habia arrojado á la costa. Parecia agitado y muy amenuado lanzaba un gruñido sordo mas lastimero que furioso. Todos lo conocieron aunque nadie pudo explicarse la causa. Al primo Benedicto habia sido imposible señalarle un orden de marcha, lo mismo que á Dingo, porque á no llevarle atado no habria observado semejante orden. Con su caja de hoja de lata colgada al hombro, su red en la mano, sus gruesos lentes suspendidos del cuello, unas veces delante de la caravana, otras detrás, se detenia entre las yerbas buscando los ortopteros y demás insectos acabados en teros á riesgo de sufrir la mordedura de algun reptil venenoso.

Desde el principio la señora Weldon, inquieta, le llamó veinte veces; pero no pudo conseguir nada.

—Primo Benedicto, le dijo al fin, os ruego muy encarecidamente que no os alejeis, y por última vez os pido que tengáis en cuenta mi recomendacion.

—Sin embargo, prima, respondió el infatigable entomologista, cuando veo un insecto...

—Cuando veáis un insecto, contestó la señora Weldon, tendreis la bondad de dejarle en paz ó si no me pondreis en la necesidad de quitaros la caja!

—¡Quitarme la caja! exclamó el primo Benedicto como si se hubiera tratado de arrancarle el corazón.

—La caja y la red, añadió cruelmente la señora Weldon.

—La red tambien prima, y ¿por qué no mis anteojos? No os atreveréis, no, no os atreveréis.

—En efecto, me olvidaba de vuestros anteojos y os doy gracias, primo Benedicto, por haberme recordado que tenia ese medio de dejaros ciego y por tanto de obligaros á ser prudente.

Esta triple amenaza tuvo por resultado el hacer que el primo Benedicto, rebelde, se mantuviese sosegado durante una hora poco mas ó menos. Despues comenzó de nuevo á alejarse, y como lo mismo hubiera hecho sin red, sin caja y sin anteojos, fue preciso dejarle á su voluntad. Sin embargo, Hércules se encargó de vigilarle especialmente, lo cual entraba fácilmente en sus funciones; y se acordó se tratase al primo Benedicto como Benedicto trataba á un insecto, es decir, que le atrapase en caso de necesidad y le llevase tan delicadamente junto á la caravana como si fuera el mas raro de los lepidópteros.

Arreglado este punto, nadie se volvió á cuidar del primo Benedicto.

Como hemos visto, la pequeña caravana iba bien armada y conservaba un orden severo. Pero, como repetia Harris, no habia mas encuentro que temer que el de los indios nómadas, y aun era probable que no se encontrase ninguno.

En todo caso, las disposiciones adoptadas bastarian para infundirles respeto.

Los senderos que circulaban al través de los espesos bosques, no merecian aquel nombre, pues eran mas bien pasos de animales que de personas y no permitian, sino difícilmente, adelantar el camino. Así, no calculando mas que en cinco ó seis millas la marcha diaria de la caravana, Harris habia acertado en sus cálculos.

El tiempo era hermoso por lo demás, el sol subia hacia el cenit esparciendo á torrentes sus rayos casi perpendiculares. En la llanura aquel calor hubiera sido insoportable y Harris tuvo cuidado de hacerlo observar; pero bajo aquella impenetrable frondosidad podria soportarse fácil e impunemente.

La mayor parte de los árboles de aquel bosque eran de especies desconocidas, lo mismo para la se-

ñora Weldon que para sus compañeros, negros ó blancos. Sin embargo, un botánico experimentado habria observado que eran mas notables por sus cualidades que por su tamaño. Aquí se veia el *bauhinia molompi* idéntico al tenocarp de madera sólida y ligera propia para hacer agallas ó remos y cuyo tronco sudaba una resina abundante; mas lejos se veian *fustetes* muy cargados de materia colorante, y *gayacos* que tenian hasta doce pies de diámetro pero inferiores en calidad á los gayacos ordinarios.

Dick Sand durante el camino preguntaba á Harris el nombre de estas diversas especies.

—¿No habeis estado jamás en el litoral de la América del Sur? le preguntó antes de responderle.

—Nunca, respondió el aprendiz, pues durante mis viajes no he tenido ocasion de visitar estas costas y á decir verdad, no creo que nadie me haya hablado de ellas como conocedor.

—Pero á lo menos habreis explorado las costas de Colombia, las de Chile ó las de Patagonia.

—No, nunca, respondió el aprendiz.

—Quizá la señora Weldon ha visitado esta parte del nuevo continente, dijo Harris. Las americanas no temen los viajes y sin duda...

No, señor Harris, respondió la señora Weldon. Los intereses comerciales de mi marido nunca le han llevado sino á la Nueva Zelanda y yo no le he tenido que acompañar á ninguna otra parte. Por consiguiente ninguno de nosotros conoce esta region de la baja Bolivia.

—Pues bien, señora Weldon, ahora vereis un singular pais que contrasta de un modo extraño con las regiones del Perú, del Brasil y de la república Argentina. Su flora y su fauna asombrarían á un naturalista. Puede decirse que habeis naufragado en un buen paraje; y si alguna vez pudiera darse gracias á la casualidad...

—Quiero creer que no es la casualidad la que nos ha conducido aquí, señor Harris, sino Dios.

—¿Dios, sí, Dios! respondió Harris con el tono de un hombre que no admite la intervencion providencial en las cosas de este mundo.

Como nadie en la caravana conocia el pais ni sus producciones, Harris manifestó una gran satisfaccion en nombrar complacientemente los árboles mas curiosos del bosque.

En verdad era lástima que el primo Benedicto no fuera un botánico. Ya que no habia encontrado hasta entonces insectos raros ó nuevos, hubiera hecho buenos descubrimientos en botánica, porque en aquel bosque habia gran profusion de vegetales de todos tamaños, cuya existencia no habia sido señalada todavía en los bosques tropicales del Nuevo-Mundo. El primo Benedicto indudablemente hubiera podido dar su nombre á cualquiera produccion de este género; pero no le gustaba la botánica, y no comprendia nada en este ramo de la ciencia. Hasta tenia aversion á las flores, bajo el pretexto de que algunas se permitian aprisionar los insectos en sus corolas y envenenarlos con sus jugos venenosos.

El bosque se presentaba á veces pantanoso. Sentíase bajo los pies como una red de hilos líquidos que debian estar alimentados por los afluentes del pequeño rio. Algunos de estos arroyuelos mas anchos tenian que atravesarse buscando los sitios vadeables. En sus orillas crecian grupos espesos de cañas á las cuales Harris dió el nombre de papino. No se engañaba, y aquellas plantas herbáceas crecian abundantemente junto á las orillas húmedas del agua.

Pasados los pantanos la cubierta de árboles volvia de nuevo á ceñir los estrechos caminos del bosque. Harris mostró á la señora Weldon y á Dick Sand muy buenos ébanos mas gruesos que el ébano común, que dan una madera mas negra y mas dura

que el ébano del comercio. Luego venian manglares en gran número aunque estaban bastante alejados del mar. Una especie de forro de mimbres les subia hasta las ramas. Su sombra espesa, sus frutos deliciosos, aumentaban su valor, y sin embargo, segun decia Harris, ni un indigena se hubiera atrevido á propagar su especie, porque dicen que el que planta un manglar muere inmediatamente; tal es la supersticion del pais.

Durante la segunda mitad de aquella primera jornada, la caravana, despues del alto del medio dia, comenzó á subir por un terreno ligeramente inclinado. No era todavía aquella la primera estrivacion de la cordillera, sino una especie de llanura ondulada que unia la verdadera llanura á la montaña.

Allí los árboles, un poco menos espesos y algunas veces reunidos por grupos, hubieran hecho la marcha mas fácil si el suelo no hubiera estado invadido por plantas herbáceas, de tal suerte que cualquiera se hubiera perdido como entre los matorrales de la India Oriental. La vegetacion parecia ser menos frondosa que en el valle bajo del rio; pero era superior todavía á la de las regiones templadas del antiguo y del nuevo continente. El indigo crecia allí con profusion, y segun Harris, esta planta leguminosa pasaba con razon por la mas abominable de la comarca. Cuando entraba en un campo, este parásito, tan desdichado como el cardo ó la ortiga, se apoderaba inmediatamente de él.

Un árbol faltaba en aquel bosque, y sin embargo hubiera debido ser muy comun en aquella parte del nuevo continente. Era el árbol de goma. En efecto, el *ficus prinoides*, el *collophora utilis*, el *cameraria latifolia*, y sobre todo el *syphonia elastica*, que pertenecen á familias diferentes, abundan en las provincias de la América meridional. Y sin embargo, ¡cosa singular! no se veia una sola de estas especies.

Ahora bien: Dick Sand habia prometido á su amigo Juan enseñarle uno de los árboles de goma; y como no le habia, el niño esperiméntó gran desengaño, porque se figuraba que las calabazas, los niños parlantes, las muñecas, los polichinelas y las pelotas elásticas crecian naturalmente en aquellos árboles. Quejose, pues, de su decepcion.

—Paciencia, amiguito, le respondió Harris, ya encontraremos árboles de goma á centenares en los alrededores de la hacienda.

—¿Muy hermosos, muy elásticos? preguntó Juanito.

—Todo lo que hay de mas elástico. Entre tanto tomad esta hermosa fruta para apagar la sed.

Diciendo esto Harris cogió de un árbol algunas frutas que parecian tan sabrosas como melocotones.

—¿Estais seguro, señor Harris? preguntó la señora Weldon, de que esta fruta no puede hacerle mal?

—Señora Weldon, yo os lo aseguro, dijo el americano comiendo una de ellas. Es un mangó.

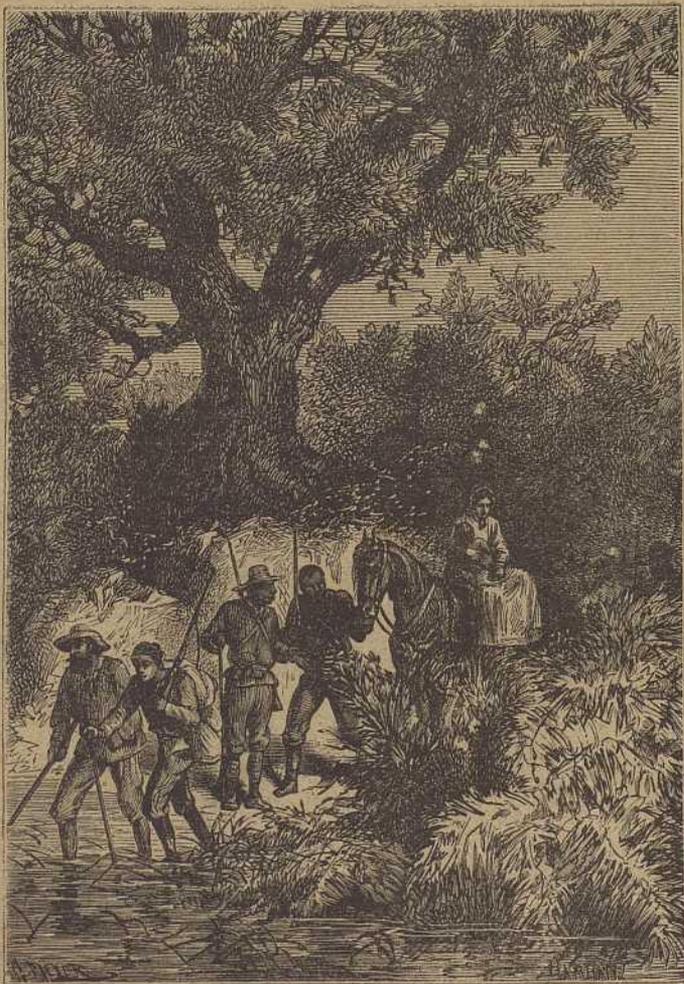
Y Juanito, sin hacerse de rogar, siguió el ejemplo de Harris, declarando que eran buenas aquellas peras, por lo cual el árbol fue inmediatamente puesto á contribucion.

Aquellos mangós pertenecian á la especie cuyos frutos maduran en marzo y en abril. Otros hay que no maduran sino en setiembre, y aquellos, por consiguiente, no estaban á punto de comerse.

—Sí, es muy bueno, muy bueno, decia Juanito con la boca llena; pero un amigo Dick me ha prometido muñecas de goma si tenia juicio, y yo quiero goma.

—La tendrás, Juan, respondió la señora Weldon, pues que el señor Harris te lo asegura.

—Pero todavía mi amigo Dick me ha prometido otra cosa.



Dick Sand y Harris iban en descubierta á la cabeza de la caravana.

—¿Qué os ha prometido Dick Sand? le preguntó Harris sonriéndose.

—Pájaros moscas.

—También tendreis pájaros moscas, amiguito; pero mas adelante... mas adelante, respondió Harris.

La verdad es que Juanito tenia derecho para reclamar alguno de esos preciosos colibríes, porque se hallaban en un pais donde debian abundar. Los indios, que saben tejer artísticamente sus plumas, han prodigado los mas poéticos nombres á esas joyas del gremio volátil. Los llaman rayos ó cabellos del sol; otros los dan el nombre de reyecitos de las flores; otros la flor celeste que vuela á festejar á la flor terrestre; otros el ramillete de piedras preciosas que refleja la claridad del dia. Se puede creer que su imaginacion ha sabido inventar nuevos nombres poéticos para cada una de las ciento cincuenta especies que constituyen la maravillosa de los colibríes.

Sin embargo, por numerosa que debiera ser la tribu de los bosques de Bolibia, Juanito tuvo que

contentarse con la promesa de Harris. Segun el americano, se hallaba todavía demasido cerca de la costa, y los colibríes no habitaban los desiertos próximos al Océano. La presencia del hombre no les espantaba, y en la hacienda no se oia en todo el dia mas que su grito de *ter, ter*, y el zumbido de sus alas semejante al ruido de un torno de hilar.

—¡Ah! ¡yo quisiera estar en la hacienda! exclamó Juanito.

El medio mas seguro de llegar á la hacienda de San Félix era no detenerse en el camino. La señora Weldon y sus compañeros no tomaban por consiguiente mas descanso que el absolutamente necesario.

El bosque iba ya cambiando de aspecto. Entre los árboles ya menos espesos se abrian á un lado y á otro largos espacios de escampados. El suelo, penetrando la alfombra de yerba, mostraba entonces su osamenta de granito posado y de siena, semejante á chapas de lapislázuli. En algunas alturas crecia en abundancia la zarzaparrilla, planta de tubérculos

carnosos que se entrelaza prodigiosamente. Mas valían que aquel camino los estrechos senderos del bosque.

Antes de ponerse el sol, la pequeña caravana se encontraba á ocho millas de su punto de partida. Esta distancia había sido recorrida sin incidentes notables y hasta sin cansancio. Verdad es que era la primera jornada de marcha, y sin duda las etapas siguientes serían más penosas.

De comun acuerdo se decidió hacer alto en aquel paraje. Tratábase de establecer, no un verdadero campamento, sino un sitio de parada para la noche. Un hombre de centinela relevado de dos en dos horas bastaría para vigilar, pues no eran de temer ni los indígenas ni las fieras.

No se encontró nada más para abrigo que un enorme mangó cuyas largas ramas muy espesas formaban una especie de baranda natural. En caso necesario la caravana hubiera podido abrigarse entre su follaje.

Pero al llegar se levantó un concierto ensordecedor en la cima del árbol.

El mangó servía de refugio á una colonia de loros grises vocingleros, discutidores; feroces volátiles que atacan á las demás aves y que no pueden ser juzgados sin equivocarse por lo que se observa en sus congéneres que tenemos enjaulados en Europa.

Aquellos loros gritaban haciendo tanto ruido, que Dick Sand pensó en enviarles un tiro para obligarles á callar ó á huir. Pero Harris le disuadió de su proyecto bajo el pretexto de que en aquellas localidades valía más no descubrir su presencia con la detonación de un arma de fuego.

—Pasemos sin ruido, dijo, y pasaremos sin peligro.

La cena quedó preparada inmediatamente sin que hubiera necesidad de proceder á la cocción de los alimentos. Se compuso de conservas y de galleta. Un arroyuelo que serpenteaba entre la yerba suministró el agua potable, que no se bebió sin mezclarla con algunas gotas de rom. En cuanto á los postres, el mangó estaba allí con sus frutos succulentos, sin embargo de que los loros no dejaron cogerlos sin protestar con sus abominables gritos.

Al fin de la cena comenzó á oscurecer. La sombra subió lentamente del suelo hasta la cima de los árboles en cuyos follajes se destacó como una fina cinceladura sobre el fondo más luminoso del cielo. Las primeras estrellas parecían flores resplandecientes que centelleaban al extremo de las últimas ramas. El viento se aplacaba por la noche y no susurraba ya entre el ramaje; los mismos loros quedaron mudos; la naturaleza iba á dormirse é invitaba á todo ser viviente á seguirla en su profundo sueño.

Los preparativos para pasar la noche debían ser muy rudimentarios.

—Encenderemos una gran hoguera para pasar la noche? preguntó Dick Sand al americano.

—¿Para qué? dijo Harris. Las noches por fortuna no son frías, y este enorme mangó preserva al suelo de toda evaporación. No tenemos que temer ni el frío ni la humedad, y os repito mi joven amigo lo que os he dicho hace poco. Pasemos de incógnito y no hagamos fuego ni disparemos un tiro, si es posible.

—Pienso, dijo entonces la señora Weldon, que no tenemos nada que temer ni de los indios, ni aun de los corredores del bosque, de los cuales no nos habeis hablado, señor Harris. ¿Pero no hay otros corredores de cuatro patas que se alejarían á la vista del fuego?

—Señora Weldon, respondió el americano, haceis demasiado honor á las fieras de este país, las cuales temen más al hombre de lo que este las teme á ellas.

—Estamos en un bosque, dijo Juanito, y siempre hay fieras en los bosques.

—Hay bosques de muchas especies, señorito, como hay muchas especies de animales, respondió Harris riendo. Figuraos que estais en un gran parque, y á la verdad los indios dicen con razón de este país que es como el Paraíso.

—¿Hay serpientes? dijo Juanito.

—No, Juan, respondió la señora Weldon, no hay serpientes y puedes dormir tranquilo.

—¿Y leones? preguntó Juanito.

—Ni la sombra, amiguito, añadió Harris.

—Habrá tigres.

—Preguntad á mamá si ha oído hablar de tigres en este continente.

—Nunca, respondió la señora Weldon.

—Partid, dijo el primo Benedicto, que casualmente oía la conversacion, sino hay leones y tigres en el Nuevo Mundo, lo cual es verdad, no por eso dejan de encontrarse caguares y yaguares.

—¿Y son malos? preguntó Juanito.

—¡Bah! respondió Harris. Un indígena no teme atacar á esos animales, y nosotros somos muchos. Mirad, Hércules es bastante vigoroso para aplastar dos yaguares á la vez, uno con cada mano.

—Tú estarás de centinela, Hércules, dijo entonces Juanito, si viene algun animal para mordernos.

—Seré yo el que le muerda, señorito Juan, respondió Hércules mostrando su boca armada de dientes magníficos.

—Sí, tú vigilarás, Hércules, dijo el aprendiz, pero tus compañeros y yo te relevaremos y vigilarémos por turno.

—No, señor Dick, respondió Acteon. Hércules, Bat, Austin y yo, bastáremos para eso. Es preciso que descanséis durante la noche.

—Gracias, Acteon, respondió Dick, pero yo debo...

—No, dejadles querido Dick, dejadles hacer centinela á ellos, dijo entonces la señora Weldon.

—Yo también estaré vigilante, dijo Juanito, cuyos párpados se cerraban ya.

—Sí, mi querido Juan, tú vigilarás también, le respondió su madre que no quería contrariarle.

—Pero, dijo el niño, si no hay leones y tigres en el bosque, habrá lobos.

—Sí, lobos de risa, respondió el americano. No son lobos sino una especie de zorras, ó por mejor decir, de perros de los salvajes, que se llaman guaras.

—Y esos guaras ¿muerden? preguntó Juanito.

—¡Bah! con uno de ellos no tendría Dingo para un bocado.

—No importa, respondió Juanito bostezando por última vez. Los guaras son lobos porque los llaman lobos.

Con esto Juanito se durmió pacíficamente entre los brazos de Nan, que estaba recostado en los brazos del mangó. La señora Weldon, echada cerca de él dió un beso al niño, y sus ojos fatigados, no tardaron en cerrarse para toda la noche.

Un instante despues Hércules llevaba al campamento al primo Benedicto, que se había alejado para comenzar una caza de piróforos. Estos eran los cucullosó especie de moscas luminosas que las elegantes colocan en su cabellera como otras tantas joyas, vivas. Aquellos insectos, que proyectan una luz viva y azulada por medio de dos manchas situadas en la base de su coselete, abundan mucho en la América del Sur. El primo Benedicto pensaba hacer una buena provision de ellos, pero Hércules no le dió tiempo, y á pesar de sus recriminaciones le llevó al sitio del campamento. Cuando Hércules tenía una consigna la ejecutaba militarmente, lo cual sin duda salvó de la cárcel de hoja de lata del entomologista, á una notable cantidad de moscas luminosas.

Pocos instantes despues, á escepcion del gigante que velaba, todos dormian con profundo sueño.

## CAPITULO XVII.

### CIEN MILLAS EN DIEZ DIAS.

De ordinario los viajeros ó corredores de los bosques que han dormido en ellos al raso, son despertados por ahullidos tan fantásticos como desagradables. Hay de todo en esos conciertos matutinos; hay gruñidos, hay maídos, hay carcajadas, hay graznidos, hay ladridos, y casi hay charla, si se quiere admitir esta palabra, que completa la série de los ruidos diversos.

Son los monos que saludan de esta manera la claridad del dia. Allí se encuentra el pequeño mariquina, el sapajú de cara de varios colores, el mono gris, cuya piel emplean los indios para cubrir las cazoletas de sus fustles; los agues, que se conocen en sus largos mechones de pelo y otras especies de esta numerosa familia.

De estos cuadrumanos, los mas notables incontestablemente, son los guerivas de cola aprehensora y de cara de belcebú. Cuando el sol sale, el mas viejo de la banda entona con voz imponente y siniestra, una salmodia monótona. Es el barítono de la tropa. Los jóvenes tenores repiten despues la sinfonía matutina. Los indios dicen entonces que los guerivas rezan sus padres nuestros.

Pero aquel dia los monos no parece que se acordaron de rezar, porque no se les oyó, sin embargo, de que su voz resnara á bastante distancia, porque es producida por la rápida vibración de una especie de tambor óseo formado por una protuberancia del hueso hioides de su cuello.

En suma, por una razon ó por otra, ni los guerivas, ni los agues, ni otros cuadrumanos del inmenso bosque, entonaron aquel dia su concierto acostumbrado.

Esto no hubiera satisfecho á los indios nómodas; no porque estos indígenas aprecien ningun género de música coral, sino que persiguen á los monos y los cazan, porque la carne de este animal, sobre todo cuando está en cecina, es excelente.

Dick Sand y sus compañeros no estaban sin duda al corriente de estas costumbres de los guerivas; de otro modo aquel silencio hubiera sido para ellos un motivo de sorpresa. Se levantaron, pues, uno tras otro y bien dispuestos á consecuencia de las cuatro horas de reposo no interrumpido.

Juanito no fue el último en estirar los brazos. Su primera pregunta fue si Hércules se había comido algun lobo durante la noche.

No se había presentado ningun lobo, y por consecuencia Hércules no había almorzado todavía.

Por lo demás, todos estaban como él, y despues de leer las oraciones de la mañana, Nan se ocupó en preparar el almuerzo.

Este consistió en lo que había consistido la cena del dia anterior; pero sazonado con el apetito, aguzado por el aire fresco del bosque, nadie pensó en mostrarse melindroso.

Convenia ante todo tomar fuerzas para una buena jornada, y se tomaron. Por la primera vez, quizá, el primo Benedicto comprendió que el comer no era un acto indiferente é inútil de la vida. Solamente declaró que no había ido á visitar aquel país para pasearse por él con las manos en los bolsillos, y si Hércules le impedía cazar los cucullos y otras moscas luminosas, Hércules tendría que vérselas con él.

Esta amenaza no pareció asustar demasiado al gigante. Sin embargo, la señora Weldon le llevó aparte, y dijo que quizá podría dejar correr á aquel

niño grande á un lado y á otro, con la condicion de no perderle de vista, porque era necesario no separar completamente al primo Benedicto de los placeres, tan naturales á su edad.

A las siete de la mañana la pequeña caravana se puso en marcha hácia el Este, conservando el órden adoptado el dia anterior.

Camaban todavía por el bosque. En aquel suelo virgen, donde el calor y la humedad se conciertan para atraer la vegetación, era de creer que el reino vegetal apareciese en todo su poder. El paralelo de aquella vasta llanura se confundia casi con las latitudes tropicales, y durante ciertos meses del verano el sol, al pasar por el zenit, le enviaba resplandeciente sus rayos. Había, pues, una cantidad enorme de calor almacenada en aquellos terrenos, cuyo subsuelo se mantenía húmedo. Así, nada mas magnífico que aquella série de bosques, ó mejor dicho, aquel bosque impenetrable.

Sin embargo, Dick Sand no dejó de observar una cosa: y es que, segun Harris, se hallaba en la region de las Pampas. Ahora bien; pampa es una palabra de la lengua quichua, que significa llanura; y si sus recuerdos no le engañaban, creía saber que estas llanuras presentan los caracteres siguientes: carencia de agua, de árboles y de piedras; abundancia excesiva de cardos durante la estacion de las lluvias, cardos que llegan á ser arbustos en la estacion cálida, y forman espesuras impenetrables; árboles enanos, arbustos espinosos; conjunto que da á esas llanuras un aspecto árido y desolado.

Ahora bien; no veía nada de esto desde que la pequeña caravana, guiada por el americano, se había alejado del litoral. El bosque no había cesado de extenderse hasta los límites del horizonte. No, no era aquella una pampa, tal como el joven novicio se la figuraba. La naturaleza, sin duda como había dicho Harris, se había complacido en formar una region aparte en aquella llanura de Atacama, de lo cual, por lo demás, Dick Sand no sabia nada, sino que formaba uno de los mas vastos desiertos de la América del Sur, entre los Andes y el Pacifico.

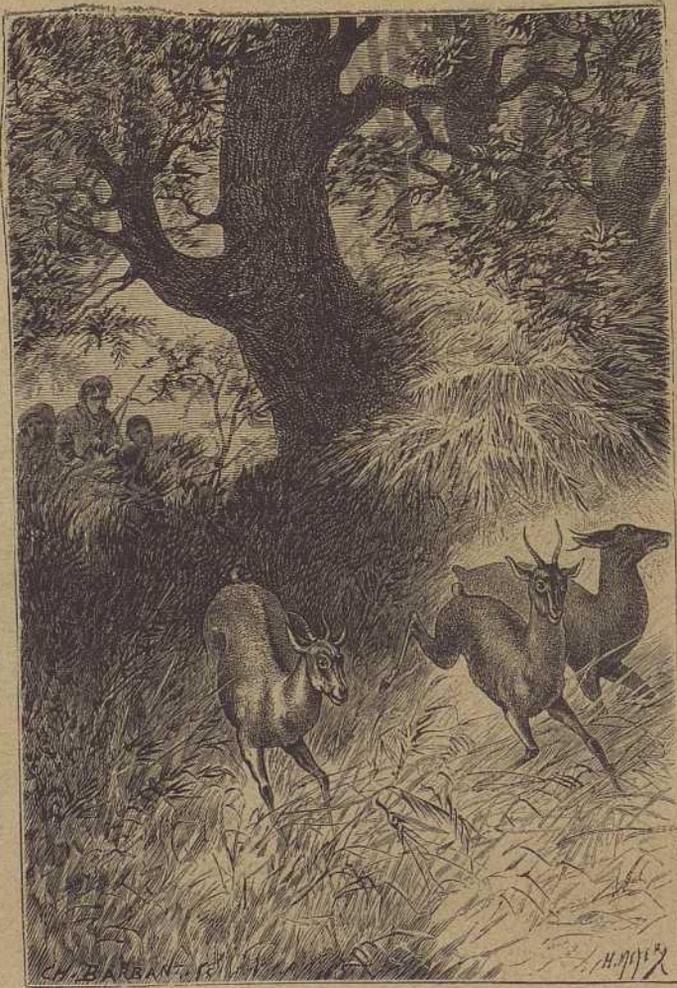
Dick aquel dia hizo algunas preguntas sobre esto, y manifestó al americano la sorpresa que le causaba el singular aspecto de la pampa.

Pero en breve le desengañó Harris, dándole sobre aquella parte de la Bolivia los pormenores mas exactos y manifestando sus profundos conocimientos en el país.

—Teneis razon, mi joven amigo, dijo el aprendiz. La verdadera pampa es, en efecto, tal como los libros de viajes os la han pintado: es decir, una llanura bastante árida y con frecuencia difícil de atravesar. Se parece á nuestras sábanas de la América del Norte, con la diferencia de que éstas son un poco mas pantanosas. Si tal es la pampa del rio Colorado, tales son los llanos del Orinoco y de Venezuela. Pero aquí estamos en un país cuya apariencia me admira á mi mismo. Verdad es que atravieso este camino por vez primera, sin embargo de que tiene la ventaja de abreviar nuestro viaje. Pero si no lo he visto hasta ahora, sabia ya que el contraste que presentaba con la verdadera Pampa, es extraordinario. La Pampa la consideraría no entre la cordillera del Oeste y la alta cadena de los Andes, sino mas allá de las montañas en toda la parte oriental del continente que se estiende hasta el Atlántico.

—¿Tendremos que atravesar la cadena de los Andes? preguntó vivamente Dick.

—No, mi joven amigo, no, respondió sonriéndose el americano; por eso os he dicho que la consideraría, y no que la consideréis. Tranquilizáos: no saldremos de esta llanura, cuyas alturas mayores no pasan de 500 pies. ¡Ah! si hubiéramos tenido que atravesar las cordilleras con los medios de transporte



—Son antilopes, mi joven amigo, respondió el señor Harris.

de que disponemos, jamás os hubiera yo metido en semejante aventura.

—En efecto, respondió Dick Sand, mas hubiera valido subir ó bajar por la costa.

—Sí, cien veces, dijo Harris. Pero la hacienda de San Félix está situada á este lado de la cordillera, y vuestro viaje ni en su primera, ni en su segunda parte ofrecerá dificultad alguna.

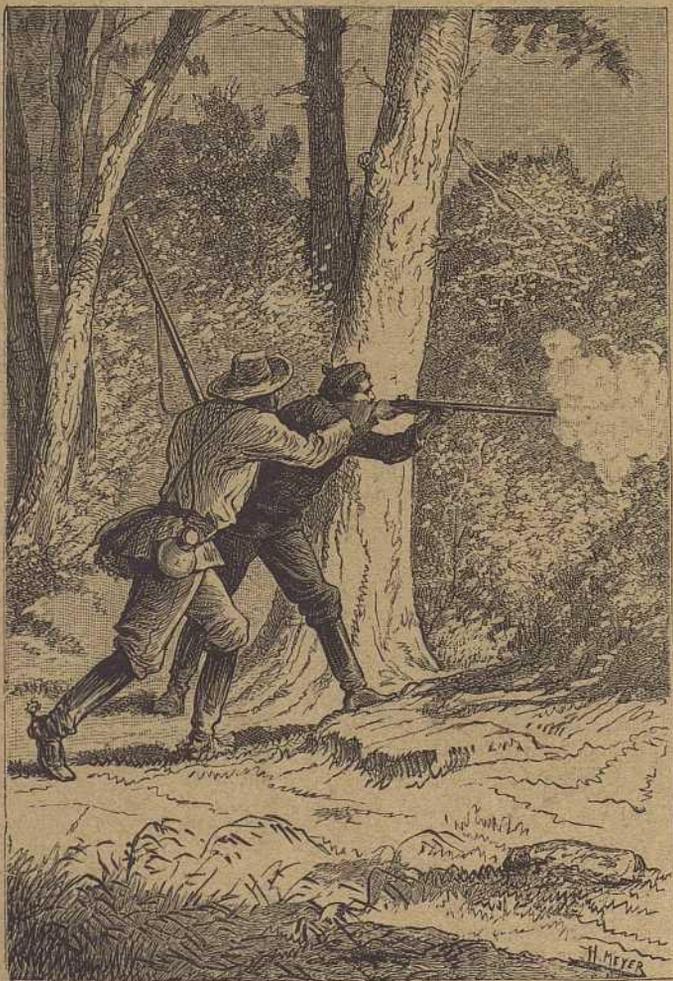
—¿Y no temeis perder el camino en estos bosques, atravesándolos por primera vez? preguntó Dick Sand.

—No, mi joven amigo, no, respondió Harris. Sé perfectamente que este bosque es como el mar inmenso, ó mejor dicho, que caminamos bajo la superficie del mar, donde un marino no podría tomar altura ni reconocer su posición. Pero habituado á viajar por los bosques, sé dirigirme perfectamente por la disposición de ciertos árboles, por la dirección de sus hojas, por el movimiento y la composición del suelo, por mil detalles que para otros pasan inobservados. No tengáis duda de que os conduciré á vos y á los vuestros á donde debéis ir.

Harris decía esto con mucha claridad é imperturbabilidad. El y Dick Sand, á la cabeza de la caravana, hablaban con frecuencia, sin que nadie se mezclase en sus conversaciones. Si el aprendiz experimentaba alguna inquietud, que el americano no siempre lograba disipar, prefería conservarla secreta sin comunicarla á nadie.

Los días 8, 9, 10, 11 y 12 de abril trascorrieron de este modo sin que ningún incidente interrumpiera la monotonía del viaje. Caminaban nuestros viajeros de ocho á nueve millas cada doce horas; los instantes dedicados á las comidas ó al descanso, se sucedían con regularidad, y aunque se empezaba á sentir un poco de cansancio, el estado sanitario era todavía bastante bueno.

Juanito comenzaba á ser molestado un poco por aquella vida del bosque, á la cual no estaba acostumbrado y que se le hacía muy monótona. Despues no se le habian cumplido las promesas que se le habian hecho. Los muñecos de goma, los pájaros-moscas, todo aquello parecia alejarse sin cesar. Se habia tratado tambien de indicarle los mas hermosos



—No tirad, no tirad, le había dicho el americano.

oros del mundo que no debían faltar en aquellas ricas florestas. Pero ¿dónde estaban los papagayos de plumaje verde, cosa tan ordinaria en aquellas comarcas, los aras de mejillas desnudas y largas colas, pintadas de colores esplendentes, cuyas patas no se posan jamás en tierra, los camindes que son mas propios de los países tropicales y las cotorras multicolores, en fin, todas aquellas aves sonoras que según los indios hablan todavía la lengua de las tribus estinguidas?

En materia de loros, Juanito no veía mas que los jakos de color gris ceniciento y cara roja que pululaban bajo los árboles; pero aquellos jakos no eran nuevos para él, porque se les lleva á todas partes del mundo; en los dos continentes llenan las casas con su insoportable charloteo y de todos, los de la familia *psitacinos*, son los que mas fácilmente aprenden á hablar.

Debemos decir tambien que si Juanito no estaba contento, el primo Benedicto tampoco lo estaba. Le habian dejado correr un poco á derecha é izquierda

durante la marcha. Sin embargo, no encontraba ningun insecto que fuera digno de enriquecer su coleccion. Por la noche hasta los pinóforos se negaban ostinadamente á mostrarse y á llamar su atencion con la fosforescencia de sus coseletes. La naturaleza parecia verdaderamente burlarse del desdichado entomologista que se ponía de un humor de los diablos.

Durante aquellos cuatro dias, la marcha hacia el Nordeste continuó en las mismas condiciones. El 16 de abril eran ya por lo menos cien millas las que se habian recorrido desde la costa, y si Harris no se habia equivocado como aseguraba sin vacilar, la hacienda de San Felix no estaba mas que á veinte millas del punto donde aquel dia se habia hecho alto.

Antes de cuarenta y ocho horas, la pequeña caravana tendria, pues, un abrigo cómodo donde podría descansar de sus fatigas.

Sin embargo, aunque habian atravesado la llanura casi enteramente en su parte media, ni un indígena ni un nómada se habia mostrado en el inmenso bosque.

Dick Sand, sin decirlo á nadie, sintió mas de una vez no haber encallado en cualquier punto del litoral. Mas al Sur ó mas al Norte no hubieran faltado aldeas ó granjas, y ya haría mucho tiempo que la señora Weldon y sus compañeros habrían encontrado asilo.

Pero si el país parecía abandonado del hombre, los animales se mostraron con mas frecuencia durante los últimos días. Oíase á veces una especie de largo grito plañidero que Harris atribuía á alguno de esos grandes tardigrados, huéspedes habituales de esas vastas regiones cubiertas de árboles llamados *ais*.

Aquel día, también durante el alto de las doce, se oyó un silbido que no dejó de inquietar á la señora Weldon, pareciéndole muy extraño.

—¿Qué es eso? preguntó levantándose precipitadamente.

—¡Una serpiente! exclamó Dick Sand, que armado de su fusil se lanzaba delante de la señora Weldon.

Podía decirse en efecto que algun reptil se había deslizado entre las yerbas hasta el campamento. No hubiera tenido nada de extraño que fuera uno de esos enormes *sucurus*, especie de boas que miden algunas veces cuarenta piés de longitud.

Pero Harris recordó inmediatamente á Dick Sand que los negros les seguían, y tranquilizó á la señora Weldon.

Segur Harris, el silbido no podía haber sido de ningún *sucuru* porque esta serpiente no silba, sino que indicaba la presencia de ciertos cuadrúpedos muy abundantes en el país.

—Tranquilizaos y no hagais ningún movimiento que pueda asustar á esos animales.

—¿Pero qué especie de animales son? preguntó Dick Sand, que creía una obligación de conciencia interrogar y hacer hablar al americano, el cual por otra parte no se hacía nunca de rogar para responder.

—Son antílopes, mi jóven amigo, respondió el señor Harris.

—¡Ah! yo quisiera verlos, exclamó Juanito.

—Es muy difícil, hijo mio, respondió el americano, muy difícil.

—¿Y no podríamos acercarnos un poco á ellos? dijo Dick Sand. Quisiera yo ver también esos antílopes silbantes.

—¡Oh! no abrais andado tres pasos, respondió el americano, sin que toda la banda tomara la fuga. Por consiguiente no teneis que molestaros.

Pero Dick Sand tenía sus razones para ser curioso. Quiso ver, y con el fusil en la mano, se fué deslizándose por entre las altas yerbas. De repente una docena de gacelas pasaron á su vista con la rapidez de una tromba. Su pelo de un color rojo ardiente forma como una especie de nube de fuego bajo las altas copas de los árboles del bosque.

—Ya os lo había dicho, dijo Harris, cuando el aprendiz volvió á ocupar su sitio.

Si había sido imposible distinguir aquellos antílopes tan ligeros en la carrera, no sucedió lo mismo respecto de otra tropa de animales que fue señalada el mismo día. Estos fueron vistos imperfectamente, es verdad, pero al fin vistos y su aparición produjo una discusión bastante singular entre Harris y alguno de sus compañeros.

La caravana hacía las cuatro de la tarde se había detenido un instante.

En un claro del bosque, cuando tres ó cuatro animales de gran tamaño desembocaron de una espesura á cien pasos de distancia, echaron á huir inmediatamente con notable velocidad.

A pesar de las recomendaciones del americano, esta vez el aprendiz se echó á la cara su fusil é hizo fuego á uno de aquellos animales. Pero en el momen-

to de salir el tiro, Harris desvió rápidamente el arma, y Dick Sand, aunque era muy diestro, no acertó al animal.

—No tirad, no tirad, le había dicho el americano.

—¿Qué es esto? ¡Pero son jirafas! exclamó Juanito, gallardeándose sobre la silla del caballo. ¿Dónde están esos grandes animales?

—¡Jirafas! dijo la señora Weldon. Te engañas, mi querido Dick, no hay jirafas en América.

—En efecto, dijo Harris, que parecía muy sorprendido, no puede haber jirafas en este país.

—¿Y entonces?... dijo Dick.

—No sé verdaderamente qué pensar, respondió Harris. Vuestros ojos, mi jóven amigo, os han engañado y esos animales son quizá avestruces, no jirafas.

—¡Avestruces! repitieron Dick Sand y la señora Weldon mirándose mutuamente sorprendidos.

—Sí, avestruces y nada mas, repitió Harris.

—Pero los avestruces son aves, dijo Dick Sand, y por consecuencia no tienen mas que dos patas.

—Precisamente lo que me parece haber visto, dijo Harris, es que esos animales eran bípedos.

—¡Bípedos! dijo el aprendiz.

—Lo que yo creo haber visto, dijo la señora Weldon, son animales de cuatro patas.

—Yo también, añadió el viejo Tom cuyas palabras fueron confirmadas por Bat, Acteon y Austin.

—¡Avestruces de cuatro patas! exclamó Harris riéndose. ¡Eso si que sería nuevo!

—Por eso, dijo Dick Sand, hemos creído que eran girafas y no avestruces.

—No, mi jóven amigo, no, contestó Harris. Ciertamente no habeis visto bien, lo cual se explica por la rapidez con que esos animales han huido. Por otra parte muchos cazadores, con la mayor buena fé del mundo, se han engañado como vos tomando por girafas los avestruces.

Lo que decía el americano era muy verosímil. Entre un avestruz de gran tamaño y una girafa de tamaño mediano, vista á cierta distancia, es fácil equivocarse. Que tenga pico ó que tenga hocico, el animal que á esa distancia se vé, ambos tienen un largo cuello y ambos presentan la espalda en declive, y en rigor puede decirse que un avestruz no es sino una semi-girafa, á la cual no faltan mas que las patas traseras. Así pues, el bípedo y el cuadrúpedo, pasando rápidamente, en rigor puede ser tomado uno por otro.

Por lo demás, la prueba mejor aducida por Harris, de que la señora Weldon y los demás se engañaban, era que no hay girafas en América.

Dick Sand hizo entonces esta reflexion.

—Pero yo creía que tampoco se encuentran avestruces en el Nuevo Mundo.

—Os engañais, mi jóven amigo, respondió Harris: precisamente la América del Sur, posee una especie particular de avestruces á la cual pertenece el *mandú* que es sin duda el que acabais de ver.

Harris decía verdad. El *mandú* es un ave zancuda muy comun en la América del Sur y la carne de sus pollos es un buen manjar. Este animal robusto y cuya estatura pasa algunas veces de dos toesas, tiene el pico pequeño, las alas largas y formadas de plumas espesas de matiz azulado, y las patas formadas de tres pies provistos de uñas, lo cual le distingue esencialmente de los avestruces del Africa.

Harris que parecía muy al corriente de las costumbres de los *mandúes*, dió á los viajeros estos pormenores que eran muy exactos, y la señora Weldon y sus compañeros tuvieron que convenir en que se habían engañado.

—Por lo demás, añadió Harris, es posible que encontremos otra bandada de esos avestruces. En tal caso, amigo mio, mirad bien y no os espongaís á to-

mar bípedos por cuadrúpedos; pero sobre todo no olvideis mi recomendación y no dispareis contra ningún animal cualquiera que sea. No tenemos necesidad de cazar para proporcionarnos viveres, y lo repito, no debemos anunciar con la detonación de un arma de fuego nuestra presencia en este bosque.

Dick Sand, sin embargo, se quedó pensativo porque otra vez venía á turbar su mente una sospecha que ya le habia ocurrido.

Al día siguiente, 17 de abril, la caravana se puso en marcha y el americano afirmó que no pasarían veinticuatro horas, sin que estuviese instalada en la hacienda de San Félix.

—Allí, señora Weldon, añadió, recibireis todos los cuidados necesarios en vuestra situación y algunos días de descanso os repondrán completamente. Quizá no encontrareis en la hacienda el lujo á que estais acostumbrada en vuestra casa de San Francisco; pero vereis que nuestras granjas del interior no carecen de nada en punto á comodidades. No somos absolutamente salvajes.

—Señor Harris, respondió la señora Weldon, si no tenemos otra cosa que ofrecer en cambio de vuestro generoso auxilio mas que nuestro reconocimiento, á lo menos os le ofrecemos de buena voluntad. Si, ¡ya es tiempo de que lleguemos!

—¿Estais muy cansada? señora Weldon.

—Por mí nada importa, respondió la señora Weldon; pero veo que mi Juanito se consume poco á poco y ya la calentura comienza á apoderarse de él á ciertas horas del día.

—Sí, respondió Harris, y aunque el clima de esta llanura es muy sano, debo confesar que en marzo y en abril reinan en ella las fiebres intermitentes.

—Sin duda, dijo entonces Dick Sand, pero tambien la naturaleza que siempre y en todas partes es previsor, ha puesto el remedio cerca del mal.

—¿Cómo así, mi jóven amigo? preguntó Harris que parecia no haber entendido la observación.

—¿No estamos en la region de los árboles de quinina? preguntó Dick Sand.

—En efecto, dijo Harris, teneis mucha razon. Los árboles que suministran la preciosa corteza febrífuga están aquí en su propio país.

—Pues me admira, añadió Dick Sand, de que todavía no hayamos visto uno solo.

—¡Ah! mi jóven amigo, respondió Harris; esos árboles no son fáciles de distinguir. Aunque con frecuencia son bastante altos, aunque sus hojas son grandes, sus flores sonrosadas y odoríferas, no se les descubre fácilmente. Es raro que crezcan por grupos, al contrario, suelen estar diseminados por los bosques, y los indios que hacen la recolección de la quinina no pueden conocerles muchas veces sino en su follaje siempre verde.

—Señor Harris, dijo la señora Weldon, si veis uno de esos árboles, tendreis la bondad de indicármelo.

—Certo, señora Weldon, pero en la hacienda encontrareis sulfato de quinina, lo cual vale mas para sortar la fiebre que la simple corteza del árbol (1).

Esta última jornada del viaje, transcurrió sin otro incidente. Al llegar la noche se organizó el campamento como de costumbre. Hasta entonces no habia llovido; pero el tiempo se preparaba á cambiar, por que una especie de vapor calido se levantó del suelo y formó en breve una espesa niebla.

Llegaba en efecto la estación de las lluvias. Por fortuna al día siguiente debia ofrecerse un abrigo hospitalario á la pequeña caravana: no tenia mas que algunas horas que pasar al raso. Segun Harris, que por lo demás no podia establecer sus cálculos

sino con arreglo al tiempo que habia durado el viaje, debian estar á seis millas, cuando mucho de la hacienda, sin embargo que se tomaron para la noche las precauciones ordinarias. Tom y sus compañeros debieron vigilar uno despues de otro y Dick Sand cuidó de que nada faltase en este punto. No queriendo abandonar su prudencia habitual, entonces menos que nunca, porque en su ánimo se desarrollaba una tercera sospecha que no queria descubrir á nadie. El campamento se estableció junto á una espesura de grandes árboles, y gracias al cansancio, la señora Weldon y los suyos dormian ya, cuando fueron despertados por un grito de dolor.

—¿Qué es eso? preguntó vivamente Dick Sand, que se puso en pié antes que nadie.

—Soy yo, soy yo el que ha gritado, respondió el primo Benedicto.

—¿Y qué teneis? preguntó la señora Weldon.

—Una mordedura.

—¿De una serpiente? preguntó espantada la señora Weldon.

—No, no; no es una serpiente, sino un insecto respondió el primo Benedicto. ¡Ah! ya le tengo, ya le tengo.

—Pues bien, aplastadle, dijo Harris y dejadnos dormir, señor Benedicto.

—¿Aplastar un insecto! exclamó el primo Benedicto, no tal. Es preciso ver á qué especie pertenece.

—¿Será algun mosquito! dijo Harris encogiéndose de hombros.

—Nada de eso. Es una mosca, respondió el primo Benedicto, y una mosca que deber ser muy curiosa. ¡Bondad divina! exclamó Benedicto. Esto me consuela de todas mis decepciones. Al fin he hecho un descubrimiento.

El buen hombre deliraba. Miraba su mosca con cara triunfal, y la hubiera besado de buena gana.

—¿Pero qué es eso? preguntó la señora Weldon.

—Un díptero prima, un famoso díptero.

Y el primo Benedicto enseñó una mosca mas pequeña que una abeja de color pálido, rayada de amarillo en la parte inferior de su cuerpo,

—¿No es venenosa esa mosca? preguntó la señora Weldon.

—No, prima, no, á lo menos para el hombre. Pero para los animales, para los antílopes, búfalos, y para los elefantes es otra cosa. ¡Ah, magnífico insecto!

—En fin, preguntó Dick Sand ¿nos direis, señor Benedicto, qué mosca es esa?

—Esta mosca, respondió el entomologista; esta mosca que tengo entre los dedos, esta mosca... es un *tsetse*. Este es un famoso díptero que honra á un país, y que hasta ahora jamás habia sido encontrado en América.

Dick Sand no se atrevió á preguntar al primo Benedicto en qué parte del mundo se encontraba únicamente aquel temible *tsetse*.

Y cuando sus compañeros despues de este incidente se volvieron á entregar al sueño, Dick Sand á pesar de la fatiga que le abrumaba, no volvió á cerrar los ojos en toda la noche.

## CAPITULO XVIII.

### LA TERRIBLE PALABRA.

Ya era tiempo de llegar. Una estrema lacitud ponía á la señora Weldon en la imposibilidad de seguir por mas tiempo un viaje en tan penosas condiciones. Su niño, muy encendido durante los accesos de fiebre, muy pálido durante las intermitencias, estaba cada vez peor y daba lástima verle. La madre, muy alar-

(1) En otro tiempo no se hacia mas que reducir esta corteza á polvo y se la daba el nombre de *polvo de los jesuitas* porque en 1649 los jesuitas de Roma recibieron de su mision en la América una gran cantidad de esta corteza preparada como hemos dicho.

mada, no había querido abandonar á Juanito, ni aun á los cuidados de la buena Nan, y le tenía reclinado en sus brazos.

Si, ya era tiempo de llegar. Pero á juzgar por lo que decía el americano en la tarde de aquel mismo día, en la tarde de aquel 18 de abril, la pequeña caravana llegaría al fin al asilo hospitalario de la hacienda de San Félix.

Doce días de viaje para una mujer; doce noches pasadas al aire libre, era bastante para acabar con su energía por grande que fuese, pero para un niño era todavía peor; y el aspecto de Juanito enfermo, careciendo de los cuidados mas elementales, era mas que bastante para desanimar á su pobre madre.

Dick, Nan, Tom y sus compañeros, habían sufrido mejor las fatigas del viaje.

Los viveres, aunque comenzaban á consumirse, no habían faltado todavía, y su estado era satisfactorio.

En cuanto á Harris parecía acostumbrado á largas travesías por los bosques, y además se mostraba infatigable; solamente á medida que se acercaban á la hacienda observó Dick que se ponía mas pensativo, y que sus ademanes eran menos francos que al principio. Hubiera debido suceder lo contrario. A lo menos esta era la opinion del jóven aprendiz, cada vez mas desconfiado respecto del americano. Y, sin embargo, ¿qué interés hubiera podido tener Harris en enganarlos? Dick no se lo podía explicar, pero vigilaba muy de cerca á su guía.

Probablemente el americano conocía que Dick Sand sospechaba de él, y aquella desconfianza era sin duda lo que le volvía mas taciturno respecto de su jóven amigo.

Emprendióse la marcha.

En el bosque, ya menos espeso, los árboles se mostraban por grupos, y no formaban ya impenetrables masas. ¿Era aquella la verdadera Pampa de que Harris había hablado?

Durante las primeras horas del día, ningun incidente se presentó que agravase la inquietud de Dick. Solamente hubo dos hechos que le parecieron dignos de observacion: quizá no tenían grande importancia, pero en aquella ocasion ningun detalle era de despreciar.

En primer lugar observó los ademanes de Dingo, que atrajeron particularmente su atencion.

En efecto, el perro que durante todo el viaje parecía que estaba, siguiendo una pista varió completamente y casi de repente de actitud. Hasta entonces había ido con la nariz pegada al suelo olfateando las yerbas y los arbustos, ya en silencio, ya lanzando una especie de ladrillo lastimero como si hubiera sido la expresion de un dolor ó de un triste recuerdo.

Pero aquel día los ladrillos del singular animal volvieron á ser ruidosos y á veces furiosos, como lo eran en otro tiempo cuando Negoro se presentaba sobre la cubierta del *Pilgrim*.

Una sospecha nueva atravesó el ánimo de Dick, la cual fue confirmada por Tom, que le dijo:

—¡Cosa singular! señor Dick. Dingo ya no olfatea el suelo como ayer. Tiene la nariz al viento y está agitado, su pelo se eriza, no parece sino que olfatea de lejos...

—A Negoro, ¿no es verdad? respondió Dick Sand, que asió del brazo al viejo negro y le hizo señas de que hablara en voz baja.

—Cierto, á Negoro, señor Dick. ¿No podría ser que nos hubiera seguido?

—Sí, Tom, y que en este mismo momento no esté muy lejos.

—Pero... ¿por qué?... dijo Tom.

—O Negoro no conocía este país, repuso Dick Sand, y entonces tenía gran interés en no perdernos de vista...

—¿O?... dijo Tom mirando con ansiedad al aprendiz.

—O, continuó Dick Sand, lo conocía, y entonces...

—¿Pero cómo Negoro conocía este país? Nunca ha estado en él.

—¿No ha estado nunca en él? murmuró Dick Sand. Pues lo que es un hecho incontestable es que Dingo procede como si ese hombre á quien detesta estuviera cerca de nosotros.

Y en seguida, interrumpiéndose para llamar al perro, el cual despues de dudar un momento, se acercó á él.

—Eh, le dijo, Negoro, Negoro.

Un furioso ladrillo fue la respuesta de Dingo. Este nombre hizo sobre él el efecto habitual, y se avalanzó hácia el bosque, como si Negoro hubiera estado oculto detrás de alguna maleza.

Harris había visto toda esta escena, y con los labios un poco contraídos se aproximó al aprendiz.

—¿Qué preguntais á Dingo? le dijo.

—Oh, casi nada, señor Harris, replicó el viejo Tom sonriendo; le pedimos noticias del compañero de á bordo que hemos perdido.

—Ah, dijo el americano, ¿el cocinero de á bordo, el portugués de quien me habeis hablado?

—Sí, replicó Tom. Al oír á Dingo se diría que Negoro está en las inmediaciones.

—¿Cómo habría podido llegar hasta aquí? repuso Harris. Que yo sepa no ha estado nunca en este país.

—A menos que no nos lo haya ocultado, replicó Tom.

—Sería extraño, dijo Harris. Pero si quereis batiremos estos jarales. Es posible que el pobre diablo necesite socorros, que esté en peligro...

—Es inutil, señor Harris, replicó Dick Sand. Si Negoro ha sabido venir hasta aquí sabrá ir mas lejos. No es hombre que se pierda.

—Como querais, replicó Harris.

—Vamos, Dingo, cállate; añadió brevemente Dick Sand para terminar la conversacion.

La segunda observacion hecha por el aprendiz se relacionaba con el caballo del americano.

No parecía que olfateara la cuadra, como le sucedía á los animales de su especie. No aspiraba el viento, no precipitaba su paso, no dilatava sus narices y no lanzaba esos relinchos que indican el fin de un viaje. Observándole bien parecía marchar tan indiferente como si la hacienda á la cual debía haber ido muchas veces y la que debía conocer hubiera estado á unos centenares de millas mas allá aun.

—Este caballo no parece que llega á su casa, pensó el aprendiz.

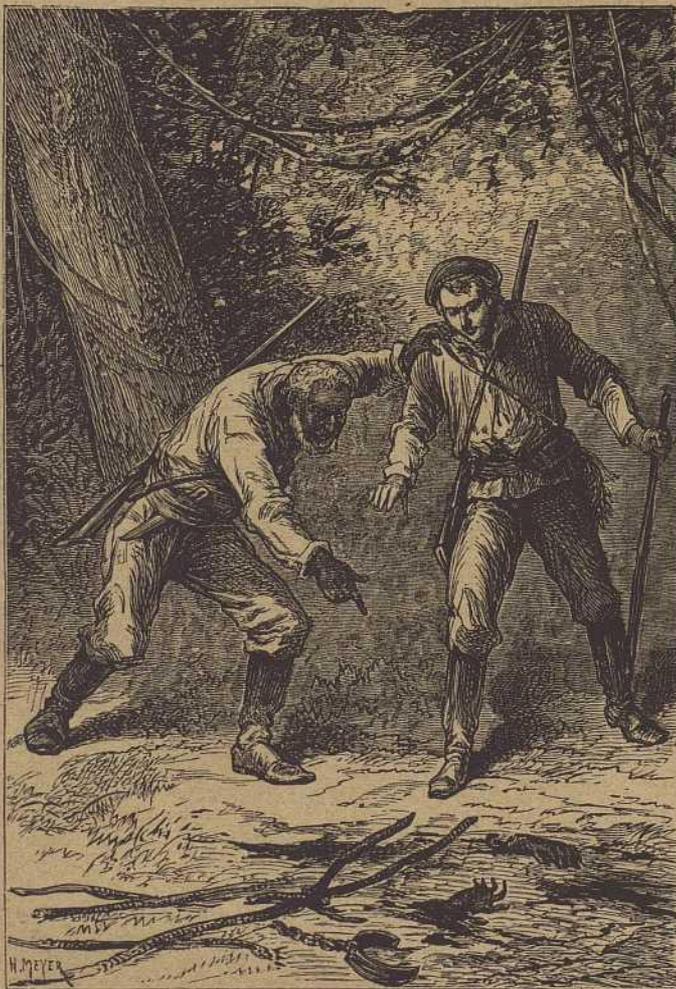
Y, sin embargo, segun lo que Harris había dicho la vispera, no quedaban mas que unas seis millas por recorrer, y de estas últimas seis millas á las cinco de la tarde se habían recorrido seguramente cuatro.

Ahora bien, si el caballo no reconocía la caballeriza de la que debía tener gran necesidad, nada anunciaba tampoco que se encontraban en las inmediaciones de una gran explotacion, tal como debía ser la hacienda de San Félix.

Por indiferente que la señora Weldon fuese entonces á todo lo que no era su hijo, no pudo menos de impresionarle la vista de aquel país tan desierto. ¿Cómo! ¿ni un indígena, ni un criado de la hacienda á tan corta distancia! ¿Se habría perdido Harris? No, desde luego rechazó esta idea, porque un nuevo retraso habría sido la muerte de su Juanito.

Entre tanto Harris continuaba marchando adelante, pero parecía observar las profundidades del bosque y mirar á derecha é izquierda como hombre que no está seguro de sí mismo ó del camino que lleva. La señora Weldon cerró los ojos para no verle.

Despues de una ancha planicie de una milla, rea-



—Yo he visto... he visto ya estas hocas... cuando era niño... repuso el viejo Tom.

pareció el bosque, aunque no tan espeso como hacía el Oeste, y la pequeña caravana entró de nuevo bajo los grandes árboles.

A las seis de la tarde llegaron junto á un matorral por donde parecía que acababa de pasar una banda de animales poderosos.

Dick Sand observó atentamente á su alrededor.

A una altura que escedía en mucho de la estatura de un hombre, estaban arrancadas ó rotas las ramas. Al mismo tiempo las yerbas violentamente separadas, dejaban ver en el suelo, un tanto cenagoso, huellas de pasos que no podían ser de los yaguares ó de los cuguares.

—¿Eran acaso aís ó algunos otros tardígrados, los que habían dejado impreso su pie en el suelo? ¿Pero cómo explicar entonces la rotura de las ramas á tanta altura.

Sin duda los elefantes habrían podido dejar tales huellas, imprimir tan anchos rastros y hacer semejante tala en la impenetrable maleza. Pero en América no se encuentran elefantes. Estos enormes pa-

quidermos, no son originarios del nuevo mundo. Ni aun siquiera se les ha aclimatado allí. Por consiguiente la hipótesis de que aquellas huellas fuesen de elefantes era absolutamente inadmisibile.

De todos modos Dick Sand, no dió á conocer á nadie lo que este inesplicable hecho le dió que pensar y ni aun al americano preguntó sobre el asunto. ¿Qué podía esperar de un hombre que había tratado de hacerle tomar las girafas por avestruces? Harris habría dado alguna explicacion mejor ó peor pensada, pero que en nada habría cambiado la situacion.

La opinion de Dick respecto de Harris, estaba formada: veía en él un traidor, y no esperaba para vencerse mas que una ocasion en que poner al descubierto su deslealtad. Todo le decía que la ocasion se aproximaba.

¿Cual podía ser la mira secreta de Harris? ¿Qué porvenir estaba reservado á los sobrevivientes del *Pilgrim*? Dick Sand, se repetía que su responsabilidad no había cesado con el naufragio. Necesitaba ahora mas que nunca, proveer á la salvacion de los

que la barada había arrojado sobre aquella costa. Aquella mujer, aquel niño, aquellos negros á todos sus compañeros de infortunio, solo él era el que debía salvarlos. Pero si á bordo podia intentar alguna cosa, si podia obrar como marinero, allí en tierra, en medio de las terribles pruebas que entreveía ¿qué partido tomar?

No quiso cerrar los ojos ante la espantosa realidad, que á cada instante se le presentaba mas indiscutible. El que había sido en el *Pilgrim* capitán de 15 años volvía á serlo en aquellas circunstancias. Pero no quiso decir nada por no alarmar á la pobre madre mientras no llegase el momento de obrar.

Y no dijo nada aun cuando al llegar á las orillas de un arroyuelo bastante ancho, y como precediera á la caravana como unos cien pasos, vió unos animales enormes que se precipitaban bajo las grandes yerbas de la orilla.

—¡Hipopótamos hipopótamos! iba á gritar.

Y eran efectivamente esos paquidermos de gran cabeza, ancho hocico hinchado cuya boca está armada de colmillos salientes de mas de un pie de largos rechonchos y con piernas muy cortas, cuya piel falta de pelo, es de un color rojo atezado. ¡Hipopótamos en América!

Continuaron marchando durante todo el dia pero trabajosamente. La fatiga principiaba á cansar aun á los mas robustos. Era ya tiempo de llegar ó si no habria que detenerse. La señora Weldon, ocupada únicamente con su Juanito, no sentia quizá la fatiga pero sus fuerzas estaban agotadas. Todos estaban rendidos mas ó menos. Dick Sand resistía por efecto de una suprema energía moral sostenida por el sentimiento del deber.

Hacia las cuatro de la tarde, el viejo Tom encontró en la yerba un objeto que llamó su atención. Era un arma, una especie de cuchillo, de una forma particular hecho de una ancha hoja corba, montado en un mango cuadrado de marfil groseramente adornado.

Tom llevó este cuchillo á Dick Sand que lo tomó, lo examinó y últimamente lo enseñó al americano diciendo.

—Sin duda los indígenas no están lejos.

—En efecto; respondió Harris, y sin embargo....

—¿Sin embargo que?... repitió Dick Sand mirando á Harris frente á frente.

—Deberíamos estar muy cerca de la hacienda; replicó Harris dudando, y no reconozco...

—¿Os habeis perdido? preguntó vivamente Dick Sand.

—Perdido, no;... La hacienda no debe estar ahora á mas de tres millas. Pero yo he querido tomar el camino mas corto, al través del bosque y tal vez no lo he hecho bien.

—Tal vez, replicó Dick Sand.

—Creo que seria bueno que yo me adelantara un poco, dijo Harris.

—No, señor Harris, replicó Dick Sand con tono decidido; no nos separaremos.

—Como querais, dijo el americano. Pero durante la noche me será muy difícil guiaros.

—No importa; respondió Dick Sand. Vamos á hacer alto. La señora Weldon consentirá en pasar una noche mas bajo los árboles y mañana cuando sea de dia nos pondremos otra vez en camino. Dos ó tres millas aun serán asunto de una hora.

—Sea, dijo Harris.

En este momento se oyeron los ladridos furiosos de Dingo.

—Aquí, Dingo, aquí; gritó Dick Sand. Sabes perfectamente que no hay nadie y que estamos en el desierto.

Se decidió hacer el último alto. La señora Weldon sin pronunciar una palabra, consintió en detenerse

con sus compañeros; su Juanito, amodorrado por la fiebre, reposaba en sus brazos.

Escogióse el mejor sitio para pasar allí la noche.

Dick Sand pensó en disponer todo para la cama junto á un grupo de árboles; pero el viejo Tom, que se ocupaba con él en estos preparativos, se detuvo de pronto gritando:

—Señor Dick, mirad, mirad.

—¿Qué hay? mi viejo Tom, preguntó Dick Sand con el tono tranquilo de un hombre que lo esperaba todo.

—Allí.... allí...., dijo Tom, sobre estos árboles.... manchas de sangre.... y en tierra.... miembros mutilados....

Dick Sand se precipitó hacia el sitio que el viejo Tom le designaba; despues, volviendo hacia él le dijo:

—Cállate, Tom, cállate.

En efecto, había allí, en el suelo, manos cortadas y cerca de estos restos humanos, algunas hocas quebradas y una cadena rota.

Afortunadamente, la señora Weldon no había visto nada de aquel horrible espectáculo.

En cuanto á Harris, se mantenía separado, y el que le hubiera observado en este momento, habria visto el cambio que en él se efectuó. Su rostro tenia algo de feroz.

Dingo estaba junto á Dick Sand y ante estos restos sangrientos, ladraba con rabia.

El aprendiz le separó de allí con gran trabajo.

Entre tanto, el viejo Tom, á la vista de aquellas hocas y de aquella cadena quebrada, se había quedado inmóvil como si sus pies hubiesen echado raíces. Con los ojos desmesuradamente abiertos y las manos crispadas miraba murmurando estas incoherentes palabras:

—Yo he visto.... he visto ya.... estas hocas.... cuando era niño.... he visto....

Y sin duda los recuerdos de su primera infancia se le presentaban vagamente. Trataba de coordinarlos...; iba á hablar....

—Cállate, Tom, dijo Dick Sand. Por la señora Weldon, por todos nosotros, cállate.

Y el aprendiz se llevó al viejo negro fuera de aquel sitio.

Eligióse para hacer alto otro lugar á alguna distancia y se dispuso todo para pasar la noche.

Se preparó la cena, pero apenas la tocó nadie; la fatiga era mayor que el hambre y además estaban todos dominados por una indefinible impresion de inquietud que se acercaba mucho al terror.

Poco á poco fue oscureciendo: en breve la noche fue profunda. El cielo estaba cubierto de gruesas nubes tempestuosas. Entre los árboles y hacia el horizonte, por la parte del Oeste, se veían de vez en cuando algunos relámpagos de calor. El viento había cesado y ni una hoja se movía en los árboles. Un silencio absoluto sucedió á los ruidos del dia y se hubiera creído que aquella pesada atmósfera saturada de electricidad era impropia para la trasmision de los sonidos.

Dick Sand, Austin y Bat velaban juntos. Trataban de ver y de oír en aquella profunda oscuridad cualquier resplandor ó cualquier ruido sospechoso que hubiera llegado á su vista ó á sus oídos. Nada turbaba ni la calma ni la oscuridad del bosque.

Tom no adormecido sino absorto en sus recuerdos con la cabeza inclinada estaba inmóvil como si hubiera sido herido por un golpe súbito.

La señora Weldon mecía á su hijo en sus brazos y no pensaba mas que en él.

Únicamente el primo Benedicto dormía tal vez porque solo él no sufría las impresiones comunes. Su facultad de presentir no iba tan lejos.

De pronto hacia las once de la noche, se oyó un

rugido prolongado y grave al cual se unió una especie de estremecimiento mas agudo.

Tom se puso en pie y su mano se extendió hacia un espeso matorral distante poco mas de una milla.

Dick Sand le asió del brazo pero no pudo impedir que Tom gritase en alta voz:

—El leon, el leon.

El viejo negro acababa de reconocer aquel rugido que tantas veces habia oido en su infancia.

—¡El leon! repitió.

Dick Sand incapaz de contenerse por mas tiempo se precipitó con el machete en la mano hacia el sitio que ocupaba Harris.....

Pero Harris no estaba allí, y su caballo habia desaparecido con él.

Una especie de revolucion se verificó en el ánimo de Dick Sand..... No estaba donde habia creído estar.

Así no era en la costa americana en donde el *Pilgrim* habia embarrancado; no era la isla de Pascuas la que el aprendiz habia encontrado en el mar designando su posicion, sino otra isla cualquiera, precisamente situada al Oeste de aquel continente, como la isla de Pascuas está situada al Oeste de la América.

La brújula le habia engañado durante una parte de su viaje, ya sabemos por qué. Arrastrado por la

tempestad por un falso camino habia debido doblar el cabo de Hornos, y del Océano Pacífico, habia pasado al Atlántico. La velocidad de su buque que solo imperfectamente podia estimar, se habia duplicado tambien sin él saberlo por la fuerza del huracan.

Por eso faltaban en aquel pais los árboles de goma, los de la quina y los productos del sur de América porque aquel pais no era ni la meseta de Atacama, ni las pampas de Bolivia.

¡Sí! eran girafas y no avestruces los que habian huido por el claro del bosque; eran elefantes los que habian atravesado los espesos jarales; eran hipopótamos los que Dick Sand habia molestado en su reposo bajo las grandes yerbas; era el tsetse el diptero recogido por Benedicto, el temible tsetse que mata con sus picaduras á los animales de las caravanas.

Era por fin el rugido del leon el que acababa de oirse al través del bosque. Y aquellas hocas, aquellas cadenas, aquel cuchillo de forma singular eran los instrumentos del tratante de esclavos. Aquellas manos mutiladas eran manos de cautivos.

El portugues Negro, y el americano Harris, debian estar de acuerdo.

Y estas palabras terribles adivinadas por Dick Sand se escaparon al fin de sus labios:

—¡El Africa! ¡El Africa Ecuatorial! ¡El Africa de los tratantes y de los esclavos!

## INDICE.

---

	<u>PÁGINAS.</u>
CAPITULO I. — El bergantin goleta <i>Pilgrim</i> . . . . .	5
II. — Dick Sand. . . . .	9
III. — El objeto perdido. . . . .	11
IV. — Los supervivientes de «Waldek.» . . . .	14
V. — S. V. . . . .	17
VI. — Una ballena á la vista. . . . .	22
VII. — Preparativos. . . . .	26
VIII. — El jubarte. . . . .	30
IX. — El capitan Dick Sand. . . . .	34
X. — Los cuatro dias siguientes. . . . .	36
XI. — Tempestad. . . . .	41
XII. — En el horizonte. . . . .	46
XIII. — ¡Tierra!—¡Tierra! . . . . .	49
XIV. — Lo que conviene hacer. . . . .	54
XV. — Harris. . . . .	58
XVI. — En marcha. . . . .	63
XVII. — Cien millas en diez dias. . . . .	67
XVIII. — La terrible palabra. . . . .	74

2  
The 2nd Argument  
p. 10. 10. 10.

## BIBLIOTECA SELECTA CONTEMPORÁNEA

La novela ha llegado á ser la más humana, y por lo tanto la más universal forma del arte bajo su aspecto literario. Ultima en el orden cronológico, se ha colocado al frente de las demás, y marcando el progreso de los pueblos modernos, revela al mismo tiempo su madurez y su cultura.

Víctor Hugo ha dicho que en una gota de agua cabe el Océano. En la novela cabe el mundo entero, y lo que es más grande que el mundo, la conciencia humana.

La verdad, la realidad, pero realidad y verdad artísticas, la vida tal cual es cuando se piensa, cuando se siente, cuando se sufre, cuando se goza; en una palabra, cuando funciona el alma, no cuando la materia sólo ofrece interés al químico ó al médico: éste es el cuadro que buscan con avidez los lectores ilustrados de los tiempos actuales.

La BIBLIOTECA SELECTA CONTEMPORÁNEA, al formar una colección con las creaciones de este género que produzcan los novelistas contemporáneos nacionales y extranjeros, se propone atender á esta justa exigencia del progreso moderno.

### OBRAS PUBLICADAS

	Pesetas.
<b>J. Claretie.</b> — <i>Los Millones</i> , un tomo. . . . .	2
<b>A. Sauliere.</b> — <i>La Pecadora</i> , un tomo. . . . .	2
<b>J. Peyrebrune.</b> — <i>La Señorita de Tremor</i> , un tomo. . .	2
<b>A. Ghislanzoni.</b> — <i>Emilia Redenti</i> (Historia de una prima donna) . . . . .	2
<b>J. Mary.</b> — <i>Un casamiento á viva fuerza</i> , un tomo. . . . .	2
— <i>Los Amores en París</i> , un tomo. . . . .	2
— <i>El Beso</i> , un tomo. . . . .	2
— <i>Un Casamiento extraño</i> , un tomo. . . . .	2
— <i>La Charca de las Corzas</i> , un tomo. . . . .	2
— <i>El Secreto de Rouquin</i> , un tomo. . . . .	2
<b>C. Merouvel.</b> — <i>El Divorcio de la Condesa</i> , un tomo. . . .	2
— <i>Teresa Valignat</i> , un tomo. . . . .	2
<b>M. Lara.</b> — <i>El señor de Pérez</i> . . . . .	2

Teniendo en preparación otras obras, que anunciaremos oportunamente.

Agustín Jubera, editor.—Campomanes, 10, Madrid.

## BIBLIOTECA MORAL, CIENTÍFICA Y LITERARIA

### OBRAS PUBLICADAS

A. Laurie. Los Desterrados de la Tierra . . . . .	Cuaderno 1.º—	Una peseta.
»	Cuaderno 2.º—	»
»	Cuaderno 3.º—	»
»	Cuaderno 4.º—	»
A. Daudet. Cuentos escogidos para la Juventud.	Cuaderno 1.º—	»
»	Cuaderno 2.º—	»
» Tartarín de Tarascón. . . . .	Cuaderno 3.º—	»
H. Malot. Román Kalbris. . . . .	Cuaderno 1.º—	»
»	Cuaderno 2.º—	»
Benedict. La Madona de Guido Reni. . . . .	Cuaderno 1.º—	»
»	Cuaderno 2.º—	»
»	Cuaderno 3.º—	»
E. Legouvé. Nuestros hijos. . . . .	Cuaderno 1.º—	»
»	Cuaderno 2.º—	»
Stevenson. La Isla del Tesoro. . . . .	Cuaderno 1.º—	»
»	Cuaderno 2.º—	»
J. Sandeau. La Roca de las Gaviotas. . . . .	Cuaderno 1.º—	»
»	Cuaderno 2.º—	»
A. Laurie. De New-York á Brest en siete horas . . .	Cuaderno 1.º—	»
»	Cuaderno 2.º—	»

Teniendo en preparación otras obras de tan notables autores como A. Laurie, A. Daudet, Stevenson, Benedict, Malot, E. Legouvé, etc., etc.

Esta *Biblioteca*, de la misma forma y tamaño que la de las obras de Julio Verne, publica todos los meses uno ó dos cuadernos de 64 páginas, con buen papel, esmerada impresión y magníficas ilustraciones.

Cada obra completa tiene como máximo cuatro cuadernos, y se vende al precio de una peseta cada uno.

Las condiciones de venta de esta *Biblioteca* para los señores Corresponsales de esta Casa, son las mismas que tenemos establecidas para las obras de Julio Verne.

### OBRAS

DE

## EDMUNDO DE AMICIS

Pesetas.	Pesetas
1870-71.—RECUERDOS. . . . .	3
LA VIDA MILITAR.—Bocetos: 1.ª serie. . . . .	3
LA VIDA MILITAR.—Nuevos bocetos:	
2.ª serie . . . . .	3
PÁGINAS SUELTAS . . . . .	3
RETRATOS LITERARIOS. . . . .	3
ESPAÑA. . . . .	3 50
EFFECTOS PSICOLÓGICOS DEL VINO.—	
Conferencia. . . . .	1
ITALIA.—Dos tomos. . . . .	6
LOS AMIGOS.—Tres tomos. . . . .	9
POESÍAS.—Traducidas en verso castellano. . . . .	3 50
IMPRESIONES DE AMÉRICA.—Acuarelas y dibujos. . . . .	3
TURÍN, LONDRES Y PARÍS.—Edición corregida y aumentada. . . . .	2 50
IDEAS SOBRE EL ROSTRO Y EL LENGUAJE, Y PRUEBAS FOTOGRAFICAS.—Con cuatro grabados de Laporta. . . . .	3
CONSTANTINOPLA.—Dos tomos. . . . .	5
NOVELAS. . . . .	3
CORAZÓN (CUORE).—Diario de un niño, con prólogo de «Fernánflor». . . . .	3 50
HOLANDA . . . . .	4
MARRUECOS . . . . .	3 50
En el Océano.—Viaje á la Argentina, con una carta-prólogo del mismo autor . . . . .	4
Ídem id. encuadrado en tela . . . . .	4 50